BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

CARLOS CUERVO MARQUEZ
MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (COLOMBIA)

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS Y ETNOGRÁFICOS

PREHISTORIA Y VIAJES AMERICANOS

TOMO II Y ÚLTIMO

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
1920

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

#5.602

4 OCT 1952

EDITORIAL-AMÉRICA

Director y propietario: R. BLANCO-FOMBONA

Apartado de Correos 117. Madrid (España).

PUBLICACIONES DE LA CASA:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura)

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles e hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

VIII

Biblioteca Porvenir.

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS Y ETNOGRÁFICOS

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

Tomos publicados últimamente:

XXI.—ALEJANDRO ALVAREZ: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—JOSÉ INGENIEROS: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*
Profesor en la Universidad Buenos Aires.

XXIII.—CARLOS PEREYRA: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

XXIV.—DANIEL MENDOZA: *El Llanero. (Estudio de sociología venezolana.)*
Abogado venezolano.

XXV. — AGUSTÍN CODAZZI: *I. Las costas de Sur-América. II.—Los yacimientos de Yuruary. — III. Las grandes cuencas hidrográficas de Venezuela.—IV Los volcanes.*
Director de la Academia de Matemáticas de Caracas.
Precio: 3,25 pesetas.

XXVI.—JOSÉ GIL FORTOUL: *Filosofía constitucional.*
Profesor de Ciencias políticas.
Precio: 4 pesetas.

XXVII.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN: *Ideas e impresiones.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú en Bélgica.
Precio: 3,50 pesetas.

XXVIII.—JUAN BAUTISTA ALBERDI: *El crimen de la guerra.*
Publicista y sociólogo argentino
Precio: 4,50 pesetas.

XXIX.—DR. JULIO C. SALAS: *Los indios caribes.*
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).

XXX.—CARLOS CUERVO MÁRQUEZ: *Prehistoria y viajes. Estudios arqueológicos y etnográficos.*
Miembro de la Academia Nacional de la Historia (Colombia).

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

CARLOS CUERVO MARQUEZ
MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (COLOMBIA)

ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS Y ETNOGRÁFICOS

PREHISTORIA Y VIAJES AMERICANOS

TOMO II Y ÚLTIMO

EDITORIAL AMÉRICA
MADRID
1920

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 2

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/estudiosarqueolo02cuer

ORÍGENES ETNOGRÁFICOS DE COLOMBIA

LAS GRANDES RAZAS AMERICANAS. — LOS CARIBES.—LOS CHIBCHAS

CAPITULO PRIMERO

LAS GRANDES RAZAS SURAMERICANAS

La oscura sombra de los siglos cubre la historia primitiva de la América con impenetrable velo, que probablemente la ciencia jamás podrá levantar.

¿Cuál es el origen del hombre americano? He aquí un problema que desde las primeras épocas del descubrimiento del Nuevo Reino ha venido interesando vivamente a los hombres de ciencia y a los pensadores en general. Centenares de volúmenes se han escrito sobre el asunto; hipótesis más o menos ingeniosas, sistemas tan eruditos como variados y contradictorios, no han pasado de hipótesis y de sistemas que no se pueden comprobar. Faltan los principales elementos para la reconstrucción de las primitivas sociedades.

Concretándonos a la América meridional, parte del continente en que está situada la

República de Colombia, en la vasta extensión de su territorio era desconocido el sistema de escritura, pues no pueden considerarse como tal ni los quipos peruanos, ni los petroglifos chibchas, ni las rocas grabadas de caribes o pampeanos, dado caso que dichos grabados y pinturas señalaran, como se cree generalmente, el registro de acontecimientos o de hechos importantes en la vida de esos pueblos. Por consiguiente, no había literatura propiamente dicha, y los acontecimientos históricos, que sólo se transmitían por el sistema oral, de generación en generación, no se conservaban sino por corto tiempo, y eso con las adulteraciones y mutilaciones que le son consiguientes.

Prescindiendo de las civilizaciones incásicas y de los scyris, en el resto del Continente, o sea en su mayor parte, no se conocía la arquitectura, y sólo han quedado en muy reducido número vestigios aislados de misteriosa civilización, de pueblos desconocidos, como los que en las costas de Esmeraldas y en el valle de San Agustín labraron gigantescas estatuas de piedra, únicas huellas que dejaron de su paso (1), o los que en las montañas de Antioquia construyeron los edificios y

---

(1) Véase CARLOS CUERVO MÁRQUEZ: *Prehistoria y Viajes.*—San Agustín.

las amplias calzadas que ya en olvidadas ruinas encontraron los conquistadores (1).

En la conquista europea, en ese inmenso naufragio de la raza americana, se perdió la parte más considerable y más interesante de sus tradiciones y de su historia, de su industria y de sus artes.

Para intentar la reconstrucción de los antiguos pueblos americanos apenas se cuenta con los siguientes elementos:

1.° Los objetos que se han conservado en antiguas tumbas o sepulcros.

2.° Las relaciones de los cronistas y de los conquistadores, en que refieren costumbres, usos y tradiciones de los pueblos americanos, siempre incompletas, algunas veces adulteradas, tanto por el espíritu de la época como por el orgullo egoísta de todo conquistador, que lo lleva a mirar como cosas de poco menos todo lo que se relaciona con el pueblo conquistado.

3.° Los restos de estos pueblos, ya sean los que sometidos llevan una vida civilizada y se han incorporado a las nuevas nacionalidades que surgieron de la conquista, ya sean los que en tribus errantes llevan una vida independiente en los bosques o en las desiertas pampas; aun cuando el estudio de unos y

(1) *Colección de Documentos históricos.*—A. B. Cuervo.—Tomo II, pág. 407.

otros, sobre todo de los primeros, que han perdido todo recuerdo y hasta el idioma de sus antepasados, da muy poca luz sobre el asunto; y

4.º Los vestigios filológicos, conservados en millares de nombres geográficos en toda la extensión del Continente, vestigios de indiscutible importancia, porque "la Filología es la única ciencia que puede entrar en lo hondo de las tinieblas de las antiguas edades, y enseñarnos cómo se enlazan las diferentes razas" (1).

Estos son los elementos directos, escasos y deficientes, por cierto, con que se cuenta para el estudio de los obscuros problemas relacionados con los primitivos habitantes de la América meridional.

Se ha conservado la tradición de que los incas y los caras llegaron por mar, en muy remota época, al Perú y al Ecuador, respectivamente, navegando los primeros de Occidente a Oriente, y los segundos viniendo del Noroeste. Pero cuando estos grupos civilizadores llegaron a las costas americanas, ya esas vastas comarcas estaban ocupadas por densas poblaciones medianamente organizadas, cuyos orígenes se pierden en el horizonte de los tiempos. Pero las poblaciones de Sur-Amé-

---

(1) DURUY: *Histoire des Grecs*, tomo I.

rica, por su carácter, por su índole y por su organización, pueden reducirse a tres grandes grupos, cuyos lineamientos generales están regularmente definidos de acuerdo con las condiciones topográficas del Continente, y son las siguientes:

1.º Los *pampeanos* o *paras.*

2.º Los *caribes;* y

3.º Los *andinos.*

Según parece, estos dos últimos grupos son derivaciones del primero, más o menos acentuadas por la acción de los siglos y por la diferencia del medio en que se desarrollaron.

LOS PAMPEANOS O PARAS

Ocuparon toda la región oriental, desde los confines meridionales del Continente hasta las costas del mar de las Antillas, y se extendieron en las pampas y en las selvas que se dilatan desde la base de la cordillera de los Andes hasta las playas del Océano Atlántico. Sus tribus, diseminadas en este inmenso territorio, estaban constituídas en sociedades rudimentarias, y muchas de ellas subsisten todavía en ese mismo estado.

Luciano Adams, Von den Steimen y otros viajeros y etnógrafos que han recorrido esas regiones, reconocen la existencia de este importante grupo. El primero le da el nombre de *maypure*, por el de una de sus tribus que vive en el Orinoco central. El segundo lo llama *aravac* o *aruaco*, denominación usada por muchas tribus de regiones distintas entre sí. No hemos aceptado estos nombres, que pertenecen a partes del conjunto, y hemos preferido el de *pampeanos*, concordante con el del gran piso cuaternario de la América oriental, en el cual alcanzó su desarrollo; o el de *para*, vocablo característico diseminado en la inmensa región que ocuparon los pampeanos.

Probablemente en esta familia se encuentran los más genuinos representantes del primitivo hombre suramericano, que, contemporáneo de los equídeos de las pampas, debió hacer su aparición en esas mismas regiones, y cuya descendencia, al extenderse en el Continente, dió origen en el curso de los tiempos, y de acuerdo con los nuevos medios que encontró, a los grupos etnográficos de la época histórica. Al ascender las cordilleras en las altas mesas del Perú y de Bolivia, formó la raza andina y produjo la singular civilización que le fué peculiar, más o menos impulsada por la influencia de civilizaciones extranjeras

venidas seguramente de la China o del Japón. En las selvas del Brasil y en la región amazónica conservó mejor su carácter primitivo por vivir en un medio menos apto para la cultura y que la aislaba de todo contacto con otras razas y otras civilizaciones. Más al Norte, en las pampas abiertas del Orinoco, en las costas del mar y en las islas del archipiélago antillano, dió origen al grupo caribe, que, más emprendedor y con mayor poder de expansión, debía más tarde desempeñar un papel importantísimo en la historia de la América del Sur y ocupar todas las tierras bajas que demoran al norte de la línea equinoccial.

La primitiva zona de dispersión de los pampeanos se reconoce fácilmente por la voz *para*, que significa agua, río o lluvia; en uno de los dialectos del Perú, en la provincia de Trujillo, tiene esta última acepción. Este vocablo se encuentra en centenares de nombres geográficos diseminados desde el Paraguay y el río de La Plata hasta la Goajira y el mar de las Antillas.

En la región septentrional se encuentra a veces combinada con voces netamente caribes, como *para boa*, en el Vichada; *para ima* y *paraguay-poa*, en La Goajira; *baranda*, en Bolivia, y *Baracoa*, en Cuba, en las cuales la *p* se ha cambiado en *b*, como sucedió con el nombre del Brasil, que primitivamente era

parasil, por la mutación tan fácil y natural de estas dos consonantes.

La presencia de unos mismos nombres en toda la zona oriental de la América del Sur, desde el Paraguay hasta las Antillas, y en los valles andinos ocupados por los caribes que de allí vinieron, indica la estrecha relación que existe entre pampeanos y caribes. Por ejemplo:

Paraguay poa, en La Goajira. *Paraguay*, en el Sur.

Cayabo, pueblo y sitio de los colimas, en Colombia. *Cuyabo*, afluente del Paraguay.

Guaira, en la costa de Venezuela. *Guaira*, en el Paraguay.

Haití, isla caribe de las Antillas. *Haití*, pueblo del Paraguay.

Iqueima, cacique de los panches. *Queima*, río del Paraguay.

Paria, golfo de Venezuela. *Paria*, ciudad y lago de Bolivia.

Palagua, sitio de los colimas. *Paragua*, río del Brasil.

Itaibe, río de Tierra Adentro, de los páeces. *Itabe*, pueblo del Paraguay.

Paraná, nombre indígena del Orinoco. *Paraná*, gran río afluente del Plata.

Este parentesco está corroborado por la existencia de grupos llamados *aruhacos* o *arvacos*, que en La Goajira, en Casanare y en la

Guayana viven mezclados con las tribus caribes, los cuales, al tiempo del descubrimiento, vivían también en las Antillas junto con los caribes, en algunas de cuyas tribus las mujeres no hablaban sino la lengua aruhaca, muy distinta del idioma caribe que usaban los hombres.

En Colombia la raza pampeana no alcanzó gran desarrollo. Si ocupó las llanuras orientales, La Goajira y parte de la costa de Santa Marta, fué desde remotos tiempos reemplazada por la caribe. Algunas tribus, sin embargo, vagan aún en estado primitivo en las selvas de algunos afluentes del Orinoco y del Amazonas. Tales son los *bamias*, los *yaruros*, los *mirañas*, los *orejones*, etc., etc. Los *aruhacos* de La Goajira y del Valle de Upar pertenecen al mismo grupo. De suerte que la influencia de esta raza ha sido nula o poco menos como elemento demográfico de Colombia.

II

LA FAMILIA ANDINA

Se desarrolló en toda la extensión de la cordillera de los Andes y cuyo núcleo principal y más remoto origen estuvo probablemente

en las altas mesas del lago de Titicaca. De su seno surgieron las naciones más cultas, más adelantadas y mejor organizadas de la América del Sur: el imperio de Tihuantisuyo o de los incas, en el Perú; los Cañaris, purhuaes, etcétera, en el Ecuador; los chibchas, los quimbayas y los zenúes, en Colombia.

En épocas muy remotas debió de recibir esta raza la influencia de antiguas civilizaciones asiáticas, cuyos vestigios se encuentran en toda la región occidental del Continente, y con mayor frecuencia, la de los nahuas y mayas de la América Central, cuyas colonias se habían extendido por el Sur hasta Veraguas y Chiriquí.

La navegación del Pacífico era conocida y practicada, tanto por estos pueblos como por los del Perú, desde una época muy anterior a la llegada de los españoles, y ellos mantenían entre sí relaciones comerciales que, probablemente, fueron más activas y frecuentes antes de que los caribes hubieran ocupado las costas del Darién y del Chocó. Cerca de Tumaco hay un sitio llamado *Usmal*, que es el mismo nombre de la misteriosa ciudad de Centroamérica, cuyas grandiosas minas son la admiración de los viajeros. Quizás ese sitio fué escala comercial de la ciudad cuyo nombre lleva.

Tumaco, nombre del hermoso puerto veci-

no a nuestra frontera con el Ecuador, era también el nombre de un cacique del Darién del Sur, que fué el primero que dió a Balboa vagas noticias del Perú y de las ricas tierras que demoran al Sur, costa abajo, en donde la gente andaba vestida y tenía animales de carga. Las estatuas de piedra de Manta y Portoviejo, en el Ecuador, según las describen las crónicas de la conquista, y las del Valle de San Agustín tienen extraña semejanza con las encontradas en la isla de Momotombo, en Nicaragua, como labradas por artífices de la misma raza e inspiradas por una misma civilización.

Por lo que respecta a Colombia, la familia andina formó tres grupos: uno, el de los chibchas y guanes, en la cordillera oriental; otro en la central, cuyos representantes al tiempo de la conquista eran los quimbayas en el norte del Cauca, los catíos en Antioquia y los zinúes en Bolívar, que en épocas anteriores debieron formar un todo continuo que fué roto y destrozado por las invasiones caribes, que también amenazaban destruir la unidad del grupo oriental. Pero no parece que hubiera existido continuidad entre los grupos andinos de una y otra cordillera; y el tercero, el de los pastos, en el extremo meridional de la República, cuyas poblaciones ocupaban y ocupan aún las altas mesas de Pasto y de Tú-

querres, desde Almaguer y Bolívar hasta la frontera ecuatoriana; poblaciones densas, de origen quilla, que aisladas en sus altiplanicies vivían miserables y atrasadas hasta que con las conquistas de Tupac-Yupanqui y Huayna-Capac alcanzaron a recibir la influencia, débil por cierto, de la civilización incásica.

III

LOS TAIRONAS DE LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA

El general don Ernesto Restrepo Tirado, en su erudito estudio publicado con el nombre de *Las invasiones caribes antes de la conquista española (Boletín de Historia y Antigüedades*, año I, núm. 5.º), reúne los pueblos andinos colombianos que quedan mencionados, con los tironas de Santa Marta y los chiriquíes y comagres de Panamá, en un solo grupo que él llama de los *tairos*. Pero los guahimíes, los chiriquís y las otras tribus similares de Panamá no pueden relacionarse sino con los nahuas y mayas de la América Central.

En cuanto a los tironas, según se deduce de lo que dicen de ellos las crónicas de la conquista, tampoco tenían afinidad alguna con

los pueblos andinos; más bien parecen ser el resultado de una fusión de caribes con alguna nación del grupo pampeano o para, que ocupaba ese territorio cuando principió la inmigración caribe. Cerca de los taironas, vecinos de ellos, vivían tribus que tenían el nombre de *caribes*, y unos y otros lucharon juntos, con igual valor, con la misma energía de raza, contra los conquistadores; y no hay ejemplo de que caribes y andinos se hubieran aliado para resistir la conquista; lejos de eso, los andinos siempre se aliaron con los europeos para combatir los caribes, a quienes consideraban como a sus mayores y más crueles enemigos.

Además, ni en el idioma chibcha ni en los vestigios que quedan de los otros idiomas andinos, se encuentra la raíz del nombre *tairona*, que más bien parece venir de idiomas pampeanos. Con efecto, en *guaraní* o *tupi*, taira significa hijo (1); y está en la índole de estos pueblos dar a sus tribus nombres relaivos de ascendencia y descendencia. En la misma obra citada (2) encontramos lo siguiente:

«Etimológicamente hablando, este nombre *tupi*, que es el nombre nacional, unos se de-

(1) Ruiz Montoya: *Arte de la lengua guaraní*, preludio, pág. 1.

(2) Introducción al *Vocabulario*, pág. v.

cían *tupinambas* o *varoniles*, llamándose otros *tamayos* o abuelos, y sus descendientes *temiminos* o nietos.»

Siendo esto así, nada tendría de extraño que una tribu pampeana tupi, como a sí misma se llama la raza en cuyo idioma *taira* quiere decir hijo, tomara esta palabra para formar con ella su nombre. Debe recordarse que en el Valle de Upar, cerca de la Sierra Nevada y vecinas de los tironas, vivía una tribu importante que se llamaba *tupi;* y que una de las tribus de la nación tairona tenía la singular costumbre de deformarse el lóbulo de las orejas agrandándolo hasta dejarlo «del tamaño de un platillo de los nuestros», como dice el padre Simón; por lo cual los españoles los llamaban Orejones; costumbre idéntica a la de la tribu pampeana del Putumayo y del Brasil, que se conoce con el mismo nombre, y ya hemos visto la estrecha relación que existe entre los caribes y los pampeanos, a los cuales parecen pertenecer los *guaranies* o *tupis*. Además, de los pocos nombres de los tironas que han llegado hasta nosotros hay muchos cuyo origen caribe no puede ponerse en duda; tales son: *buritaca*, *macotama*, *betoma*, *maomas*.

Por todas estas razones lamentamos no poder aceptar la clasificación presentada por el señor general Restrepo Tirado, ni en el nombre

del grupo ni en los elementos que le componen, sin negar la posibilidad de que pueblos andinos hubieran ocupado alguna vez parte de la hoya inferior del río Cesar.

IV

LOS CARIBES

Ultimos ocupantes del territorio, al cual llegaron por emigraciones sucesivas efectuadas de Norte a Sur y de Oriente a Occidente.

V

LOS NEGROIDES EN AMÉRICA

Varios hechos aislados, pero concordantes, permiten suponer que antes de la formación y desarrollo de los tres grandes grupos etnográficos de que acabamos de hablar: pampeanos, andinos y caribes, gran parte de la América estuvo ocupada por una raza inferior de tipo negroide.

Los conquistadores encontraron dispersas en toda la extensión del Nuevo Mundo pequeñas tribus que desde el primer momento fue-

ron consideradas como pertenecientes a la raza negra; tales fueron, por ejemplo: los otomíes, de Méjico; los caracoles, de Haití; los argahos, de Cutara; los Aravos, de Orinoco; los porcejis y los matayas, del Brasil; los manabís, de Quito; los chuanas, del Darién, etc.

Vasco Núñez de Balboa, en su expedición para el descubrimiento del mar del Sur, encontró con gran sorpresa, al decir de Gomara, que los cuarecas de Panamá poseían esclavos negros, los que obtenían de tierras lejanas, según dijeron (1).

Los negros figuran con frecuencia en las más remotas tradiciones de algunos pueblos americanos. Algunas tribus del Darién dicen que cuando por primera vez llegaron sus antepasados a esa región, estaba ocupada por hombres pequeños y negros que luego se retiraron a los bosques, en donde algunos viven aún, al decir del cacique Nañaquina (2). Los payas y tapalisas, otra tribu de los cunacunas, hacen remontar el origen de su nación a un hombre y a dos mujeres, una india y otra negra, que vivían a orillas del Tatarcuna (3).

A esta raza deben referirse los antiguos esqueletos de estructura muy distinta de los de

(1) GOMARA: *Historia general de Indias*, parte I.

(2) F. J. VERGARA Y VELASCO: *Nueva Geografía de Colombia*, tomo I, pág. 878.

(3) ERNESTO RESTREPO: *Un viaje al Darien*.

la raza roja americana, que en varios puntos del Continente se han encontrado desde Bolivia hasta Méjico. Dignos de atención a este respecto son los dos cráneos de exagerado prognatismo, de frente rebajada, de apófisis muy desarrolladas y de fuertes arcos superciliares que en las montañas de Sumapaz encontró el ilustrado profesor doctor don Juan de Dios Carrasquilla.

En las misteriosas estatuas de piedra de San Agustín, en el extremo meridional del valle del Magdalena, hay dos con las facciones características del tipo negroide; ambas son de apariencia antiquísima y están representadas con singulares atributos: el hombre sostiene con las manos un gran pescado, y la mujer una culebra que se enrolla sobre los pechos. Estas extrañas figuras, sin duda, no representan el tipo de los antiguos pobladores de San Agustín, sino que son reminiscencias de época muy anterior; representan mitos remotos conservados al través de los tiempos por su carácter religioso (1).

No son éstas las únicas esculturas americanas que reproducen las facciones del tipo negroide; igual cosa se ve en las antiguas esculturas mejicanas de época anterior a la de los otomíes, tales como la gran cabeza diorítica

(1) CARLOS CUERVO MÁRQUEZ: *Prehistoria y viajes.—San Agustín.*—Páginas 137 y 138.

de Huayepán y el hacha gigantesca de Veracruz, cuya cabeza presenta gran semejanza con la de la figura de mujer de la mencionada estatua de San Agustín: ambas tienen facciones idénticas, son de un mismo estilo y como obedeciendo a un mismo modelo: el de la raza negroide autóctona, cuyos restos dispersos encontraron los conquistadores, y sobre la cual se formó posteriormente la llamada roja o americana.

Probablemente nuevos hechos y nuevos descubrimientos vendrán a confirmar la suposición de que la primitiva población americana fué de raza negroide; por ahora y por lo que hace a la índole y al propósito de nuestra obra, nos limitaremos al estudio de las razas o grupos etnográficos que existían en el territorio de la República en la época de la conquista, y cuya influencia sobre el posterior desarrollo de la población colombiana ha sido de mayor o menor transcendencia, pero siempre efectivo, como sucede con los *caribes* y con los *andinos*. En cuanto a los *pampeanos* o *paras*, su acción quedó reducida a limitadas regiones de las desiertas llanuras orientales, y quizás en época muy remota a una parte reducida de la vertiente del Atlántico.

CAPITULO II

LOS CARIBES

I

CARACTERES GENERALES

La mayor parte del territorio de Colombia—las costas, las extensas hoyas de los ríos caudalosos, los valles interandinos—estaba ocupada por numerosas tribus pertenecientes a la raza caribe, las cuales, aunque presentando entre sí grandes diferencias, tenían caracteres y rasgos generales que les eran comunes. Valientes y aguerridos, tenían una organización militar propia de pueblos guerreros y conquistadores; eran antropófagos y no conocían la piedad; en los combates que libraban, si conservaban los prisioneros era con el objeto de engordarlos y de tener por mayor tiempo fresca la carne humana,

que era una de sus mayores delicias. Como objeto de ornato y motivo de orgullo, algunas tribus exhibían en las palizadas que rodeaban sus habitaciones los cráneos de sus enemigos, y otras conservaban los pellejos llenos de ceniza colgados en las paredes interiores de sus templos; envenenaban las púas que ocultaban en los caminos y las flechas que usaban en los combates, siendo todos hábiles en extremo en la preparación de estos venenos, tan activos como sutiles. Entre sus armas les era característica la pica de más de veinticinco palmos de longitud, que manejaban con sin igual destreza. Todas o casi todas tenían la extraña costumbre de deformar el cráneo de los recién nacidos, achatándolo hacia atrás, para dar a los guerreros ese aspecto de ferocidad que causaba terror a las naciones con las cuales guerreaban y que era considerado como el rasgo distintivo de su valor. En los grandes ríos y el mar eran navegantes audaces y expertos, y sus hordas, que no reconocían obstáculo en sus conquistas, se habían adueñado de la mayor parte del territorio; en todas partes conservaban sus rasgos característicos, y cuando sobrevino la conquista amenazaban destruir los núcleos que en Colombia quedaban de lo que podemos llamar la raza andina, raza más culta, de costumbres más suaves, pero que no podían resistir el vigoroso emba-

te de esas tribus enérgicas y feroces, cuyas emigraciones continuas se sucedían unas a otras como las olas de un mar embravecido.

Se ha considerado, y con razón, que estas numerosas naciones pertenecían a la gran raza *caribe*, raza interesantísima por sus raras condiciones, por sus grandes energías y por el gran papel que en los siglos anteriores a la conquista le tocó desempeñar en una vasta extensión del continente americano, debido a su extraordinario poder de expansión. La altivez y el valor personal y un desmedido amor a la libertad, que eran los rasgos prominentes de su carácter, hicieron que siempre rechazaran con éxito el yugo de servidumbre que les querían imponer los europeos; y así en las Antillas o en Venezuela, en Antioquia, en el Tolima o en el Cauca, cuando llegaban a ser vencidos por los conquistadores y no tenían ya adónde emigrar en busca de la libertad, preferían darse la muerte antes que someterse a la esclavitud. El orgullo europeo, despechado por no poder reducir, ni por la perfidia ni por las armas, a esta altiva y orgullosa raza, vengaba su impotencia pintándola con los más negros colores, como sumida en el último grado de abyección y de salvajez, haciendo resaltar sus defectos y sus vicios, pero guardando silencio respecto de sus virtudes y de sus grandes cualidades.

Los caribes, en efecto, eran antropófagos; y como los demás pueblos americanos, aun los más cultos, como los aztecas, o de costumbres más suaves y de carácter más dulce, como los chibchas, eran crueles y sanguinarios; recuérdese si no el rito sangriento del *moja* o la ceremonia para la construcción de los templos, en la cual, como lo hacían los primitivos griegos y romanos, los maderos que servían de columnas se enterraban aplastando los cuerpos vivos de doncellas escogidas.

Pero en cambio era una raza valiente, intrépida, inteligente y ambiciosa. Su organización política estaba sólidamente constituída y en ella se consagraban el poder aristocrático y la influencia sacerdotal, el respeto a los principios y a la religión, el obedecimiento a las leyes y la adhesión a las antiguas costumbres. Habituados desde niños a los ejercicios guerreros y al manejo de las armas, eran ágiles y vigorosos, y constituían una raza fuerte y sana, y en la cual un caso de deformidad era verdaderamente excepcional.

Según el testimonio de los misioneros franceses de las Antillas, y según se desprende de las crónicas de los conquistadores de Tierra Firme, la perfidia, la mentira y otros vicios les eran desconocidos antes de la llegada de los españoles.

Las relaciones de la Conquista abundan en

rasgos de heroísmo y de abnegación ejecutados por individuos de esta raza, en la cual los afectos de familia estaban intensamente desarrollados. La Gaetana, vengando en Añasco la muerte de su hijo y promoviendo el formidable alzamiento de páeces, apiramas, yalcones y pijaos, es la imagen del amor materno, desesperado, loco, llevado hasta lo trágico. Y el adolescente Metaqui, pidiendo para él la muerte que se iba a dar a su madre, presenta uno de los más bellos ejemplos de amor filial.

Intrépidos marinos en el Océano, montañeses atrevidos en las cordilleras, dominadores de los grandes ríos, adondequiera que les guía su espíritu emprendedor y de conquista, a través de los mares, en las ásperas montañas o en los profundos y extensos valles, llevan consigo sus cualidades y sus defectos, y en todas partes se les reconoce al primer golpe de vista. La misma deformación del cráneo de los varones, el uso de sutiles venenos, la misma táctica militar, los mismos cerrados escuadrones, de los cuales decían los españoles que parecían "soldados tudescos o que hubieran hecho las guerras de Flandes", y en todas partes la misma altivez individual, el mismo orgullo de raza.

II

SUS APTITUDES DE PROGRESO

Desde luego que—como lo hace notar Taine en la introducción a su *Historia de la literatura inglesa*—no debe esperarse que todas las agrupaciones pertenecientes a la misma raza se desarrollen simultáneamente y adquieran el mismo grado de cultura. Infinidad de causas influyen en la diferenciación de los distintos grupos, entre los cuales señaló el célebre escritor francés lo que él llamó el *medio* y el *momento*, como las principales que desvían o modifican los caracteres secundarios o superficiales, que estimulan o contienen el desarrollo, pero que no pueden alterar el fondo mismo del carácter etnográfico, la esencia o el espíritu de la raza, el cual se reconoce al través de las más variadas circunstancias, de los más diferentes grados de cultura, ya sea en la prosperidad o en la desgracia, en el estado de civilización o de salvajez, en la nación rica y poderosa o en la tribu miserable.

Toda raza avasalladora cuyos grupos emigrantes se desprenden en épocas de cultura distintas, o sea en distintos *momentos*, que a

su paso encuentran regiones de condiciones muy diferentes, presenta extraordinaria variedad en su desarrollo y en su cultura. Las agrupaciones que encuentran territorios ricos, climas suaves, en una palabra, condiciones de bienestar favorables para su progreso, de las cuales han disfrutado muchos siglos, tienen necesariamente que parecer muy distintas de aquellas otras a las que han tocado en suerte terrenos pobres, climas mortíferos o luchar en sus emigraciones con una naturaleza tan poderosa como indomable.

De igual manera, un grupo fijado de tiempo atrás en un territorio favorable tiene que parecer muy distinto de otro a quien la observación científica sorprende en el período de su éxodo, o del que está recientemente fijado en regiones cuya naturaleza no ha tenido aún tiempo para dominar.

Este era precisamente el estado en que se encontraba la mayor parte de las tribus caribes de Colombia al tiempo de la Conquista. Algunas, como los páeces y al parecer los muzos, estaban en el período de emigración. Las demás, con pocas excepciones, hacía poco tiempo relativamente que habían llegado al territorio en que las encontró la Conquista, y unas y otras habían tenido que recorrer regiones inmensas, de climas mortíferos y ásperas montañas, cubiertas de selvas exuberantes.

Carecían, pues, del principal elemento para el desarrollo de su cultura. No habían tenido tiempo para ello. Por consiguiente, no puede juzgarse por el estado social de estas tribus al tiempo de la Conquista de la aptitud o capacidad de la raza para su progreso o mejoramiento; así como no podría juzgarse de la cultura y civilización española, por ejemplo, por el estado miserable y lastimoso de Alvarado y sus compañeros, cuando en su desastrosa peregrinación al través de las selvas ecuatoriales llegaron a Quito como ejército de espectros.

Otras tribus parecían haberse fijado ya al terreno de una manera definitiva y haberlo ocupado por varias generaciones; tal, por ejemplo, la de los panches, de quienes los cronistas dicen que no ambicionaban nuevos territorios, se distinguían por su organización política y social, por sus costumbres, que aunque viciadas por la antropofagía, eran sin duda menos bárbaras que las de otras naciones de su misma raza, y sobre todo por las numerosas poblaciones, algunas de relativa importancia, que existían en su territorio. Se encontraban, pues, en los principios de su desarrollo nacional. Mientras que en Haití, en donde por muchas generaciones y en el curso de los siglos habían disfrutado de circunstancias favorables, encuentran los descubridores Estados florecientes en los cuales

reina el bienestar. Allí la familia caribe no tiene como en otras partes la guerra por oficio y por única preocupación; ya se piensa en lo cómodo y en lo bello: las poblaciones son grandes, las habitaciones cómodas y rodeadas de jardines, comunican con el mar por medio de avenidas ornamentadas con plantas y con flores cuidadosamente cultivadas; y en las mismas ventajosas condiciones se encontraban muchas tribus de la costa de Tierra Firme. Los noánamas, por ejemplo, cultivaban hermosos jardines que sorprendieron agradablemente a los descubridores. El padre Dutertre y los demás misioneros franceses de las Antillas están de acuerdo en afirmar que los caribes que en ellas vivían, a la llegada de los europeos eran un pueblo laborioso, sano y sociable (1).

En una de las fortalezas que los temibles pijaos tenían en lo más agrio de la cordillera central encontraron los conquistadores un reloj de sol, hecho que indica un relativo adelanto en esas tribus, consideradas como de las más salvajes que ocupaban el interior del territorio colombiano.

Otra de las causas que más influyen en el desarrollo de las naciones es el contacto con razas más civilizadas. Los diferentes pueblos bárbaros o semisalvajes que con los nombres

(1) DUTERTRE: *Historia genéral de las Antillas.*

de germanos, godos, se lanzaron sobre Europa occidental y arruinaron el Imperio romano después de varios siglos de lucha, acabaron por asimilarse la cultura grecolatina del grande Imperio que acababan de destruir; y esta facultad de asimilación no fué extraña a la raza caribe en las excepcionales circunstancias en que le fué dado ejercerla.

Las tribus caribes que en Panamá o en Centroamérica estuvieron en contacto con los nahuas, tomaron de éstos parte de su adelantada civilización. Así vemos a los que llegaron al Ecuador con el nombre de *caras*, fundar un reino bien organizado y floreciente, el de los *scyris*, contra el cual se estrellaron repetidas veces los numerosos ejércitos de los incas conquistadores. Huayna Capac, para incorporar a Quito definitivamente a su Imperio, tuvo que apelar, como político sagaz, al recurso de las alianzas de sangre, casándose con la hija heredera del último de los scyris. En esa resistencia tenaz, lo mismo que en la que más tarde se hizo a los españoles por los generales de origen cara, se reconoce la parte de sangre caribe que todavía bullía en las venas de ese pueblo (1).

---

(1) Los únicos generales scyris que resistieron a Tupac Yupanqui y a Huayna Capac fueron Epiclachima y Calicuchima, nombres de indudable origen caribe, sobre todo el último.

Tenía, pues, esta importante raza aptitudes y capacidades de cultura y de progreso para juzgar de las cuales no se deben considerar únicamente las agrupaciones que, por una u otra de las causas apuntadas, estaban en decadencia o habían permanecido estacionarias; así como no se podría juzgar de la capacidad civilizadora de la raza arya, por ejemplo, por el estado actual de alguna de las muchas tribus que en el centro del Asia llevan hoy todavía una existencia miserable y semibárbara, como llevaron siglos atrás, pero ya dentro del período histórico, los pueblos genitores de las naciones hoy más ricas, más poderosas y más cultas de la tierra.

III

EL NOMBRE CARIBE

Aun cuando cada una de las tribus o nacionalidades pertenecientes a esta raza llevaba un nombre especial, probablemente el núcleo principal, o sea el tronco de donde se desprendieron las distintas ramas, era el que poseía el nombre genérico de *caribe* o *caraibe*, con el cual se designa hoy a toda esta gran familia etnográfica.

Este nombre se encuentra citado por pri-

mera vez en las relaciones de viajes de Colón y de los primeros descubridores, como propio de los habitantes de Haití y de las pequeñas Antillas, y también lo poseían algunas tribus de Tierra Firme, entre ellas una de la Sierra de Santa Marta, vecina de los taironas, llamados *caraibes*.

Los caracteres especiales de estas tribus hicieron desde el principio tal impresión en el ánimo de los conquistadores y descubridores, que el nombre de caribe se popularizó bien pronto hasta el punto de dársele al mar de las Antillas, desde los primeros tiempos del descubrimiento, el significativo nombre de *mar de los Caribes*.

El indomable valor, la energía y el tesón con que defendían su libertad y su independencia; la desesperada guerra a muerte con que trataron de resistir la invasión europea, cuando se convencieron que los europeos se presentaban como conquistadores a despojarlos de sus propiedades, arrancarlos de sus hogares y reducirlos a la más dura esclavitud; la ferocidad con que en sus represalias respondieron a la crueldad implacable y a la inaudita perfidia de los europeos, hicieron que muy pronto el nombre caribe fuera sinónimo de valiente, de sanguinario y de cruel, y que los individuos de esta raza fueran considerados como bestias feroces, cuya destrucción

era permitida y cuya esclavitud era decretada.

¿Cuál es el origen de este nombre, que tanta resonancia ha tenido en la historia del Nuevo Mundo?

Como veremos después, el padre Laffiteau, el abate Brasseur de Bourbourg y otros autores han querido relacionar el nombre *caribe* con el de los antiguos *caryos* del Asia.

El padre Gregorio García, en su *Origen de los indios* (1), dice que "*caribe* es corrupción de *cariphe*, como batallador, pues *careb* en fenicio significa batalla".

Dejando a un lado estas hipótesis sobre el origen asiático del nombre, las cuales sólo mencionamos como curiosidad, lo cierto es, como lo afirma el sabio americanista cubano señor Bachiller y Morales (2), que en la lengua caribe la raíz *car*, *cara*, significa alto, excelente; y *cari* equivale a hombre, pero a hombre de esta raza, o sea hombre noble o varón por excelencia.

En lo general las razas superiores se han dado nombres laudatorios. Los aryas quiere decir los nobles, los ilustres; los slavos, los gloriosos; y según la anterior etimología, los caribes serían los nobles, los excelentes; lo cual atestigua el orgullo de esa raza y la con-

(1) Pág. 235.

(2) *Cuba primitiva*, segunda sección, vocabulario.

ciencia que tenían de su moralidad y de su valor.

La raíz *car* o *cara* la conservaban la mayor parte de las tribus caribes al través de las generaciones y de las vicisitudes de las más largas peregrinaciones, de los más penosos éxodos; y cuando después de largos años de marcha se fijan en una región, le imponen el nombre que dan a los sitios y a los pueblos, como recuerdo de la lejana patria.

El nombre de *caras* fué el que llevaron al Ecuador las tribus que conquistaron a los quitus, y a la bahía donde primero desembarcaron en esas regiones dieron el nombre de *Caraqués*, idéntico al de varios puntos de la costa de Venezuela.

En el idioma caribe, como en todos los demás que no se han fijado por medio de la escritura, es muy frecuente el empleo de unas consonantes por otras, sobre todo en tratándose de dialectos diferentes, o de uno mismo hablado por tribus o parcialidades distintas. Esta variabilidad es muy explicable en tratándose de consonantes afines, como sucede en el caribe, en que con frecuencia se cambia la *c* en *g*, la *r* en *l*, etc. Algunas tribus caribes se llaman *galibis* y con este nombre es generalmente designada la lengua de los caribes del Brasil. La raíz *car*, *cara* se encuentra convertida en *cal*, *cala*, como en Calamari, Calan-

daima, Calamoina, Calima, etc.; en *gara*, como en Garagoa; en *gal*, como en Galibi, etc., etc.

En centenares de nombres geográficos, que aun subsisten en Colombia, en el Ecuador y sobre todo en las Antillas y en Venezuela, se encuentra pura o más o menos adulterada la raíz del nombre caribe; huella imperecedera que de su paso al través de los mares, a lo largo de los ríos, en las desiertas pampas o en las arrugadas y altas cordilleras dejó esta raza altiva e indomable.

IV

ORIGEN DE LOS CARIBES Y MEDIO EN QUE SE FORMÓ SU CARÁCTER

Muy diversas opiniones se han emitido respecto del origen de los pueblos de la raza caribe. Algunos autores los hacen venir de los países situados al norte del golfo de Méjico, mientras que otros los creen originarios de las montañas del interior del Brasil; pero la mayor parte están de acuerdo en considerarlos como naturales de las pequeñas Antillas o de la Guayana.

Colón encontró en Haití y en las otras An-

tillas los primeros pueblos caribes en Estados perfectamente organizados y florecientes, y parece que los más expertos navegantes de la América tuvieron su cuna en estas islas, en donde desde la infancia se acostumbraban a desafiar intrépidos los peligros de la navegación y a oir sin temor los rugidos de las olas. Desde allí sus tribus dieron principio a las continuas y largas emigraciones al través de los mares y a lo largo de los grandes ríos, en los cuales se adueñaron casi por completo de todo el norte de la América meridional.

Remontando un poco más en la historia de los tiempos, algunos ilustrados americanistas, como el padre Laffiteau (1) primero, y el abate Brasseur de Bourbourg después, han querido relacionar los caribes con los carios, aquellos otros intrépidos navegantes del Antiguo Mundo. El segundo de estos autores dice así: «El nombre de los caras o carios, después que ellos desaparecieron, se conservó aplicado a un gran número de ciudades y de lugares en Asia Menor, en Africa y en la India; pero en ninguna parte se difundió tanto como en la América, donde más de mil nombres de pueblos, de tribus, de ciudades y de algunos sitios tenían el afijo *car*, *cal*, *gal*, etc., en la época de Colón, y entre esos

(1) *Mœurs des sauvages comparées aux mœurs des premiéres temps*. París, 1725, 2 v. in 4.

nombres se encuentran todos los que los caryos habían dejado en Asia» (1).

Otros autores, desde los que primero comenzaron a ocuparse en los problemas relacionados con el origen de las poblaciones americanas, han creído que los caribes de las Antillas descienden de los restos de población que se salvaron del hundimiento y destrucción de la legendaria Atlántida.

Sea de ello lo que fuere, y sin detenernos en el estudio de estas hipótesis, tan interesantes como difíciles de comprobar, lo que sí parece cierto es que, aun cuando hubiera sido originaria del Brasil, fué en las Antillas y en las costas de ese mar en donde la raza caribe adquirió su desarrollo y formó definitivamente su carácter. Con efecto: el hecho primordial de esta raza, el de las continuas emigraciones que en el transcurso de muchos siglos se desprendían sucesivamente del núcleo principal, permite suponer que fué de este archipiélago de numerosas y pequeñas islas de donde el exceso de población, no pudiendo ensancharse en su propio territorio, se veía obligado a emigrar a tierras lejanas, como lo hacía, invadiendo en todas direcciones el vecino continente.

---

(1) Brasseur de Bourbourg, 4 carta sobre Méjico, número 15. Véase también *Origen de los indios*, por el R. P. Gregorio García, Madrid, 1729.

Al contemplar el mapa de la América, llama sobre todo la atención la singular disposición de las Antillas, que, de mayor a menor, corren en delicada y graciosa curva, desde el golfo de Méjico hasta el delta del Orinoco, semejando las protuberancias vertebrales de la espina dorsal del inmenso sauriano, adormecido entre las aguas con la cabeza entre Yucatán y La Florida, y las extremidades de la cola tocando en la costa de Paria.

La línea continua que forman estas islas, su naturaleza rocosa y su formación volcánica, han hecho suponer a los geólogos que señalan una cordillera cuyas cimas y partes más altas han quedado sobre el nivel de las aguas, mientras que el resto se ha hundido a causa de cataclismos violentos y sucesivos. Algunos autores las consideran como vestigios de la famosa Atlántida.

Todo el grupo hace parte de un sistema volcánico, tan activo como formidable, relacionado con los de Venezuela y de Centroamérica, el cual se manifiesta con frecuentes temblores de tierra, y en las pequeñas Antillas con terribles erupciones.

Consta el archipiélago de más de 360, entre islas e islotes, separados unas de otros por canales más o menos anchos, pero de navegación difícil, especialmente en época de borrasca.

Situadas las Antillas en la zona tórrida, tienen un clima ardiente y malsano en el verano o estación seca; los rayos de un sol de fuego caldean la atmósfera en el día; en el invierno o estación lluviosa caen permanentemente lluvias torrenciales, acompañadas con frecuencia de aquellos huracanes terribles llamados *tornados*, tan violentos como los tifones del mar de la India, que desbaratan los edificios, arrancan de raíz los árboles corpulentos y empujan tierra adentro las olas inmensas del mar furioso, llevando la ruina y la desolación a todas partes: en la tierra, destruyendo poblaciones y plantas, y en el mar, haciendo naufragar los buques que por desgracia se encuentran a su paso (1).

Este fué el medio en donde se desarrolló la familia caribe. Su carácter se formó y se templó en las empresas y en los peligros de la guerra, en las aventuras marítimas y en la lucha con los elementos.

Los combates constantes, los terremotos de sus islas, las erupciones de sus volcanes, las tormentas de sus mares y las conmociones atmosféricas de los tornados les infundieron

(1) Según el R. P. Antonio García *(Origen de los indios)*, la palabra española huracán ha sido tomada del caribe *hurac*, con la cual los primitivos habitantes de las Antillas designaban los vientos fuertes y encontrados.

la energía, el valor personal, el desprecio a la muerte y a los dolores y la altivez, que fueron rasgos característicos de la raza.

V

SEMEJANZAS DE IDIOMA ENTRE LAS ANTILLAS Y EL CONTINENTE

Las observaciones filológicas confirman la crencia de que las tribus caribes del mar de las Antillas en sus invasiones llevaron hasta el centro del Continente, no sólo el idioma propio de esas islas, puro o modificado en dialectos derivados del idioma primitivo, sino también muchos nombres de lugares y sitios de ese archipiélago, principalmente de Haití y de Puerto Rico.

Los intérpretes que los primeros conquistadores trajeron de la Española a los descubrimientos de Tierra Firme se hacían entender fácilmente de las tribus caribes del litoral del Continente, y los que sacó de Santa Marta el adelantado Jiménez de Quesada prestaron fácilmente su servicio durante todo el descubrimiento y exploración del bajo Magdalena, hasta que la expedición conquistadora tocó en los confines del reino chibcha. En el *Epítome de la Conquista* se dice claramente que, cuan-

do los conquistadores transmontaron las Sierras del Opón, "iban como ciegos, por no saber la tierra en que estaban, y también porque lenguas con que entenderse con los indios ya no las había, porque la lengua del Río Grande ya no se hallaba en las sierras, ni en el Nuevo Reino se hallaba la de las sierras" (1). En esto están de acuerdo todos los cronistas e historiadores. Declaración importantísima que demuestra la comunidad de idioma en todo el Magdalena y en el litoral.

Entre los nombres caribes del Continente y los de las Antillas que se han conservado hasta nosotros, se encuentran grandes semejanzas y extrañas afinidades, que sólo se explican por la comunidad de origen. Señalaremos, aunque sea brevemente, algunas de las más importantes.

Caraibes o *caribes*, como ya hemos indicado, era el nombre nacional de los pobladores que en las Antillas encontraron los primeros descubridores, y con este mismo se llamaban varias tribus del Continente, tanto de Venezuela como de Colombia, una de ellas en Santa Marta, vecina de los taironas; y como derivadas de este nombre, infinidad de voces del Continente, como *caribes*, *caribabari* en Venezuela, *caricari* en La Goajira, *caribana* en Urabá, etc., etc.

(1) Pág. 92.

Toa, en idioma caribe haitiano significa pechos, leche y también rana. Así se llamaba un sitio de Puerto Rico. Con ese nombre se conocen unas islas de la ensenada de Calabozo. Es el nombre de una región al oriente de Pandi, sobre el río Sumapaz, *Doa*, por el cambio frecuente y natural de la *t* en *d;* y hasta entre los *caras* de Quito, *Toa* era el nombre de una princesa de la familia de los scyris. No debe olvidarse que en Haití *Toa*, por su significación, era usado como nombre propio de mujer.

Baracoa, en Cuba. *Baranoa*, en Bolívar.

Avipana, cacique de Haití. *Avipana*, sitio de La Goajira.

Coron, cacique de Haití. *Coron*, cacique de Bolívar.

Guayama, río de Puerto Rico. *Guayana*, región del Continente.

Coamo, río de Puerto Rico. *Coamo*, río del Tolima.

Daguao, río de Puerto Rico. *Dagua*, río del Chocó.

Guarionex, cacique de Puerto Rico. *Guarinoes*, tribu y río del Tolima.

Guacana-gari (1), cacique de Haití. *Guacana*, cacique de Tocaima, panches.

---

(1) Como se ha visto, *cari* o *gari*, que indica alto, ilustre, puede tomarse como signo de nobleza o atributo

Neiva, río de Haití. *Neiva*, río del sur del Tolima.

Hocoa, río de Haití. *Ocoa*, río de Villavicencio, afluente del Negro.

Jaragua, río de Haití. *Jaraguay*, río del Sinú.

Maragua, río de Haití. *Maragua*, río de Panamá.

Samana, golfo de Haití. *Samana*, nombre de varios ríos del interior.

Los vocablos *poa* o *boa*, que quiere decir lugar o sitio, y *coa*, que quiere decir fuerte, pertenecen al genuino idioma caribe de las Antillas, principalmente de Santo Domingo, y entran en la composición de un número considerable de nombres del Continente, tanto de Venezuela como de Colombia y del Ecuador.

Tihui, en el caribe de las Antillas, significa montaña, voz que convertida en *Tigua* se encuentra en nombres propios de varios puntos del Continente; así se llama, entre otros, un promontorio de la costa de Tolú.

Las palabras en que entra como elemento final el diptongo *oa* pertenecen también al caribe antillano; tales son, entre otras: *Omoa*, en Veragua; *Camoa*, en San Martín; *Baranoa*, *Simoa*, *Chilloa*, *Saloa*, *Taroa*, *Tacaloa*,

---

de mando, en el nombre del cacique haitiano, el cual entonces quedaría idéntico al del cacique panche de Tocaima.

Popoa, etc., a lo largo del bajo Magdalena.

Bastan estos ejemplos para demostrar el estrecho parentesco que unía a las tribus caribes del Continente con las que ocupaban el archipiélago de las Antillas, parentesco que desde los primeros tiempos de la Conquista había llamado la atención de los conquistadores. El Adelantado Pascual de Andagoya, en la relación de los sucesos de Tierra Firme que escribió en 1541, dice hablando de los indios de Santa Marta: "La gente de esta tierra son casi a la manera de los de la Dominica: son flecheros y de yerba" (1).

VI

ANTIGÜEDAD DE LAS EMIGRACIONES

Desde las costas de la Guayana, y probablemente también de las Antillas, la familia caribe principió a extenderse en todas direcciones; primero, a lo largo de la costa comprendida entre las bocas del Orinoco y el Darién, y más tarde, remontando el curso de los ríos que entran al mar en este extenso trayecto, sus tribus penetraron hasta el mismo corazón del Continente. De la región ístmica otras se

(1) A. B. CUERVO: *Colección de documentos inéditos*, tomo II, pág 79.

lanzaron al través del Océano Pacífico y ocuparon casi todo el litoral de Colombia y gran parte del Ecuador.

También llegaron a la América Central y a la cuenca del golfo de Méjico, y quizás algo más al Norte todavía; pero las grandes emigraciones se dirigieron al Sur principalmente.

Muy remota debió de ser la época en que la raza caribe dió principio a su poderoso movimiento de expansión, y por lo mismo muy difícil de calcular.

Se ha considerado "la inmigración de los caras al Ecuador como una poderosa invasión caribe que, por su contacto con los nahuas, aprendió la ciencia del gobierno y la organización política del Estado" (1).

Los caras llegaron por primera vez en grandes balsas navegando del Noroeste a la bahía de *Caraques*, en las costas ecuatorianas, en los siglos VIII o IX de la Era Cristiana, según cómputo del padre Velasco (2). Desde allí se internaron en el país y dieron principio a la conquista del reino de los quitus; pero según la autorizada opinión del señor González Suárez, "probablemente los antiguos quitus eran

(1) GONZÁLEZ SUÁREZ: *Historia del Ecuador*, texto del Atlas, pág. 47.

(2) *Historia antigua del reino de Quito*, tomo II, página 4.

caribes, y pertenecían a la misma raza que pobló las Antillas mayores y menores y gran parte del Continente meridional americano" (1). De todos modos, desde los más remotos tiempos las emigraciones caribes habían ocupado una gran parte del territorio ecuatoriano. Las tribus de este origen se reconocían por los caracteres generales de la raza, por su táctica militar, por el uso de armas envenenadas, por la deformación de los cráneos y por el idioma. "En la comarca de Lactacunga, hasta la provincia de Riobamba, al Sur, abundan las palabras caribes del puro y genuino idioma de las Antillas, principalmente de Santo Domingo" (2). Una de estas tribus, del interior de Manabí, llevaba en la época de Huaina Capac el nombre de *Colima*, idéntico al de la nación caribe vecina de los chibchas de Bogotá, que ocupaba la actual provincia de la Palma, y muy semejante al nombre de varios sitios del valle del Cauca y de la cordillera occidental: *Calima, Jelima,* etc.

No puede suponerse que estas tribus caribes que llegaron al Ecuador se hubieran trasladado directamente de la Antillas, navegando primero en el Atlántico, cruzando en seguida el istmo de Panamá y navegando después el

(1) *Historia del Ecuador*, texto del Atlas, pág. 25.

(2) González Suárez: *Historia del Ecuador*, texto del Atlas, pág. 44.

Pacífico en sus grandes balsas hasta desembarcar en las costas ecuatorianas. El pueblo caribe, como los demás pueblos invasores, debía adelantar lentamente y hacer su éxodo por etapas más o menos duraderas. Las emigraciones van poco a poco; las invasiones de los pueblos jamás avanzan con la rapidez de los ejércitos conquistadores de las grandes naciones.

Probablemente las invasiones caribes del Ecuador partieron, si no de las costas del Cauca, sí por lo menos de colonias establecidas de tiempo atrás en Panamá o en el Darién, en donde con tanta razón lo conjetura el señor González Suárez, algunas de ellas, entre otros los caras, se pusieron en contacto con los nahuas y se asimilaron parte de su civilización.

De los hechos anteriores, y prescindiendo de apreciar el tiempo que la tribu de los páeces, por ejemplo, tardó en remontar las 400 leguas del curso del río Magdalena, fuera del tiempo empleado en llegar a las costas de Colombia, se deduce que antes del siglo VIII de nuestra Era las colonias de raza caribe ocupaban, en estado floreciente, las costas colombianas del Pacífico, en el Cauca o en Panamá. ¿Cuántos años haría que esas colonias habían ocupado esas regiones? ¿Cuántos siglos probablemente haría que sus antecesores se ha-

bían desprendido del tronco principal y habían abandonado la patria, situada probablemente en las Antillas y, sobre todo, en Haití o en las costas de Venezuela? Ningún dato existe para dar respuesta satisfactoria a estas interesantes preguntas.

Sin duda alguna la familia caribe dió principio a sus emigraciones desde tiempos muy remotos, y este poderoso movimiento se continuó por varios siglos. La invasión caribe avanzaba día por día, y sin la conquista española se hubiera adueñado, en el curso de los años, de toda la mitad septentrional de la América del Sur.

VII

PARALELO ENTRE NORMANDOS Y CARIBES

Al estudiar los primitivos pueblos de la Europa septentrional, anglos, sajones, frisones, jutos, designados con el nombre genérico de normandos u hombres del Norte, y los caribes primitivos habitantes de las Antillas, llaman la atención desde el primer momento las semejanzas en el carácter, en la organización social y en el modo de vivir de estas dos razas, tan desconocidas la una para la otra, tan

separadas por la distancia y tan distintas desde el punto de vista etnográfico.

Pero se comprenden estas semejanzas si se tiene en cuenta que unos y otros vivían en un medio semejante: ambos en archipiélagos de pequeñas islas o en tierras cercanas separadas por numerosos canales; ambos sobre el mar: el mar era el elemento primordial de su vida, el que ejercía una influencia definitiva sobre su carácter. Marinos intrépidos y esforzados, en sus frágiles barcos de cuero o de cortezas de árboles, se lanzaban como aves de rapiña al través de los canales, y después, al través del Océano, a sus empresas y aventuras guerreras. Cuando, después de haber luchado con los elementos, de haber vencido en los combates, volvían a sus hogares cargadas sus embarcaciones con el botín de la guerra, que era principalmente de prisioneros, la familia y la tribu tomaban parte en los festejos de la victoria, consistentes, sobre todo, en los sacrificios humanos llevados a cabo en medio de bailes y de festines. Los niños que crecían viendo estas escenas de sangre y oyendo las proezas de sus padres, se hacían más crueles, más atrevidos y más valerosos, si ello era posible. Así se desarrollaban estos *reyes del mar*.

"Suplicios y matanzas, anhelos de peligro, furor de destrucción, desencadenamiento de instintos carniceros son los rasgos que apare-

cen a cada paso en las antiguas Sagas" (1). Eso mismo es lo que se encuentra en todas las crónicas y en todas las relaciones referentes a los caribes. Siempre el gusto por las emociones rudas y fuertes. Las sensaciones suaves les eran desconocidas, porque no les encontraban sabor.

El mar era su elemento, y si había tempestad, tanto mejor. Como los normandos, los caribes podían cantar: "El soplo de la tempestad ayuda nuestros remos; el rayo ni el trueno nos perjudica; el huracán está a nuestro servicio y nos arroja adonde queremos ir."

Los siguientes conceptos de Taine referentes a los sajones primitivos, pueden aplicarse palabra por palabra a los primitivos caribes pobladores de las pequeñas Antillas: "Piratas primero; de todas las cacerías, la cacería del hombre es la más provechosa y la más noble; dejaban el cuidado de la tierra a las mujeres y a los esclavos; navegar, combatir y pillar era para ellos el único oficio de un hombre libre.

Se lanzaban al mar sobre sus barcos de dos velas, abordaban al azar para volver a comenzar más lejos, habiendo degollado en honor de sus dioses la décima parte de sus prisioneros, y dejando tras sí el rojo fulgor del incen-

---

(1) TAINE: *Histoire de la littérature anglaise*.

dio. "Señor—decía una letanía—, libradnos del furor de los jutos" (1).

Las poblaciones americanas de otra raza, y luego las españolas en los primeros siglos de la Conquista, exclamaban también: "Señor, libradnos del furor de los caribes."

Los caribes, como los primeros sajones, verdaderos *reyes del mar*, se reían de los vientos y de las tempestades, y en unos y otros las permanentes luchas, la presencia constante de la muerte y de las escenas de sangre les desarrollaban los instintos carniceros y el desprecio por la vida.

Pero las mismas condiciones de esta azarosa existencia desarrolla en ellos la dignidad del individuo y la conciencia de hombres libres. Debajo de la corteza de barbarie y de salvajez se ven germinar nobles sentimientos, principalmente el del cumplimiento del deber, movimiento espontáneo que sólo obedece a impulsos internos. Al sajón que huye en el combate sus compañeros lo ahogan en el lodo.

El caribe no concibe la cobardía. Un panche que no pudo asistir a la primera batalla que dió su nación a los españoles, cuando llega a su campo y ve a los suyos destrozados y en

---

(1) TAINE: *Histoire de la littérature anglaise*, tomo I, pág. 8.

derrota, vuela a alcanzar el ejército de Quesada y libra combate él solo contra los vencedores de la víspera, no para vencer, que no lo esperaba, sino para vengar la muerte de sus deudos y de sus amigos y la afrenta de su nación.

Como los antiguos sajones, los caribes vivían generalmente aislados: edificaban sus cabañas en el sitio que les parecía más a propósito, y aun en las aldeas, como sucede todavía en los pueblos páeces de Tierra Adentro (1), las casas no se tocaban. El individuo, en todas las manifestaciones de su vida, tenía necesidad de libertad y de independencia.

Cuando no estaban dominados por las duras pasiones que engendran las aventuras de la guerra, su carácter era grave y melancólico, y en ambas razas el sentimiento religioso, más que aparente y externo, era de sentido interior; se ha dicho que carecían de templos porque sus templos estaban en la Naturaleza. Sin embargo, tenían tan arraigadas sus ideas religiosas, que su conversión fué siempre difícil y a ambos se les tuvo como fanáticos y encarnizados enemigos del cristianismo. El padre Dutertre confiesa que en el espacio de treinta

---

(1) CARLOS CUERVO MÁRQUEZ: *Prehistoria y Viajes*, páginas 87 y 88.

y cinco años todos los misioneros reunidos de las Antíllas no alcanzaron a convertir, y eso con infinitos trabajos, a más de veinte adultos (1).

Si se tienen en cuenta las grandes semejanzas geográficas del medio en que primero vivieron estas dos grandes razas, sajones y caribes, se comprende fácilmente el porqué de las grandes analogías que presenta el carácter de esos atrevidos navegantes, ambos *reyes del mar*, los unos del Báltico y del mar del Norte, y los otros del mar de las Antillas.

Más tarde los sajones, al ponerse en contacto con el moribundo Imperio romano, fueron herederos de su refinamiento y de su cultura, la cual, modificándola de acuerdo con su carácter, se la asimilaron lentamente, pero de una manera sólida y segura; y el cristianismo, no sin grandes dificultades, logró al fin suavizar sus bárbaras costumbres.

Los caribes en sus emigraciones no tuvieron contacto sino con pueblos bárbaros, y cuando en la marcha de los acontecimientos históricos se encontraron con la civilización europea, el antagonismo de sentimientos y de intereses era tan inmenso que el choque fué violento; la guerra a muerte y el conflicto dieron por resultado natural, no el venci-

---

(1) DUTERTRE J. D.: *Histoire générale des Antilles.*

miento, sino la desaparición total de esta altiva raza, que prefirió la muerte a la esclavitud (1).

En las pequeñas excursiones a las islas vecinas en sus archipiélagos, al través de los estrechos canales que las separan, sajones y caribes se familiarizaron con los peligros del mar y adquirieron el espíritu de aventura, que se convirtió en seguida en espíritu de conquista. A las cortas excursiones siguieron las grandes empresas y las formidables invasiones, que llevaron a los unos, los sajones, a conquistar las islas en donde más tarde sus descendientes han formado un grande imperio, que al mismo tiempo es una nación modelo; y a los otros, los caribes, a adueñarse de una vasta extensión del continente americano. En el mismo período histórico, en los

---

(1) En relación con las analogías de carácter y de costumbres de sajones y caribes pueden verse los siguientes autores:

Para los germanos:

TÁCITO: *De moribus Germanorum.*

BEDA, V, 10: *Sidorio VIII, 6.*

AUG. THIERY: *Hist. Sancti Edmundi.*

Pictorial history, etc., etc.

Para los caribes:

FRAY PEDRO SIMÓN: *Noticias historiales.*

IÑIGO ABAD: *Historia de Puerto Rico.*

FRAY GREGORIO GARCÍA: *Origen de los indios.*

OVIEDO, THEODORO DE BRY: *Historia de América.*

diez primeros siglos de la Era cristiana, desempeñaron los caribes en el Nuevo Mundo un papel semejante al que a sajones y daneses les tocó desempeñar en el otro continente.

CAPÍTULO III

LAS INVASIONES CARIBES EN COLOMBIA

Desde los más remotos tiempos, las hordas caribes se establecieron en todo el litoral del mar de las Antillas. Desde allí sus tribus y nacionalidades, impulsadas por las condiciones migratorias de su carácter, principiaron a internarse en el Continente, remontando el curso de los grandes ríos y de sus inmensos afluentes. Mientras que unas, subiendo por el Orinoco o internándose por el lago de Maracaibo, ocupaban la Guayana y la región oriental de Colombia, otras, en mayor número, subiendo el Magdalena, ocupan todas las tierras bajas, todos los valles ardientes o templados de la República, y se adueñaron aun de la misma cordillera central en toda su extensión; otras, en fin, remontando por el Atrato o cruzando por el istmo del Darién, ocuparon toda la costa del Pacífico y las hoyas del San Juan, del Dagua y hasta del Patía.

Ni la raza pampeana de la región oriental, ni los pueblos de la raza andina que ocupaban el interior, pudieron resistir el empuje formidable y sostenido por siglos de la invasión caribe. De estos pueblos, sobre todo los andinos, unos fueron totalmente destruídos o devorados por los invasores antropófagos; y otros, como los chibchas, cediendo el terreno, tuvieron que encastillarse en las altas mesetas de la cordillera oriental, siendo muy excepcionalmente que parece haberse producido una fusión de las dos razas. En Antioquia el núcleo andino fué roto y destrozado, y al tiempo de la conquista española sólo quedaban de él restos dispersos en tribus pequeñas, amenazadas constantemente por los caribes. De suerte que la mayor parte del territorio colombiano vino a quedar ocupado por las tribus de esta raza enérgica y vigorosa, que surgió en el archipiélago de las Antillas y se desarrolló en los combates y entre los ciclones y las tempestades del mar que lleva su nombre.

Las huellas de su remoto y lejano origen se encuentran esparcidas en toda esta parte del Continente en los nombres que daban a sus tribus y en las voces con que bautizaban los ríos, los montes y en general los sitios que fijaban su atención. Ellas marcan, no solamente su prodigioso éxodo, sino también el estrecho parentesco que une a pueblos y a tribus

que desprendidas de un mismo centro marcharon en líneas divergentes y llegaron a ocupar más tarde regiones tan distintas como apartadas.

Según estos vestigios filológicos, las tribus caribes pueden calificarse en varios grupos, y aunque hoy extinguidas totalmente en su mayor parte, pueden fácilmente reconocerse por ellos los territorios que ocupaban y el camino por donde a ellos llegaron.

Los principales de estos elementos son los siguientes: *cara*, *cari* o *cala*, *cal*, como raíz del nombre nacional, según se dijo antes.

Ima, voz frecuentísima en todo el vasto territorio que ocupaban los caribes, y cuyo significado, poco conocido, parece ser el de señorío o relacionarse con el desempeño de algún cargo elevado. El historiador Plaza dice que *ima* era sacerdote. El padre Simón habla de que los *imas* se reunían en consejo, en los casos graves, para señalar la línea de conducta que debía seguir la tribu.

El diptongo *oa*, como elemento de las siguientes palabras: *toa*, *doa*, nombre propio de mujer, que significa *leche* o *pechos* y también *rana*.

Poa o *boa*, que equivale a lugar o sitio, y *coa*, que quiere decir *fuente*.

Estas tres variaciones parecen indicar un mo grupo.

Paes, *país* o *pies*, que quiere decir habitantes.

Estos elementos, puros o más o menos modificados, combinados entre sí o con otras voces de indudable origen caribe, se encuentran esparcidos y mezclados en todo el litoral desde la embocadura del Orinoco hasta el istmo de Panamá, y sólo en el interior es donde forman grupos más o menos compactos y extensos; bien sea porque los primeros invasores hubieran pertenecido a los distintos grupos que vinieron a diferenciarse más tarde en su desarrollo sobre el Continente, o bien porque las invasiones no fueron simultáneas, sino sucesivas, y porque cada grupo en su marcha hacia el interior dejó en el litoral la huella de su paso.

Este último procedimiento parece el más natural y el que está más de acuerdo, no solamente con lo que enseña la Historia respecto de toda grande emigración, sino también con las escasas tradiciones que han llegado hasta nosotros del poderoso movimiento caribe, el cual se efectuó en una doble corriente, una directamente de las Antillas, principalmente de Haití y Puerto Rico, y otra, quizás más poderosa, de las costas venezolanas. El padre Simón, hablando de las tribus que ocupaban el territorio comprendido entre Cartagena y las bocas del río Magdalena, dice que "todos los

indios de estas provincias se llaman con un nombre común, los *mocanaes*, y que todos se originaban de los que habían venido a poblar allí, en canoas, la costa abajo desde *Maracapana* y Caracas" (1). Los urabaes de raza caribe se consideraban a su turno como originarios de la otra orilla del río grande (2).

Estas tradiciones señalan el rumbo que trajo la invasión caribe por oleadas sucesivas, cuyas hordas, empujándose las unas a las otras, fueron extendiéndose a todas las tierras del interior.

Es de suponerse que la emigración de los *mocanaes* y de los *urabaes* no fueron hechos aislados: muchas otras debieron haberlas precedido; y cuando ellas tuvieron lugar, el litoral comprendido entre los puntos extremos del éxodo debió estar ya ocupado por otras tribus que a su turno desalojaron las que primero habían llegado, rechazándolas hacia el interior, o costa abajo hacia Panamá.

Así se explican las sorprendentes analogías y semejanzas de nombres que existen entre las regiones caribes del interior de Colombia, las Guayanas y el litoral de Venezuela. Aquí, como allá, se encuentran los mismos grupos filológicos o fonéticos que hemos señalado y que demuestran el estrecho parentesco que

(1) Tomo IV, pág. 19.
(2) El mismo cronista, tomo III, pág. 360.

une a los pueblos caribes de ambas distantes regiones.

Anotaremos aquí, como la más importante, la extraña afinidad del grupo de los *imas*, tan numeroso y casi exclusivo en la hoya del alto Magdalena, en el Tolima y Cundinamarca, y los *imas*, no menos numerosos, de la Guayana y de todo el centro de Venezuela. Corrobora esta afinidad la semejanza o igualdad que hay entre varios nombres del litoral, principalmente de los *mocanaes*, venidos de las costas de Caracas, y nombres de las tribus caribes del alto Magdadena; por ejemplo:

En el litoral:	En el alto Magdalena:
Tocana, pueblo de los mocanaes.	*Tocaima,* pueblo de los panches.
Duhoa, cacique de los mocanaes.	*Dúhos*, tribu de los natagaimas.
Cambayo, pueblo de los mahates.	*Cambais* o *Cambis*, nación de Timaná.
Malambo, pueblo y cacique.	*Matambo,* cerro cerca de Natagaima.
Gaira, tribu y pueblo de Santa Marta.	*Gaira,* capitán de los cambis, de Timaná.
Guaríes, nación caribe del Sinú.	*Gualíes*, nación del norte del Tolima.
Gualí, uno de los cerros de Sierra María en Bolívar.	*Gualí,* río y nación del norte del Tolima.

Guarinea, pueblo de Santa Marta.....	*Guarinoes*, río y nación del norte del Tolima.
Doa o *Toa*, islas de la ensenada de Calabozo y sitio de Puerto Rico.....	*Doa*, tribu del Sumapaz.
Anaime, en La Goajira.....	*Anaime*, tribu y río de Ibagué. *Anaime*, tribu y río del Cauca.
Cauca, río y tribu del sur de Maracaibo.	*Cauca*, cacique cuyo nombre se dió al río y al Departamento así llamado.
Caucaya, río de los caribes del Putumayo.	
Aragua, río de Venezuela.	*Aragua*, río afluente del Opón.

Garupar, del Valle de Upar, y *Carúpano*, de Venezuela. *Carupa*, cacique y pueblo de los colimas.

El mismo nombre Mocaná de los caribes del litoral lo encontramos ligeramente modificado, Bocaná, en el valle de Medellín.

Sometiéndose el movimiento caribe a las condiciones del terreno, pueden calificarse las emigraciones en tres grandes grupos; a saber:

1.º La emigración oriental efectuada por el golfo de Maracaibo y por los afluentes del Orinoco.

2.º La grande emigración central, llevada a cabo por el Magdalena y sus afluentes; y

3.º La emigración occidental, por el Atrato y por las costas del Pacífico, después de cruzar el Darién o Panamá.

I

LA INVASIÓN ORIENTAL

El curso de los ríos fué la amplia vía que siguieron los invasores para dirigirse del litoral al interior. Remontando el Orinoco y sus afluentes se extendieron en todos los llanos de Casanare y San Martín, en donde aun viven muchos de sus descendientes conservando puros los caracteres distintivos de la raza, así como en el Caquetá y el Putumayo, adonde probablemente llegaron atravesando por el Casiaquiari y extendiéndose por todos los afluentes septentrionales del Amazonas hasta *Mocoa*, al oriente de Pasto, y por la hoya del Napo, en la región oriental del Ecuador.

En esta vasta y admirable red hidrográfica las tribus caribes encontraron un medio perfectamente adecuado para su desarrollo. Dilatadísimas regiones, cruzadas en todas direcciones por inmensos ríos, provistos de pesca y de caza en abundancia y con un clima análogo al de la primitiva patria, el caribe, en

estos territorios de ilimitados horizontes, no tuvo nada que extrañar ni esfuerzo alguno que hacer para aclimatarse a un medio tan semejante a aquel en que tuvo su origen. La raza se conservó, pues, en toda su pureza, tanto que algunos viajeros la han creído, por esta circunstancia, originaria de la región comprendida entre el Orinoco y el Amazonas.

En los territorios colombianos de Casanare, San Martín y Caquetá, numerosas tribus caribes: *guacaicas*, *guaharibos*, *guahibos*, del Vichada; *Piaroas* de los raudales del Orinoco, los *guaipunabis* del Inirida, los *guaques*, nación feroz y valerosa que asalta las otras tribus para hacer provisión de prisioneros, a los cuales engordan en estrechos cercados antes de devorarlos. Las tribus guaques agregan a su propio nombre la voz *carifona*, que quiere decir gente, en la cual entra la palabra caribe *cari* o *cara*. Los *cuivas*, del Guaviare, los *carizonas* y los *huitotos* del Putumayo, los guajiros de Casanare, y centenares más que ya han desaparecido, como los antropófagos *choques*, del Papamene, bajaban por los ríos y por los caños, siendo el terror de las tribus pampeanas vecinas, a las cuales asaltaban a sangre y fuego, sacrificando sin piedad a los hombres y algunas veces conservando, según su antigua costumbre, a las mujeres, con lo cual se dió origen a grupos mestizos difíciles de cla-

sificar, que en unas ocasiones se consideraban como caribes y en otras como enemigos encarnizados de ellos; tales fueron entre otros los *mituas*, que en el siglo XVIII alcanzaron relativa celebridad y fundaron un Estado importante; los *papiocos*, ambos del Guavirare; los *achaguas* y los *enaguas*, de Casanare, etcétera, etc.

Entre alguna tribu de esta región y del litoral hay algunas afinidades que no deben pasar inadvertidas. Los *guajiros* de Casanare y sus homónimos de la península a la que han dado su nombre, no solamente se llaman de la misma manera, sino que en sus costumbres y en sus caracteres presentan grandes semejanzas. Los *orejones* del Putumayo y los *orejones* de la Sierra Nevada fueron llamados así por los españoles por la extraña costumbre peculiar a ambos de agrandarse de una manera extraordinaria el lóbulo de la oreja hasta darle el tamaño de un plato pequeño.

¿Estas coincidencias, que no son casuales, indican acaso que los guajiros y orejones del centro del Continente han venido de sus homónimos de la costa, o viceversa? ¿O más bien se explican por venir unos y otros de un tronco común, cuyas ramas se desprendieron en distintas direcciones?

Debe notarse desde luego que las dos tribus guajiras son de raza caribe pura, mientras

que los orejones del Putumayo parecen pertenecer a la primitiva raza pampeana, lo mismo que los antiguos orejones de la Sierra Nevada de Santa Marta.

Los guajiros debieron pertenecer al grupo caribe que entró al Continente por el golfo de Maracaibo, en cuya región se dividió en dos ramas: la una que torció al Nordeste hasta ocupar la península guajira, y la otra que debió seguir al Sur hasta llegar a Casanare.

También es singular la circunstancia de que al lado de ambos guajiros se encuentran tribus conocidas con el nombre de *arhuacos* o *arvacos*, nombre que llevan también varias tribus de la Guayana inglesa y del Brasil, cuyo idioma, el *aravaco*, es uno de los dialectos más importantes de la lengua caribe (1). En las pequeñas Antillas, por cerca de quinientos años se ha observado el fenómeno de que en las tribus caribes que las poblaban, el idioma de las mujeres era el aravaco, mientras que los hombres hablaban otro dialecto enteramente distinto.

Las numerosas poblaciones caribes que ocupaban la región de Ocaña, cuyos nombres se caracterizaban por la terminación *ama*, que significa tierra o región, como *hacaritama*,

(1) Como vimos ya en el capítulo I, al tratar de las familias para o pampeana, algunos autores dan a este grupo etnográfico el nombre de arvaco.

peritama, *teorama*, *burgama*, *guairama*, *urama*, etc., etc., vinieron allí del lago de Maracaibo, remontando el río Catatumbo o Catotumo, como primitivamente se llamaba, y sus afluentes. Esas tribus valerosas fueron las que detuvieron al feroz Alfinger en su marcha hacia el Sur y lo obligaron a cambiar de rumbo, torciendo hacia el Oriente, sin lo cual es probable que a este terrible conquistador le hubiera tocado en suerte descubrir el primero el rico territorio de los guanes y el reino de los chibchas.

Los actuales *motilones*, que en corto número viven todavía en la región montañosa comprendida entre la hoya del río Cesar y la Sierra de Perijá, son los descendientes de estas valientes tribus. El nombre de *motilones* que tienen en la actualidad se debe, según refiere Nicolás de la Rosa, a que el cura doctrinario que tuvieron en los primeros años de la Conquista les hizo cortar la cabellera por causa de la peste de viruela que entonces diezmó estas tribus.

A medida que la ola caribe avanzaba hacia el Occidente y se acercaba a la gran mole de la cordillera central, las invasiones se fueron debilitando; no obstante, siempre alcanzaron a ponerse en contacto con las poblaciones chibchas limítrofes de la gran llanura, con algunas de las cuales se mezclaron por algunos

de esos accidentes que no son raros en los pueblos invasores o emigrantes: probablemente por la influencia de las mujeres, como sucedió, según queda dicho, en la fusión con las poblaciones pampeanas, formando esos grupos de indudable apariencia mestiza que por la influencia de las madres vinieron a incrustarse en la nación más culta y más civilizada a que a ellas pertenecían.

Tal debió ser el origen de los *duitamas* o *tundamas*, en quienes, además de la presencia del vocablo característico *ama* o *aima*, las condiciones de su carácter altivo, guerrero y valeroso, superior en mucho al de los demás chibchas, indican que llevaban en sus venas una buena dosis de sangre caribe. Lo mismo puede decirse de algunas poblaciones del valle de Tenza, al oriente de Boyacá, cuyo aspecto, constitución física y carácter parecen indicar una mezcla de sangre chibcha y caribe, creencia que aquí, como en los duitamas, está corroborada por la presencia de nombres netamente caribes, como *Garagoa*, compuesto de *gara*, o *cara*, y *goa*, que quiere decir sitio, territorio, lo que daría territorio caribe o de los caribes; *Soatama*, etc., etc. Cerca de Tota hay un sitio llamado *Guáquira*, que es el mismo nombre de una tribu de la Guayana, los *guaquires*. Entre Duitama y Santa Rosa, en el pintoresco sitio de Chiticuy, hay una piedra

con figuras grabadas que parecen de origen caribe. Los chibchas usaban jeroglíficos pintados.

En la región de Cáqueza, al oriente de Bogotá y confinante con San Martín, las poblaciones chibchas debieron también recibir la influencia caribe; y mucho más al Sur las tribus de esta raza invasora, remontando los ríos Fragua y Orteguaza, pudieron transmontar la gran cordillera por las depresiones de la Ceja, al oriente de Suaza, y ponerse en relación con las poblaciones primitivas del sur del Tolima o con otras tribus caribes llevadas ya a esas regiones por la corriente de la poderosa emigración central.

En cuanto a las tribus de Cáqueza, o sean los caquesios, por el boquerón de Usme debieron bajar a la Sabana y ocupar las riberas del río Tunjuelo, en las cuales existe un extenso cementerio. Los cráneos encontrados allí son muy diferentes de los hallados en el resto de la Sabana, según los estudios hechos por el eminente profesor señor Ecequiel Uricoechea y por el señor Guillermo Pereira Gamba. El señor Uricoechea, en su introducción a la *Gramática de la lengua chibcha*, página 15, dice lo siguiente:

"Dos tipos distintos son los del Llano de la Iglesia, en la Picota, al borde del Tunjuelo, y los que en profusión se encuentran en Fonti-

bón... Para mí es indudable que los de Tunjuelo eran de origen caquesio y los de Fontibón chibchas de la raza conquistadora."

Quizás tenga razón el sabio escritor en esta última apreciación; pero parece más probable que la diferencia apuntada provenga de la mezcla de sangre caribe, que, como hemos visto, no era rara en las tribus limítrofes que de tiempo atrás estuvieron en presencia de esa raza eminentemente invasora.

No estará por demás recordar que en Coro, en Venezuela, existía una tribu que también llevaba el nombre de *caquesios*.

II

LA INVASIÓN CENTRAL

El río Magdalena, importante arteria que, corriendo de Sur a Norte, a lo largo de los ramales andinos, surca en casi toda su longitud el territorio colombiano por espacio de cerca de 400 leguas desde su nacimiento en el gran macizo Colombia, hasta que por ancho delta y por numerosas bocas arroja sus aguas al mar de las Antillas, fué la vía natural que las tribus caribes siguieron para lanzarse del litoral al interior y ocupar, no solamente la vasta hoya del gran río, sino también los valles de todos sus afluentes. La ciénaga de Santa

Marta y los numerosos caños que la unen, el río por la banda oriental y el dique de Cartagena por la occidental, debieron favorecer extraordinariamente la invasión, la cual, por el Oriente, debió extenderse en todo el actual departamento del Magdalena y ocupar el Valle de Upar o *Eupari*, como primitivamente se llamaba, poniéndose en contacto con las tribus que, entrando por el lago de Maracaibo, habían llegado allí por la región de Sinamaica o transmontando la sierra de Perijá o de los Motilones.

El río Cesar, o como antes se llamaba, *Cesare* o *Zazare*, que recuerda el nombre del río afluente del Orinoco *Sarare*, les sirvió de comunicación con el Magdalena, bien para bajar por él las tribus que ya habían ocupado el Valle de Upar, o bien para remontarlo las que formaban parte de la invasión central. Debe recordarse que este río era tambien llamado *Pampatar*, nombre que pertenece a una parte de la isla Margarita en Venezuela, indicio que, como otros muchos, corrobora, de acuerdo con las tradiciones de los mocanaes, la creencia de que una parte considerable de los caribes de Colombia arrancaban su origen de las costas venezolanas. Del Cesar para arriba ocuparon todas las tierras bajas hasta las cordilleras de Ocaña.

Entretanto, en el departamento de Bolívar,

o sea en la ribera occidental, mientras que unas tribus, como queda dicho, se extendieron en todo el litoral desde las Bocas de Ceniza hasta el golfo de Urabá, otras, remontando el Magdalena, se adueñaron de todas sus riberas, sin que las sierras de María, que aunque bajas dividen las hoyas del Magdalena y del Sinú, fueran obstáculo para contener la invasión caribe, que por este lado ocupó las sabanas de Corozal. Uno de los últimos cerros de esta pequeña cordillera tenía y conserva el nombre caribe de *Gualí*, que es el mismo que tenía la tribu que en las vecindades de Honda vivía sobre el hermoso río cuyo nombre lleva aún.

Es probable que estas primeras invasiones hubieran encontrado y aun destruído las poblaciones más septentrionales de los ricos pueblos del Zenú.

En Tacaloa, las invasiones tomaron rumbos diferentes. Unas, guiadas por la equivocada dirección de las aguas del Cauca, entraron por los brazos numerosos que este afluente extiende hacia el Magdalena, y remontando su curso y el de San Jorge, se internaron, unas, en el territorio de Antioquia, y otras, después de haber destrozado la misteriosa nación de los zenúes, siguieron hasta el golfo de Urabá y las montañas de Abibe. A estas primitivas invasiones se refiere, sin

duda, la tradición de que el pueblo zenú se fraccionó en las tres secciones de Pansenú, Fisenú y Senufana, que, decaídas y casi despobladas, encontraron los primeros conquistadores, pero que en época anterior fueron un solo Estado floreciente, rico y dotado de una singular civilización. De él formaban parte probablemente los guacas del Darién y los pueblos andinos de Antioquia, que fueron despedazados y en parte destruídos por las invasiones caribes, las cuales, adueñadas de la hoya del río Cauca y de los reducidos y estrechos valles de esa montañosa región, dieron origen a las feroces y valientes naciones de pozos, armas, guarcamas, paucuras, picaras y carrapas, que rechazaron a los quimbayas hacia el Sur y encerraron a los catios en un círculo de fuego y sangre que cada día se estrechaba más. Probablemente otras tribus avanzaron hasta el valle del Cauca; pero las naciones caribes de esta región parecían relacionarse más estrechamente con las que entraron por el Atrato y por las costas del Pacífico.

De las invasiones que siguieron el rumbo del Magdalena, de Tacaloa para arriba, unas entraron a Santander por el Lebrija, por el Sogamoso, por el Carare y el Opón. La más importante fué la que entrando por el Sogamoso dividió el grupo andino de los guanes

y fundó en las mesas de Barichara las nacionalidades de Butaregua y Macaregua, nombres que por sí solos indican su origen caribe, así como los de *Chucurí, Chocoa, Curití,* compuesto de *curi,* guamo, y *ti,* alto; *aratoca* y otras que aun subsisten, señalan hasta dónde se internaron los pueblos caribes en esta dirección, los cuales probablemente se fundieron con los vecinos guanes. Algunos de los nombres de sus pueblos y caciques al tiempo de la Conquista son netamente caribes, como *Poima, Bocaré, Cacher, Caraota,* etcétera, etc., y *Popoa,* río de Vélez. El *Chucurí,* de Santander, parece ser el mismo *Chacurí,* nombre de un cacique de Antioquia, y *Ushacurí,* nombre de una población de Cartagena.

Estas poblaciones, aunque diezmadas, no fueron destruídas por la Conquista y han venido a constituir la base demográfica de esta parte de Santander. El carácter altivo, enérgico y emprendedor que siempre ha distinguido a sus habitantes debe atribuirse a la parte de sangre caribe que llevan en sus venas.

El nombre de Carare es también netamente caribe; está compuesto de la raíz *cara* y de *are,* divinidad de una de las tribus caribes; los colimas y muzos, que demoraban más al Sur y que habían ocupado en épocas no muy anteriores a la Conquista las hoyas del Minero

y del Ríonegro en las regiones de Muzo y de La Palma.

Estas tribus tenían la tradición de que en tiempos anteriores había al otro lado del río Magdalena una gran sombra recostada, con figura humana, llamada *Are*, que labró en madera rostros humanos y los arrojó al río, a cuyo contacto se convirtieron en hombres y mujeres, progenitores de sus nacionalidades; mito que parece indicar que muzos y colimas ocuparon primero la margen occidental del Magdalena, y que, empujados por otras invasiones, pasaron el río y ocuparon el territorio, en el cual los sorprendió la conquista española cuando todavía estaban en pleno movimiento de invasión. Bien sabido es que poco antes de la Conquista la región de Muzo, en donde los chibchas tenían sus sembrados de algodón y de los otros productos de las tierras calientes, fué abandonada por éstos a los temibles invasores caribes que se establecieron en ella y que amenazaban ya permanentemente las poblaciones de Simijaca y de Susa, situadas en la altiplanicie. Tan reciente fué esa invasión, que muchos sitios de esa región no alcanzaron a perder sus primitivos nombres chibchas, como Furatema, en el río Minero; Mencipá, río de Paime, etc., etc.

Aunque el padre Simón dice que los colimas se llamaban a sí mismos *tapaces* (piedra

ardiente) y que fueron los chibchas los que los llamaron colimas, esto es, crueles o sanguinarios, no debe creerse que la voz colima es de origen chibcha; su índole es caribe: está compuesta de *col* o *cor* y de *ima,* y debe ser la misma *calima* de los caribes de la parte occidental del valle del Cauca, igual a *carima* de Casanare (1).

Entre los muzos o muzhuac, las diferentes parcialidades o pueblos se designaban por alguna particularidad del terreno en que vivían o de sus costumbres, a la cual agregaban la palabra *pais* o *pies*, que significa hombres o habitantes; muchos de esos nombres subsisten todavía, como *caparrapies*, habitantes de los barrancos; *marpapies,* habitantes de donde hay hormigas; *curipies*, habitantes de los guamos; *yacopi*, *maripi*, *topaipi*, etc. Debe notarse que en el alto Orinoco hay un pueblo llamado *Gurá* y una tribu de *guripás* muy semejante a los *curipies* o *curipaes*, como los llamaba el padre Simón.

Es digno de notarse que el nombre *pais* de los muzos, que significa hombre, sea la denominación que se daba y aun conserva la tribu caribe que más adelantó en su invasión al Sur:

(1) Es probable que el nombre de tapaces fuera sólo el de una tribu de la nación colima; así parece indicarlo el nombre de *tapacipi*, que aun subsiste, de un afluente del Minero.

los *paises* o *páeces* de Tierra Adentro. ¿Fueron quizás estos últimos alguna rama desprendida del mismo tronco que dió origen a los muzos? Nada tendría de extraño, y hay algunas otras coincidencias que permiten esta suposición.

Tales son, por ejemplo, la semejanza entre *Musuc*, el actual Mosoco, nombre de la población más importante de los *páeces*, la que desde antes de la Conquista y aún hoy todavía ejerce la hegemonía de la tribu, y *Mushuac*, nombre de la nación de los muzos. La voz *topa* o *toba* se encuentra en ambas regiones, pero con terminación distinta; en Muzo, topaipí; en los páeces, topa-ima, etc.

No sorprenderá esta relación entre los muzos y los páeces que ocupaban los dos extremos de la extensa hoya del alto Magdalena separados por más de 200 leguas, si se tiene en cuenta que en las serranías de Abibe, entre Antioquia y el golfo de Urabá, encontraron los conquistadores una aguerrida nación caribe, designada también con el nombre de *Páez*, y que, como sus homónimos de Tierra Adentro, tenía un pueblo llamado Suin y otro Apirama. Ambas naciones tenían una organización militar y una táctica de combate tan perfecta, que el cronista que describe los páeces de Abibe exclama, como el que describe los páeces de Tierra Adentro: "Sus escua-

drones son tan bien ordenados como no se ven en Italia." Circunstancia que, por demás está decirlo, era característica de todas las tribus caribes del Continente.

Probablemente estos páeces de la serranía de Abibe fueron el tranco de donde se desprendieron los muzos y los páeces de Tierra Adentro.

Al occidente del territorio ocupado por los muzos y colimas, al otro lado de los grandes nevados de la cordillera central, en tierras del Cauca, se encuentran los nombres de *Calima*, que parece ser el mismo Colima, y *Upirama*, de Marmato, que es el mismo Apurama de las sierras de Abibe y el mismo Apirama de Tierra Adentro, en tierras de los páeces, y un cerro del territorio de los muzos se llama Apipi, que parece ser el mismo Abibe de Urabá.

La presencia singular de estos nombres en esa región, ¿no señalará las huellas que en su emigración dejaron los muzos y colimas? Al desprenderse éstos del grupo que ocupó las serranías de Abibe se dirigieron al Sur, y remontando el río Cauca atravesaron el territorio antioqueño hasta la región de Marmato, de donde por una o por otra causa cruzaron al Oriente, y atraídos por los grandes nevados, en los cuales creían que residían sus almas, transmontaron la cordillera central, des-

pués de lo cual se dividieron en dos grupos: uno siguió por el alto Magdalena hasta la hoya del Páez y ocupó a Tierra Adentro; el otro, antes de pasar el río Magdalena, se detuvo en su marcha hacia el Oriente y fué el mítico *are*, la gran sombra recostada de figura humana que lanzó al otro lado del río las invasiones que ocuparon las hoyas del Minero y del Ríonegro, en donde con el nombre de muzos y de colimas las encontraron los descubridores españoles.

El extenso valle del alto Magdalena fué totalmente ocupado por las invasiones caribes. En la parte occidental, al Norte, los guarinoes, los gualíes y los hondaimas u hondas, grandes pescadores y traficantes en pescado seco, cuyo nombre conserva la ciudad de Honda; más al Sur, en la llanura, los marquetones, pantogoros, coyaimas, natagaimas y yalcones o cambis, todos antropófagos, grandes comedores de carne humana (1); y en los valles de la cordillera los aguerridos pijaos y putimas, que lo ocupaban por ambos lados, desde el Tolima casi hasta el Huila, y los páeces, en el extremo Sur, en la región conocida con el nombre de Tierra Adentro, cuyas hordas también transmontaron la cordillera por Mosoco

(1) Uno de los mejores capitanes de los yalcones se llamaba Gaira, nombre de una tribu caribe de Santa Marta, y que conserva la población de *Gaira*.

y por Pitayó y poco antes de la conquista española se establecieron en la vertiente occidental, rechazando las antiguas poblaciones guambianas, de origen andino, de las cuales han tomado muchos vocablos y algunos usos y tradiciones.

La parte oriental del alto Magdalena la ocupaba la importante y numerosa nación de los panches, que confinaba por el Norte con los colimas y por el Oriente con los chibchas, a los cuales tenían permanentemente amenazados, hasta el punto de que en los momentos de la Conquista hicieron irrupciones hasta la misma Sabana de Bogotá, entrando a Zipacón y a Bojacá a sangre y fuego, y llevando consigo numerosos prisioneros para proveer sus despensas de carne humana y para los festines con que celebraban la victoria.

La invasión panche debió entrar por el río Bogotá o *Pati*, como se llamaba en ese idioma, y ocupar toda la hoya baja, la cual anteriormente debió estar poblada por tribus chibchas, que sucumbieron o fueron rechazadas a la altiplanicie por el empuje incontrastable de la invasión caribe. Prueba de ello son los nombres de origen chibcha que se han conservado en el territorio de los panches, tales como *Sócota*, entre Anapoima y Tocaima; Viotá y Tibacuy, este último en el lindero entre panches y sutagaos.

A propósito de estos dos últimos nombres cabe aquí una observación, y es que con una transposición de las sílabas o raíces que los componen se forman nombres de otras poblaciones chibchas también. Así, de Viotá se forma Tabio, nombre de un pueblo importante de la Sabana de Bogotá; de Tibacuy se forma Cuitiva, nombre de un pueblo de Sogamoso, cerca de la gran laguna de Tota. Esta transposición, como se sabe, se encuentra con la mayor frecuencia en los idiomas monosilábicos y aglutinativos. En el Japón se encuentran numerosos ejemplos; basta citar los nombres de la antigua y de la nueva capital del Imperio: Tokio y Kioto.

En esta región, como más al Norte, los colinas en la hoya del Ríonegro y los muzos en la del Minero, los panches habían desalojado o destruído las tribus andinas chibchas, y amenazaban romper la unidad de esta nación, como seguramente ya la habían roto antes, más al Norte, las invasiones efectuadas por el Lebrija, por el Sogamoso y por el Carare.

Las tribus caribes del alto Magdalena introdujeron a esta región el vocablo *ima*, originario de la Guayana, usándolo profusamen te en los nombres de casi todos sus pueblos, principalmente entre los panches, los pijaos, los coyaimas y los natagaimas, hasta tal punto que desde las poblaciones limítrofes con la

Sabana de Bogotá hasta la cordillera central son innumerables a uno y otro lado del Magdalena los nombres de pueblos o sitios geográficos en cuya composición entra esta voz característica, que a su turno se halla también profusamente regada en la Guayana y en toda la región del Orinoco, en donde vive una tribu llamada simplemente *aima*. La huella del vocablo *ima* se encuentra a lo largo del Magdalena, desde su embocadura en el mar y a uno y otro lado en Antioquia y Santander, como señalando el paso y las ramificaciones de la poderosa corriente invasora que, salida de la Guayana, vino a ocupar el dilatado y rico valle del alto Magdalena y de sus numerosos afluentes, en donde la encontró la conquista española y cuyos restos fueron la base sobre la cual se desarrolló la población de las tierras calientes de Cundinamarca y de todo el departamento del Tolima, nombre que al soberbio nevado que señorea la cordillera central habían dado los antiguos piajos y en cuyas brillantes alburas de nieve creían que habitaba *Tulima* o *Tolima*, hada poderosa, especie de divinidad protectora de su nación.

Además de la comunidad del vocablo *ima* entre los pueblos del alto Magdalena y los de Venezuela y Guayana, deben señalarse las siguientes afinidades de nombres:

Calichana, cerca de La Mesa, panches. *Carichana*, tribu de Guayana.

Gaira, capitán de los yalcones..... { *Guaira*, puerto de Venezuela. *Gaira*, tribu de Santa Marta.

Doa, tribu de los panches. *Toa*, islas de Maracaibo.

Carupa, pueblo de los colimas. *Carúpano*, pueblo de Venezuela.

Aragua, río afluente del Opón. *Aragua*, río de Venezuela.

Purima, cacique de Antioquia. *Parima*, sierra y río de Guayana.

Carima, en Casanare..... { *Calima*, en la región de Marmato. *Colima*, nación vecina de los muzos.

Apiai, río y sabana de Los Llanos. *Apiai*, cerros de los muzos.

Y muchas más que sería largo enumerar.

Debe aquí notarse que en toda la extensión del río Magdalena, casi desde su nacimiento hasta su desembocadura, se encuentra una serie de nombres que, más bien que de origen caribe, parecen andinos venidos de tierras del Sur.

Tales son:

Anacarco, en Notagaima.

Cumbarco y Mondarco, en el Chaparral.

Ilarco, en Ambalema.
Cearco, en territorio de los pijaos.
Novarco, en el Quindío.
Cibarco, cerca de Cartagena, los cuales tienen un pronunciado sabor meridional.

III

LA INVASIÓN OCCIDENTAL

Las tribus caribes, en su marcha al Occidente, a lo largo de la costa del mar de las Antillas, ocuparon el golfo del Darién y gran parte del istmo de Panamá. En el Darién formaron las naciones de Urabá, Urabaibe, Caricuris, Caribanas y otras de menor importancia que desaparecieron con la conquista española. Los actuales cunas o cunacunas que hoy ocupan esas regiones llegaron allí posteriormente, salidos de las costas del Darién del Sur. Quizá sean restos de las antiguas tribus que huyendo de la Conquista se retiraron al Sur y cuyos descendientes, al ver que los españoles abandonaban los establecimientos que habían hecho en esa costa, regresaron a ocupar el territorio de sus antepasados.

Las primitivas invasiones, remontando el Atrato, se dirigieron al interior: en el valle de este río, en el bajo Chocó, se establecieron

los chocoes, y quizá otras tribus, cruzando el arrastradero o istmo de San Pablo, encontraron el río San Juan y llegaron a las costas del Océano Pacífico, por las cuales se extendieron hacia el Sur, casi hasta Guayaquil, aumentada la invasión en este sentido por las que atravesaron el Darién y el istmo de Panamá.

Los *guazuzes*, que vivían en el territorio comprendido entre Antioquia y Urabá y que, como los *lilis* y *gorrones* del valle del Cauca, hacían sus sacrificios humanos extendiendo las víctimas sobre una gran piedra con sus gradas y en la plataforma sus ranuras o cañuelas para que corriera la sangre, debieron llegar a esa región por el río del León o por el Sucio o Negro, afluente del Atrato; mientras que por el río Murrí u Oromira, como se llamaba en tiempo de la Conquista, se dirigieron al Oriente en busca de tierras mejores que las pantanosas del Atrato, las feroces y numerosas tribus que llegaron al occidente de Antioquia y remontando el río Cauca subieron hasta ocupar la parte occidental del hermoso valle de este nombre.

La invasión caribe llegada a Antioquia por este lado fué sin duda considerable y mucho mayor que la desprendida de la gran corriente central. A ella pertenecían los coris, cartamas, guaramas, caramantas, pozos, armas, pancuras, carrapas y las demás que con el

nombre genérico de *nutabes*, esto es, caribes, eran designados por los restos de la antigua población andina de esa región, la que construyó las grandes calzadas, "como las del Cuzco", y levantó los edificios cuyas misteriosas ruinas encontró el mariscal Robledo en sus descubrimientos, sin que pudiera averiguar ni quién los había construído ni cuándo ni cómo se habían arruinado.

En el valle del Cauca los ansermas, los chancos, los timbas, los gorrones, los lilis y probablemente los mismos payanes pertenecen al grupo de la invasión caribe occidental, caracterizado por costumbres más sanguinarias y más crueles, si es posible.

Ya hemos visto que los guazuzes, al noroeste de Antioquia, y los lilis del valle del Cauca, tenían identica manera de sacrificar sus víctimas humanas (1), lo cual demuestra que tenían entre sí muy estrechos vínculos de parentesco.

En Antioquia, los cartamas, los pozos, los

---

(1) Dos leguas al occidente de Cali, en el terreno llamado *La Castilla*, existe una de las piedras de sacrificio de los lilis: es un gran bloque prismático, de apariencia basáltica, que mide tres metros quince centímetros de largo por un metro veinte centímetros de alto; está asentado sobre uno de los planos del prisma y a lo largo de los otros dos tiene talladas cuatro gradas para subir a la plataforma, de cuarenta centímetros

caramantas y las otras tribus que se han mencionado, como en el Cauca los ansermas, los gorrones, los lilis, etc., tenían desarrollado en su más alto grado el culto de la muerte y de la ferocidad. A los prisioneros los sacrificaban sin piedad; antes de devorarlos los desollaban cuidadosamente, y los pellejos, rellenos de paja o de ceniza, los conservaban en las habitaciones, las cuales adornaban además con pies y con manos secadas al fuego. En el frente de las casas hacían avenida con brazos y con piernas secadas por el mismo procedimiento. Las cabezas secas, con las caras pintadas de rojo, con las facciones descompuestas por la horrible mueca de los suplicios y de la muerte y con la cabellera flotando al aire, desmesuradamente larga por el desarrollo vegetativo del pelo, las clavaban en las puntas de las guaduas con que formaban el cercado de sus casas; guaduas que perforaban artísticamente de modo que al soplar el viento produjera lúgubres sonidos, como si

---

de ancho, sobre la cual se tendía la víctima que se inmolaba; en contorno del plano de la plataforma se ve la ranura o cañuela que recogía la sangre y por la cual corría en dirección a la vecina quebrada de La Castilla. En las inmediaciones hay varias piedras grabadas con figuras humanas grotescas, casi de tamaño natural. Una de ellas tiene entre otros atributos uno como cetro en la mano.

fueran lamentos de las cabezas que las coronaban. Espectáculo macábrico, horrible, que debía influir poderosamente sobre el carácter y los sentimientos de estos pueblos, que a todas horas y a cada momento tenían presentes a la vista y a la imaginación estos cuadros de horror.

Iguales costumbres tenían todas las tribus que ocupaban las costas colombianas del Pacífico y las de las provincias de Esmeraldas y Manabí en el Ecuador, lo cual por sí solo indica un estrecho parentesco entre todas ellas. Además, unas y otras deformaban, como lo hacía el resto de los caribes, el cráneo de los recién nacidos.

Del golfo de Uraba hacia el Occidente continuaron los caribes su marcha a lo largo del istmo de Panamá hasta la costa de los Mosquitos, en donde vivían los *cucunas*, que recuerda el nombre de los cunacunas del Darién y los aramas con nombre idéntico al de una tribu caribe de Antioquia y a otra de los llanos orientales en donde se fundó la población de San Juan de Arama.

Las poblaciones primitivas de Panamá hasta el río Chagres por el Sur eran derivaciones de los nahuas y de los mayas, por sus caracteres físicos, por sus costumbres, su idioma y hasta por su civilización; que era un reflejo, aunque débil, de las grandes razas de

Centro-América y de Yucatán. Los caribes de la costa hacían constantes irrupciones al interior del istmo, y rompiendo la unidad de la raza primitiva lograron establecerse sobre las costas del Pacífico. Así lo demuestra la presencia en ella de nombres netamente caribes, como *Parita*, *Panamá*, *Terbi*, *Tiribí*, etcétera, etc.

El nombre de *Capira* se encuentra en regiones muy distantes entre sí: en Panamá, cerca de Arboledas, en el departamento de Santander; en Sonsón, en Antioquia; en Paime, en territorio de los Muzos; en Cundinamarca, y, por último, en las vecindades del lago de Titicaca. En todas partes lleva este nombre un cerro o monte cuya mole más o menos semiesférica tiene forma singular, que desde el primer momento impresiona y llama la atención.

Al contacto de las poblaciones nahuas de Panamá algunas tribus caribes se asimilaron algo de esa civilización y dulcificaron sus costumbres modificando su carácter de un modo favorable. Algunas de ellas siguieron su marcha hacia el Sur, a lo largo de la costa, como debió suceder con los cirambiras y noanamas, que entraron por el río San Juan, y con los caras, que llegaron a las costas de Esmeraldas y conquistando a los quitus fundaron el reino de los Sciris; mientras que otras tri-

bus, cruzando el istmo por el Tuira y por el golfo de San Miguel, no sufrieron esa benéfica influencia, y siguiendo el mismo rumbo hacia el Sur dieron origen a las naciones que ocuparon el resto del litoral, las cuales conservaron los usos feroces y sanguinarios de la raza. Tales fueron los birúes, los daguas, los caribes, que ocuparon el valle del Patía, y los del alto Chocó, que se dieron la mano con los caribes de Popayán, así como los noanamas y zitares estaban en relación con los chocoes del alto Atrato y con los ansermas del Valle.

La invasión occidental caribe había ocupado parte de Panamá y toda la parte del occidente y sur de Antioquia, y en el departamento del Cauca todas las costas del Pacífico y desde el golfo de Urabá hasta los confines de los Pastos.

Al tiempo de la Conquista la raza caribe dominaba, pues, en todo el territorio de la República, con excepción de las mesas de Pasto y Túquerres, de las altiplanicies de Bogotá y de Tunja, ocupadas por los chibchas. El pequeño número de reducidas tribus andinas de Antioquia estaban destinadas a desaparecer en breve tiempo a manos de los terribles invasores. Los chibchas de las tierras templadas habían sido rechazados a las altiplanicies y los caribes se atrevían a atacar-

los en ellas con ventajas. De suerte que si el descubrimiento de los reinos de Tunja y Bogotá se hubiera retardado un siglo, probablemente la nación chibcha habría corrido la misma suerte de los pueblos andinos de Antioquia; esto es, habría sido destruída por los vecinos caribes, panches, muzos y colimas, y mucho sería que se hubieran salvado del desastre general los pueblos de la cordillera al oriente de la Sabana. En ese caso apenas se habrían conservado vagas y dudosas tradiciones relativas a la nación indígena más culta y más importante de las que poblaban el territorio colombiano.

Las consecuencias de la conquista de la altiplanicie de Bogotá por la raza caribe, si hubiera habido para ello tiempo, habrían sido, fácil es preverlo, de la mayor transcendencia para el desarrollo del país y para la suerte futura de la República.

IV

APUNTACIONES SOBRE EL PUEBLO CHIBCHA

El pueblo chibcha, que era el más numeroso y el más adelantado de los que en el territorio de Colombia encontraron los españoles, ocupaba al tiempo de la Conquista las altas y fértiles mesas de la cordillera oriental de los

Andes, que desde las sabanas de Bogotá corren hacia el Norte hasta los valles de Moniquirá y de Sogamoso, y en los declives orientales se extendían por los templados y pintorescos valles de Cáqueza, del Guavio y de Tenza, desde cuyos lindes podían contemplar en las dilatadas pampas de brillantes e ilimitados horizontes el espectáculo grandioso del nacimiento del sol (1).

Aun cuando tenían unos mismos caracteres generales y poseían la misma organización política y social, los chibchas no constituían un grupo o unidad política compacto y homogéneo. Lejos de eso, estaba disgregado en pequeños Estados, de los cuales los principales eran el de Bogotá y el del Tunja, rivales entre sí y que mantenían constantes y recíprocas guerras, pues cada cual aspiraba a conquistar la hegemonía nacional. Ambos reinos tenían Estados tributarios más o menos grandes e importantes, que con frecuencia levantaban la bandera de la rebelión o entraban en pactos secretos con el reino vecino y rival. Algunos eran tan poderosos, que no

(1) Según cálculos aproximados, el pueblo chibcha ocupaba un espacio de cuarenta y cinco leguas, de veinte al grado, de largo, por doce a quince de anchura media, esto es, seis cientas leguas cuadradas, más o menos, de superficie, con una población de 1.200.000 habitantes.

solamente rivalizaban con el soberano, sino que conservaban la tradición de que en época no muy lejana habían tenido ellos la soberanía; tal sucedía con el Ramiriquí, en Tunja, y con el Guatavita, en Bogotá. En una palabra: no eran organismos políticos definidos y compactos: parecían Estados en vía de formación, que se encontraban en un período de desarrollo muy análogo al de los pueblos europeos al principio de la época feudal.

Ramificaciones o derivaciones de este pueblo sencillo, laborioso y disciplinado, deben considerarse: por el Sur, los sutagaos, que ocupaban el territorio comprendido entre las sierras que por ese lado limitan la sabana de Bogotá, y el río Sumapaz, que los separaba de los feroces panches; y por el Norte, los guanes o guanentaes, de cultura, por lo menos, igual a la de los chibchas de Tunja y de Bogotá, pero menos estudiados y conocidos, debido quizás a la mayor resistencia que presentaron a las armas españolas. Más al Norte todavía, a lo largo de la cordillera, hasta la región de Mérida, en Venezuela, vivían tribus andinas pertenecientes a este mismo grupo etnográfico, pero cuya continuidad había sido rota por la ola de las invasiones caribes, que habían entrado a este territorio, tanto por el lago de Maracaibo como por el Lebrija y el Suárez, afluentes del Magdalena.

No obstante la relativa cultura que habían alcanzado los chibchas, desde otro punto de vista no pueden ser considerados sino como pertenecientes al grupo de razas inferiores. El idioma, por ejemplo, es el espejo fiel del estado social e intelectual del pueblo que lo habla y está en relación exacta con sus ideas y con sus necesidades.

Ahora, la lengua chibcha era escasa de vocablos, y como en toda lengua inferior, muchas de sus palabras expresaban al mismo tiempo cosas muy diferentes, de tal manera, que para completar la idea y darle un grado suficiente de precisión era necesario recurrir al gesto y a la mímica.

Así, por ejemplo: *Agua*, según el caso, significaba maíz desgranado, sien, grano, tarea de él.

Cagui, lucero, madrugada.

Chue, pechos, legua, zanja, daifa.

Cuhupcua, ocho, sordo; y *Cupcua*, tambor súbdito.

Hizca, cinco, bebedizo, medicina.

Ibsa, labios, mosca, pelo, etc., etc.

Además, carecía de palabras propias para expresar ideas abstractas. No tenían un nombre genérico que dar a sus divinidades. Los curas doctrineros, para dar idea del alma, tuvieron que traducirla por la voz *ſihizca;* esto es, aliento, resuello; por lo cual se puede juz-

gar cuán imperfectas llegarían a la mentalidad de los neófitos las ideas abstractas de la nueva religión que les imponía la Conquista.

Como los actuales páeces de Tierra Adentro, como los salibas de los Llanos del Meta y los tunebos y guahibos de Casanare, los chibchas tienen menos desarrollada la facultad perceptiva del órgano visual que individuos de otras razas que pueden considerarse superiores. Es así, que todos ellos confunden los rayos azules y verdes del espectro solar, como puede deducirse del hecho de que sólo tienen una palabra para designar ambos colores.

El páez los designa con la palabra *seiñ*.

El saliba los llama *nonchi*.

El chibcha, *achisquyn*, *mague* y también *chisquyco* (1).

Lo cual, por una parte, viene a confirmar la teoría del célebre profesor de Oftalmología de la Universidad de Breslau, quien sostiene, apoyándose sobre todo en datos filológicos, que en los primeros tiempos de la Historia el hombre no distinguía la mayor parte de los colores. Así es que, según él, se puede seguir

---

(1) Para el páez, véase CUERVO MÁRQUEZ: *Prehistoria y Viajes*, pág. 106. Para el saliba, PADRE FABO: *Idiomas y Etnografía de Colombia*. *Vocabulario Castellano-saliba*. Para el chibcha, URICOECHEA: *Vocabulario de la lengua chibcha*. En cuanto a los guahibos y tunebos, véase PADRE FABO: op. cit., pág. 57.

en los autores griegos anteriores a Jesucristo el progreso gradual de la percepción visual en la precisión más o menos grande de las palabras empleadas para designar los objetos colorados. Debe tenerse presente que los niños tampoco ven el azul del cielo ni el verde de los árboles.

Por otra parte, los chibchas no conocían la escritura ni tenían, como los peruanos, medio alguno para conservar el recuerdo de los acontecimientos pasados, fuera de la tradición oral, que en pueblos primitivos es siempre defectuoso, tanto por la alteración que sufre la narración al pasar de boca en boca, como por no poderse conservar en toda su pureza sino los que pertenecen a tiempos recientes (1).

La piedra la labraban sólo para utensilios, como morteros, husos, pulidores, moldes para estampar figuras hechas de láminas de oro, y otros por el estilo, todos de pequeño tamaño; pero no la empleaban en sus construcciones,

---

(1) Algunos autores, entre ellos don Vicente Restrepo, consideran que los petroglifos que en abundancia se encuentran pintados con tinta roja indeleble en la superficie, pulimentada por la acción de las aguas, de grandes piedras regadas en toda la extensión del territorio ocupado por los chibchas, son obra caprichosa de la fantasía infantil del indígena y desprovistas de toda idea y de todo significado. Bien puede ser así; pero sí llama la atención el hecho de que siempre estas picto-

ni para representar la figura de sus divinidades o de sus héroes. No está bien averiguado que sean trabajo chibcha los cilindros o columnas de piedra, de 5 metros de largo por 80 centímetros de diámetro, que se encuentran regadas en Leyva, en Genesano y en otros lugares, por cierto distantes entre sí, del antiguo dominio de los Zaques; ni tampoco los célebres cojines de Tunja, hermosos discos tallados en relieve en la roca. Son dos, distantes 15 centímetros uno de otro; tienen un metro 10 centímetros de diámetro por 25 centímetros de alto; hacia la parte occidental tienen un corte oblicuo, de modo que quien se arrodilla en él mira hacia el Oriente; el corte del que está situado al lado Sur parece, con poca diferencia, mirar hacia la declinación del solsticio de invierno. La tradición dice que en ellos el Zaque o soberano de Tunja y su esposa se arrodillaban a adorar el sol naciente en determinadas festividades. Como puede comprenderse, los cortes

---

grafías están en la vecindad de alguna profunda conmoción geológica: en Pandi, cerca de la grieta de Sumapaz; en Fagatativa, en las profundas grietas de las cuevas y en los imponentes bloques del Cercado del Zipa y de Corito; en Saboya, cerca del corte que dió salida a las aguas de Fúquene; en todas partes, por distantes que estén las pictografías, se repiten las mismas figuras con extraordinaria persistencia.

en cuestión no están matemáticamente orientados.

Por poco que se estudien las relaciones de los cronistas, relativas a la nación chibcha, se cae en la cuenta de las grandes diferencias que había entre los dos principales Estados en que se hallaba dividida: Tunja, al Norte, y Bogotá, al Sur; diferencias que son tanto más notables, cuanto que llegaban hasta el mismo campo de la cosmogonía y de la constitución religiosa.

En Bogotá, Estado netamente civil, el Zipa o Soberano era jefe único de la nación; en él residía el Poder supremo; su autoridad no tenía rival, y el Estado dependía exclusivamente de él en todas sus manifestaciones. Las prácticas religiosas estaban subordinadas a los acontecimientos ordinarios de la vida nacional, y la clase sacerdotal carecía de toda influencia política.

En Tunja, el Estado se hallaba constituído de manera muy distinta: la autoridad temporal del Zaque, Rey o Soberano, estaba limitada por la autoridad moral del cacique de Iraca, reconocido en todo el reino como Santo y como Gran Sacerdote, en cuya mano estaba hacer caer la lluvia benéfica, desatar el huracán y la tempestad o agostar las sementeras

con granizales o nevadas. Allí todo estaba subordinado al sentimiento religioso, y en su territorio se encontraba, no solamente el suelo sagrado de Iraca, Sogamozo, como se llamó después de la Conquista, con el gran templo del Sol, sino también los lugares más o menos venerados, en cuyo nombre se encuentra la palabra *quira*, de sagrada significación, que quizás recuerdan estaciones o sitios de éxodo remoto; tales son: Monquirá, Moniquirá, Ráquira, Chiquinquirá, etc., etc. Digno de llamar la atención es el hecho de que en estos mismos lugares el sentimiento religioso de los chibchas debía continuar manifestándose después de la conquista española, pero adaptándose al nuevo medio creado por los acontecimientos. Así vemos que en la región de Moniquirá surgieron los venerados oratorios del valle del Ecce Homo; en las vecindades de Ráquira, el afamado convento del desierto de la Candelaria; y en Chiquinquirá, nombre compuesto, según parece, de la palabra chyquy, sacerdote, y de la voz mítica quirá, ocurrió la renovación de la milagrosa imagen que allí se venera y que ha alcanzado devoción universal.

Además del gran templo del Sol, incendiado por descuido de dos soldados que entraron a saquearlo la noche que ocuparon los españoles a Sogamoso, y cuyos restos continuaron

ardiendo por más de un año, según refieren los cronistas, había en esa población y en otras, como en Baganique y en Ramiriqui, y probablemente en Tunja, templos no menos afamados, aunque menos ricos, en donde se rendía culto al Sol, y tal vez a divinidades secundarias; mientras que no hay noticia de que los bogotaes tuviesen edificios o templos dedicados a sus dioses. Sus prácticas religiosas las ejercían al aire libre; su templo era el firmamento, cuya bóveda azul recorren diariamente sus dioses principales: el Sol, *Sue*, y la Luna, *Chia*; distribuyendo el primero luz, calor y vida, y cubriendo la segunda a la naturaleza con la penumbra melancólica del misterio; sus altares eran objetos naturales, que por cualquier motivo llamaban su atención: lagunas situadas en la cima de los páramos, como las de Guatavita, en donde el cacique o Psyqua, después de cubrirse el cuerpo con polvo de oro, celebraba cada año o *sunna* la solemne ceremonia de sumergirse en presencia de miles de espectadores y al son de músicas y de cantos en las aguas sagradas de la laguna; o altas peñas, como las de Sopó y de Guachetá, en donde sacrificaban al sol naciente los niños y mancebos, con cuya inocente sangre debía aplacar sus rigores; o profundas barrancas, como las de Tunjuelo o Chirajara, en cuyas asperezas deposi-

taban sus ofrendas a divinidades secundarias, asemejándose en esto, como en muchas otras cosas, a los peruanos, de quienes dice el padre Acosta en su *Historia moral de Indias* que adoraban los ríos, las peñas, las cumbres de los montes y todo objeto natural que les llamara la atención.

La horrible costumbre de sacrificar niños tiernos a sus dioses no era exclusiva de los chibchas: ella existía en otros pueblos meridionales. Los cañaris, del Ecuador, tenían consagrado a *Supay*, genio del mal, un cerro, el Supayurcu, como quien dice monte del Diablo, y en él anualmente le sacrificaban niños de pocos años degollándolos sobre una ara de piedra y con cuchillos también de pedernal (1), costumbre que estaba tan arraigada, que aun después de la Conquista, los indios continuaron subiendo al monte en altas horas de la noche, a pesar de haber sido destruído el templo que allí había. Al decir del padre Acosta y de otros cronistas, también los peruanos sacrificaban al Sol niños de corta edad, principalmente cuando se deseaba alcanzar la salud del Inca, amenazada por grave enfermedad (2).

---

(1) VELASCO: *Historia del reino de Quito*, tomo II, página 35.

(2) ACOSTA: *Historia Natural de las Indias*, tomo II, páginas 7 y 47.

La veneración a las guacamayas, hermosa ave de plumaje ornado de vivos colores, y cuya sorprendente facilidad para imitar la voz humana impresionaba profundamente la imaginación de los indígenas, era común a la mayor parte de los pueblos de la América intertropical. Para los quibches y los mayas era ave sagrada. Los chibchas la tenían como emisario para que llevara sus ruegos al Sol, y los cañaris, de Cuenca, la tenían en gran veneración.

A ambos reinos era común el mito o leyenda del *Bóchica*, misterioso civilizador del pueblo chibcha; tanto el uno como el otro lo hacían llegar de las regiones orientales, de la tierra del Sol, y después de larga peregrinación, durante la cual les hubo enseñado a hilar el algodón y a hacer uso de los telares para tejer en ellos sus mantas y de haberles predicado la caridad para con el prójimo, la necesidad de las buenas obras y la existencia de la vida futura, decían que había desaparecido, dejando como recuerdo de su enseñanza y de su predicación la huella de su pie impresa en una roca, que era venerada por todos, y a la cual se le atribuían milagrosas propiedades curativas.

Pero mientras los bogotaes le daban el nombre de Bóchica, Nemterequeteba o Xué, y decían que había entrado por Pasca, desapare-

ciendo después de su largo apostolado por tierras de Fosca, en donde a orillas del río Sáname dejó sus huellas impresas en las piedras, los tunjas y sogamosos decían que de Casanare, trasmontando la cordillera, había llegado a Gámeza y había desaparecido en Isa, después de haber consagrado al Pshyqua o cacique de Iraca como su sucesor y depositario de su autoridad moral y religiosa. También al desaparecer, dejó en una piedra impresa la huella del pie, la cual, aun después de la Conquista, era tenida en gran devoción por los indios de las comarcas vecinas. A este personaje le daban el nombre de Sadigua, Sugumonxe y también Idacanzas (1).

Otra diferencia substancial hay en el carácter de los dos civilizadores: el Bóchica de Bogotá encontró al pueblo en estado de completa barbarie, lo reunió en poblados, le enseñó el arte de tejer y principios generales de moral, pero sin intervenir para nada ni en lo político ni en lo religioso. No así el Sadigua de Tunja y de Iraca, quien encontró en esos va-

(1) Todos los cronistas difieren al dar el nombre de este civilizador, lo cual debe atribuirse, por una parte, a la deficiencia en los informes que obtuvieron, y, por otra, a la poca uniformidad que había en los diferentes Estados respecto de la cosmogonía y de las tradiciones de este pueblo, que en la época de la Conquista no alcanzaba a constituir todavía un solo cuerpo de nación.

lles las gentes organizadas en sociedad, con sus pshyquas o caciques. Su predicación fué de carácter esencialmente religioso, aunque también les enseñó a tejer mantas y a hilar el algodón, y, por último, instituyó como sucesor al cacique de Iraca, lo cual dió origen a que se considerara como sagrado ese territorio, y como Santo y Gran Sacerdote a quien era investido de tan elevado carácter; diferencias éstas que están de acuerdo con la índole especial de cada reino.

La tradición del Bóchica, extraño peregrino de blanca tez, barba larga y crecida cabellera, vestido con traje talar, que enseñaba artes desconocidas y predicaba nuevas doctrinas religiosas, y que al desaparecer misteriosamente dejaba en la piedra impresa la huella del pie, como recuerdo imperecedero de su visita y de las doctrinas que enseñaba, no fué exclusiva del pueblo chibcha: también la tenían antiguas tribus indígenas del Ecuador, del Perú y hasta del Gran Chaco, en el Paraguay; todas ellas veneraban la piedra en que había quedado impresa la sagrada huella del santo; los puruhaes, de Ambato, en las piedras de Huachí y del Callo; los paltas, del Perú, en la roca de Gonzanamá; lo mismo que los bogotaes en la piedra de Fosca, y que los tunjas en la de Isa, de que atrás hemos hecho mención.

Para la piadosa imaginación de los españoles del siglo de la Conquista, tan extraordinario personaje no podía ser sino uno de los apóstoles, y fácilmente lo identificaban con Santo Tomás o con San Bartolomé, cuyas huellas, en lo sucesivo, creían descubrir en todas las oquedades que el agua o la simple acción atmosférica formaba en las piedras y que ofrecía remota semejanza con la impresión del pie humano.

Puede decirse que el carácter de cada uno de los dos reinos chibchas está sintetizado en el de sus respectivos príncipes. Mientras que en Bacatá, Estado esencialmente civil, aparecen legisladores como Nemequene o guerreros como Saguamanchica, en Tunja, en donde predomina el sentimiento religioso, los zaques se atribuyen, como Garanchacha, un origen divino, o como Tomagata, se hacían pasar por grandes hechiceros, depositarios de poderes sobrenaturales.

En ambos Estados, como en el de Quito y en el Perú, el heredero del reino era el sobrino, hijo de la hermana del soberano, de modo de no dar lugar a duda sobre la realeza del linaje de quien ocupaba el trono. En Bacatá, el heredero era primero consagrado Psyqua o cacique de Chia, en donde se ejercitaba en las prácticas del gobierno y en los deberes del soberano; mientras que el Suamox o ca-

cique de Iraca era elegido por los caciques de Busbanzá, de Gámeza, de Toca y de Pesca, quienes siguiendo el precepto de Idacanzas, debían escogerlo alternativamente de los pueblos de Tobasá y Firavitoba, y en caso de discordia, entraba a decidir el voto del señor de Tundama.

Marcadas diferencias existían igualmente en el idioma de ambos reinos, y además, los Estados tributarios tenían sus dialectos propios, los cuales eran muy distintos entre sí. En Bogotá, por ejemplo, había el caquesio, que se hablaba en toda la actual provincia de Cáqueza; y en Tunja el duitama o *duit* era el dialecto que se hablaba en los dominios del Tundama, esto es, en el mismo corazón del reino, fuera de que, según se desprende de las relaciones de los cronistas, las mismas diferencias se observaban con frecuencia de pueblo a pueblo.

Además, había el dialecto de los guanes en toda la región de Vélez y del Socorro, y cada una de las otras parcialidades de la gran familia chibcha tenía el suyo propio. De aquí que se haya incurrido en lamentables confusiones al tratar del idioma de este pueblo; pues debe tenerse presente que cuanto cronistas y filólogos han escrito sobre este tema

se refiere principalmente al dialecto de los bacataes. Ya el señor Uricoechea, en la introducción a la gramática chibcha, hablando de los diferentes dialectos que había, dice: "La que hoy doy a conocer en la presente obra con el nombre de lengua chibcha y que antiguos autores llamaron mosca o muysca, es la que se hablaba en los principales pueblos y en la corte de esta nación, en la sabana de Bogotá, desde Tunjuelo hasta Zipaquirá, y desde Bogotá hasta Facatativa. En las otras partes, aun en los pueblos sometidos ya al Zipa, se hablaba la lengua de Tunja hasta Guatavita." Por otra parte, la dificultad que los misioneros y curas doctrineros debieron tener al estudiar esta lengua para dar a la vocalización el acento y el sonido exacto, y luego para trasladar o acomodar las palabras al de las letras del abecedario español, debió hacerlos incurrir en graves errores y deficiencias, sin contar el poco cuidado que en ello ponían.

Es, por ejemplo, un hecho aceptado que el chibcha carecía de la letra *r;* pero esta aserción, que puede ser cierta respecto del reino de los zipas, no lo es respecto del de Tunja, en cuyo territorio abundaban los nombres propios en los cuales hay una o más de esta consonante, la mayor parte de los cuales subsisten todavía, como Iraca, Ramiriqui y todos

los que llevan la voz *quira*, como Ráquira, Moniquirá, Setaquirá, etc., etc.

En el territorio de los zipas, en donde se dice que no existía la *r*, encontramos entre otros el nombre de Zipaquirá, asiento de la famosa mina de sal, principal fuente de riqueza de la nación chibcha. A propósito de este nombre, el padre Lugo y luego el señor Uricoechea, al copiar su vocabulario de la lengua chibcha, lo dan como si primitivamente hubiera sido *Chicaquicha*; pero no se comprende variación tan radical, cuando los dos elementos que componen el actual nombre de esta población son netamente chibchas: Zipa o Psypqua, el nombre del soberano, usado frecuentemente en la composición de muchos nombres de lugares de su reino, como Tocancipá, Gachancipá, Cipacon, etc., y *quira*, que, como ya hemos visto, abunda en nombres propios del reino de Tunja. ¿Acaso en época anterior a la Conquista, Zipaquirá, antes de hacer parte del reino de Bogotá, fué el término meridional del grupo etnográfico que se estableció en Tunja y que por el Norte se extendió hasta Vélez y Moniquirá?

Así parece, y en ese caso la voz *quira*, extraña al idioma de los bacataes, fué por éstos adulterada al servir de intérpretes al padre Lugo, y su conservación en la palabra Zipaquirá se debe a la preponderancia que en el mer-

cado de esta población, por la compra de sal, tenían los pueblos del grupo chibcha del Norte familialiarizado con los nombres en *quira*.

La supresión de la *r* entre los chibchas de Bogotá ¿provino simplemente de amaneramiento en el modo de hablar, o fué ocasionada por la presencia de elementos etnográficos diferentes? Ambas causas quizás debieron influir. También se dice que el idioma chibcha carece de las letras *l* y *d*. Pero la primera de estas consonantes se encuentra en nombres propios de lugares, como en Lenguazaque, del reino de Tunja, y en Lengupá, Lupachoque, etc., del de Bogotá. En cuanto a la segunda, es frecuente en el idioma duit o de Tundama, del reino de Tunja, y entre los bacataes está en los nombres de Tequendama o Quetendama, como antes se decía.

Entre los chibchas, tanto de Tunja como de Bogotá, existen otras diferencias de carácter etnográfico general que permiten suponer que en la formación de este pueblo entraron elementos de distinto origen.

Uno de ellos, que puede considerarse como autóctono de las grandes mesas andinas de Cundinamarca y Boyacá y de los macizos de Santander, constituía seguramente la base de oblación que en remotos tiempos, muy difí-

ciles de calcular, fué sojuzgada por pueblos invasores más adelantados y más fuertes, que les dieron su cultura e imprimieron a cada estado el sello especial de su carácter. Restos, quizás, de esta población primitiva son las tribus semibárbaras, Tunebos, Morcotes y otras que ocupan aún las faldas orientales de la Sierra Nevada del Cocuy, cuyo idioma parece ser un dialecto del chibcha que se hablaba en la región de Iraca o Sogamoso, las cuales, aisladas por la sierra, no alcanzaron a recibir la influencia del elemento civilizador personificado en el legendario Bóchica. Dignas de estudio, desde este punto de vista, por relacionarse con los primitivos pobladores del suelo colombiano, son estas tribus, que aun no han ingresado a la vida civilizada y a las cuales cronistas e historiadores asignan los repugnantes hábitos de pereza y desaseo que caracterizaban a los quillacingas (1). Según dice el mariscal de campo don Eugenio de Alvarado en el informe reservado que sobre las Misiones de los Padres Jesuítas rindió en 1776, los Padres en dicho año pasaron la cordillera y «tomaron posesión de Morcote, Chita, Támara, Pauto y Guaseto, situados unos en lo que llaman reino y otros en lo que en-

(1) V. Restrepo: *Los chibchas antes de la Conquista*, pág. 9.

tienden por Llanos. Del vecindario de éstos formaron los anexos que llamaron Paiba y Pisba, todos de la lengua mosca.» (A. B. Cuervo: *Documentos inéditos*, tomo III, pág. 114.)

Los tunebos, lo mismo que los bacataes, en la laguna de Guatavita, y los tunjas, en la de Iguaque, tenían por adoratorio una que está al norte del río Tame, en donde también decían que se les aparecía una gran serpiente, a la cual consultaban y cuyos consejos oían con gran reverencia. Todo lo cual indica por lo menos estrecho parentesco con las poblaciones chibchas de la altiplanicie (1), y viene a confirmar la aseveración del padre José Cassani, quien al hablar de las tribus de los Tunebos, Morcotes, Guacicos y Chita, dice que "sus lenguas más eran dialectos de la mosca que lenguas distintas" (2).

Como ya se ha dicho, la organización política de los chibchas era muy semejante a la de los pueblos europeos en los principios de la época feudal. La existencia de clases sociales, pues tanto en Tunja como en Bogotá había siervos y nobles y la nobleza era hereditaria, indica que la población primitiva había

---

(1) V. Restrepo: Op. cit., pág. 10.

(2) *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada.* Madrid, 1741; páginas 26 y 48.

sido sojuzgada en tiempos anteriores por una raza superior. Según se desprende de las relaciones de los cronistas, los nobles, hombres y mujeres, eran mejor proporcionados, de facciones más regulares y de tez menos obscura que el resto de la población; eran también de ingenio menos obtuso y de carácter más activo y más enérgico. Hoy todavía pueden verse en algunas poblaciones de Boyacá, principalmente de la región de Sogamoso, hermosos ejemplares de esta clase, los cuales, sin mezcla de otra sangre, conservan en toda su pureza los caracteres de la casta noble, muy distintos por cierto de los que presenta la masa de población indígena, que tanto abunda todavía en las mesas andinas de Cundinamarca y de Boyacá.

El señor Uricoechea dice que en los cráneos chibchas hallados en las excavaciones que practicó en 1867, encontró dos tipos bien diferentes entre sí: los del llano de la Iglesia, en la Picota, al borde del río Tunjuelo, y los que en profusión se encuentran en Fontibon, en el centro de la sabana. Y agrega: "Para mí es indudable que los habitantes de Tunjuelo eran de origen caquesio y los de Fontibon chibchas, de la raza conquistadora" (1). Debe te-

---

(1) *Gramática de la lengua chibcha.* Introducción, páginas 15 y 16.

nerse en cuenta que aquí el señor Uricoechea designa con el nombre de caquesios al pueblo autóctono que fué subyugado por los grupos conquistadores. Es indudable que el cementerio del Tunjuelo, dispuesto sobre una barranca que año por año va destruyendo el río, pertenece a un pueblo distinto del chibcha, el cual tenía siempre cuidado de cavar sus sepulturas lejos de las corrientes de agua, para evitar su destrucción, lo cual viene a confirmar la respetable opinión del sabio filólogo y americanista.

Muchos de los tunjos o figuras humanas de barro cocido que se han encontrado en adoratorios o en sepulturas antiguas, especialmente de la región de Guatavita, llaman la atención por la regularidad y nobleza de las facciones, de apariencia napoleónica, que en nada se parecen a las de los actuales indígenas de nuestros campos.

Debe suponerse que esas figuras fueran hechas tomando por modelo a los caciques o a los sujetos principales que los mandaban hacer o en cuyas tumbas se colocaban.

En esa casta noble, más o menos sometida al Zipa o al Zaque, residían el poder y los honores. De ella salían los Ubzaques y Caciques o Psypquas, los sacerdotes y los demás funcionarios del Estado y a ella vivía sometida en la más absoluta obediencia pasiva el resto de

la población. Sólo los nobles podían usar joyas de oro; sólo ellos podían comer carne de venado y usar mantas pintadas con figuras o con líneas rojas y negras hechas con pincel.

A esa organización social transmitida al través de innúmeras generaciones y conservada por una herencia de siglos, se debe el carácter del indígena de Cundinamarca y de Boyacá, siempre melancólico y taciturno, disimulado, desconfiado de todo y humilde, con la humildad proveniente de muchos siglos de servidumbre. El hábito de la obediencia pasiva y ciega, casi automática, a que esa raza estaba acostumbrada desde los tiempos de los ubsaques y caciques y más tarde con los encomenderos españoles, ha hecho del indígena chibcha el mejor soldado de la república.

Esta casta desheredada es la que, en lo general, subsiste hoy, porque la noble fué casi en su totalidad destruída al tiempo de la Conquista, no solamente por haber sido la que presentó resistencia para dejarse sojuzgar, sino porque residiendo en ella el poder y las riquezas, el conquistador la sacrificó sin piedad y sin escrúpulos (1). Destruída así la no-

---

(1) Sagipa, el último Zipa de Bogotá, murió en el tormento que le dieron para que descubriera los tesoros de su antecesor. El último Zaque, Quimuinza, o Aquimen, como lo llamaron los españoles, a quien, con mo-

bleza y perseguidos tenazmente los sacerdotes o chyquys, como practicantes de idolatría y de un culto demoníaco, se perdieron para siempre muchas de las tradiciones y de los conocimientos que poseía el pueblo chibcha.

¿De dónde vino esta casta superior, que modeló el carácter nacional del pueblo chibcha, al establecerse en las altas mesas andinas de Cundinamarca y de Boyacá?

¿Cuál fué su origen y cuál la dirección de su éxodo? Problemas son éstos tan interesantes como difíciles de resolver, pues se carece en absoluto de los elementos necesarios para darles una solución definitiva.

Algunos escritores modernos han querido relacionar a los chibchas con las razas más civilizadas de Norte y Centro-América; pero sus argumentaciones en ese sentido carecen de fuerza y de solidez, porque ninguna tradición chibcha, ninguna de sus costumbres, ninguno de sus ritos parecen venir de esa direc-

---

tivo de sus bodas con la hija del cacique de Gámeza, le inventaron un proyecto de levantamiento, fué condenado a muerte, junto con la mayor parte de los caciques y señores del reino de Tunja. Al cacique de Tundama el capitán Baltazar Maldonado, sin motivo alguno, le dió muerte violenta con un golpe de martillo en la cabeza. Y así fueron desapareciendo casi todos los demás.

ción; ni hay tampoco huella alguna en el idioma o en la toponimia que autorice la hipótesis de un origen septentrional. Las muy lejanas afinidades que un examen superficial de los hechos ha creído encontrar entre chibchas y pueblos centro-americanos, provienen de las naturales analogías que hay entre comunidades de una misma raza, en el sentido técnico de la palabra, de la gran raza americana, pero en manera alguna se pueden tomar como fundamento para la hipótesis de que la cuna lejana del pueblo chibcha está situada en las regiones del Septentrión.

Los chibchas, en sus tradiciones y en sus mitos, lejos de mirar al Norte, siempre volvían los ojos al Oriente. De allí vino Bóchica, misteriosa personificación de la cultura nacional. En las luminosas profundidades del Oriente, en el centro de los Llanos de San Juan (1), existía el venerado templo del Sol, en donde se criaba el Moxa, mancebo virgen, víctima suprema, cuyo sacrificio constituía la ceremonia más importante del culto de los bacataes; y es en esa dirección, y luego francamente hacia el Sur, en donde se encuentran innegables huellas y vestigios de antiguas afinidades chibchas.

Ya hemos visto que la tradición del Bóchi-

---

(1) PIEDRAHITA: *Historia del Nuevo Reino*, pág. 16.

ca, cuya personalidad en todos sus caracteres es muy diferente del Votan de los quichés y del Civilizador de los aztecas, era propia también de antiguas naciones del Ecuador y de muchas tribus del Perú y hasta del Gran Chaco en el Paraguay (1), coincidiendo en todas partes, no solamente en la descripción del personaje, en las prácticas y preceptos que enseñaba, en su aparición inesperada y misteriosa desaparición, sino hasta en el detalle de haber dejado impresa en la piedra la huella del pie para que no olvidaran ni su presencia en esos sitios, ni las doctrinas que en su predicación había enseñado.

Como otros del Perú, el templo del Sol, que encontró el conquistador Espira en San Juan de los Llanos, estaba servido por un Chyquy o Mohan y por algunas doncellas o sacerdotisas a cuyo cargo estaban las ceremonias del culto y el cuidado de los sacrificios. Para su sostenimiento contribuían los habitantes de las comarcas vecinas con abundantes provisiones. En cuanto a los sacerdotes, Chyquys u Ogques, encargados del culto, de recibir las ofrendas y de ofrecer los sacrificios, se les daba, como a los de los Incas, una educación especial, y el cargo era

---

(1) GONZÁLEZ SUÁREZ: *Historia del Ecuador*, tomo I, página 264.

hereditario, siempre como en los caciques, de tío a sobrino hijo de la hermana. Desde niño, el que había de heredar el cargo sacerdotal era colocado en la *Cuca*, especie de colegio o seminario, en donde al cuidado de un anciano chyquy se le hacía ayunar frecuentemente, sometiéndolo a severa abstinencia por espacio de doce años, durante los cuales se enseñaban las ceremonias del culto, el cómputo del tiempo y las prácticas de los sacrificios, después de lo cual recibía la consagración (1).

La región en donde se encontraba este templo del Sol, en San Juan de los Llanos, era conocida con el nombre de *Iraca*, idéntico al del territorio sagrado que contenía el gran templo del Sol en Sogamoso. Muchas leguas al norte de San Juan, en el alto Llano de Casanare y a espaldas de Sogamoso, vivía en la región de Tame, al lado de los tunebos, una importante tribu, que también llevaba el nombre de Iraca, de carácter muy altivo, al decir del protector de los naturales del reino (2).

Iraca era también el nombre de un pueblo de

---

(1) Véase Fray Pedro Simón: *Noticias historiales*, tomo II, pág. 291; y sobre los sacerdotes o *cushipatas* del Perú, véase el Padre Velasco: *Historia de Quito*, tomo II, pág. 32.

(2) A. B. Cuervo: *Documentos inéditos*, tomo IV, páginas 195-96.

la tribu de los catios en Antioquia, los cuales eran los más cultos de esa región, muy diferentes de las tribus caribes que los rodeaban.

Igualmente el nombre de Monquirá se encuentra regado hacia el Oriente, desde el actual Moniquirá, importante población en los límites del departamento de Santander hasta los confines del Atabapo, en las fronteras del Brasil, como señalando estaciones del éxodo gigantesco del pueblo que llegó a establecerse en Boyacá.

El mito de la Bachué o Furachogue, buena mujer, madre de la nación chibcha, salida de la laguna de Iguaque, a la cual, después de haber poblado la tierra, volvió acompañada de gran séquito y convertida en gran serpiente desapareció en las aguas en medio del asombro general, recuerda idéntica creencia que acerca del origen de los hombres tenían otros pueblos meridionales. Pero debe tenerse en cuenta que en las altas mesas que ocupaban los chibchas en la época histórica sólo hay una o dos especies de culebras pequeñas, a las cuales no podía referirse la leyenda de la gran serpiente, el *guío* o boa, propio de los ríos de la región oriental, de las pampas inmensas que riegan los afluentes del Orinoco y el Amazonas, lo cual deja suponer que ese mito es vaga reminiscencia de

la época lejana en que sus antepasados vivieron en ellas.

Es también en las pampas orientales en donde se encuentran nombres propios indígenas idénticos a muchos de Cundinamarca y de Boyacá. El del río Caquetá, caudaloso afluente del Amazonas, es con escasa diferencia el mismo de la región de Cáqueza, al oriente de Bogotá, pues bien sabido es que la *t* chibcha tenía un sonido tan suave, que con frecuencia se convertía en *z*. El nombre del río Guaviare, afluente del Orinoco, es casi el mismo del río Guavio, de Gachetá, con aditamento de la voz *are*, que significa río o agua, en algunos idiomas de los Llanos.

En el Atabapo hay un lugar que tiene el nombre de Ushaquen, igual al del pueblo chibcha de cerca de Bogotá, cuyo cacique fué conocido con ese mismo nombre por los españoles. En la hoya del río Napo hay sitios con los nombres de Tena y Chicuasa, iguales a los de lugares chibchas de las vecindades de Bogotá.

Más al Sur, en la región del alto Marañón, se encuentran semejanzas y analogías toponímicas igualmente sorprendentes. *Cuchavira*, lugar de esas lejanas regiones, es exactamente el mismo nombre con que los chibchas rendían culto al Arco-iris, también para ellos emblema de paz y de tranquilidad, desde cuyo

tope, una tarde, al ponerse el sol, se les apareció el Bóchica y, cediendo a sus clamores y ruegos, rompió con su vara de oro la roca de Tequendama, por cuya grieta se precipitaron las aguas de la inundada sabana.

Digno de llamar la atención es el hecho de que el nombre chibcha del Arco-iris, divinidad protectora de las parturientas y también adorada por los peruanos, es, mediante una transposición de sílabas, tan frecuente, tanto en el quichua como en el chibcha, el mismo de uno de los principales dioses de la teogonía peruana: *Viracocha*, que fácilmente se convierte en *Cochavira*. Ahora, en la región de Ramiriquí, en la hoya del Chicamocha, hay un pueblo chibcha, *Viracacha*, cuyo nombre recuerda el de la divinidad peruana. Importantes petroglifos se encuentran en sus vecindades.

Susunga, del Marañón, es el mismo Susungá o Fusungá de los chibchas. En las selvas del alto Amazonas viven todavía tribus en cuyo nombre entra la misteriosa voz *quira*, como son los abiquiras, chuntaquiras, etc., y muchos otros nombres de esa región tienen igualmente pronunciado sabor chibcha.

Las afinidades y los hechos apuntados permiten suponer que los grupos civilizadores que vinieron a constituir la nación chibcha eran originarios del Mediodía; quizás de la

región del lago Titicaca, en cuyas aguas se reflejan las grandiosas ruinas del misterioso Tihuanacu. *Sepita*, *Huaca* y *Surata*, poblaciones de esa parte del altiplano peruano, tienen nombres idénticos a los de pueblos indígenas de la hoya del río Sogamoso o Chicamocha; *Sora*, de cerca de Tunja, es uno de los elementos de *Sora-Sora*, de las riberas del Titicaca; *Coparaque*, de la región del Cuzco, parece el mismo *Corbaraque* del norte de Boyacá; *Chiquinquiray*, lugar del departamento de Pisagua, en el Perú, es nombre idéntico al de *Chiquinquira*, ciudad de Boyacá, célebre por la renombrada imagen de la Virgen que allí se venera (1).

Más que simples coincidencias, tan sorprendentes afinidades y analogías deben considerarse como huellas que indican la estrecha relación que existe entre los chibchas y los pueblos meridionales, sin que haya indicio alguno que permita suponer que tienen un origen septentrional.

En modernos estudios filológicos se sostiene que el idioma que hablaban los aborígenes de las provincias de Guayaquil y de Manabi, en el Ecuador, era el designado con el nombre

(1) *Choquequirao*, nombre de un sitio del Perú, célebre por las antiguas y enigmáticas ruinas que contiene, es también muy semejante al de la ciudad boyacence.

de barbacoas, el cual con los grupos paniquitá y coconuco, del sur de Colombia, reconocen como lengua madre la de los chibchas de Bogotá (1). De la lengua barbacoas se encuentran vestigios en las provincias ecuatorianas de Imbabura y de Pichincha, en las cuales se establecieron y dominaron los caras. De aquí deduce el señor González Suárez (2) que los caras hablaban el mismo idioma de los chibchas de Cundinamarca, o que "tal vez la inmigración de los chibchas al Ecuador se ha confundido con la de los caras o los chibchas y los caras son unos mismos en la etnografía ecuatoriana". En todo lo cual consideramos que hay una lamentable confusión, pues tanto los caras como los aborígenes que al tiempo de la Conquista ocupaban las costas de Manabí y de Guayaquil, pertenecían a la raza caribe, con la cual los chibchas no tenían punto alguno de contacto. Estos caribes de Manabí, de Machala, de Esmeraldas y, en general, de toda la costa del Ecuador, eran como los caribes del valle del Cauca, del Chocó y de Cartagena, antropófagos, deformaban el crá-

---

(1) P. Rivet: *Las familias lingüísticas del noroeste de la América del Sur.* París, 1912.

H. Beuchad y P. Rivet: *Afinidades de las lenguas del sur de Colombia y del norte del Ecuador.* (Grupos Paniquita, Coconuco y Barbacoa.) Lovaina, 1910.

(2) *Notas Arqueológicas;* páginas 42 y 43.

neo de los recién nacidos, henchían de paja y de ceniza la piel de sus víctimas, y las cabezas las colocaban sobre altas guaduas perforadas, de modo que al soplar el viento produjera un sonido como de agudos lamentos (1), costumbres que eran en un todo extrañas al pueblo chibcha. Seguramente, como puede juzgarse por los usos antedichos, las tribus caribes que llegaron al Ecuador estaban estrechamente emparentadas con las que habían ocupado en Colombia el valle del Cauca, el Chocó y el litoral del Pacífico, de donde algunas también han podido emigrar al Sur y llegar al territorio ecuatoriano.

Nada de extraño tiene, pues, que el idioma de los aborígenes de Guayaquil y de Manabí fuera el mismo de la región de Barbacoas y de la costa del Pacífico de Colombia, y semejante, si no el mismo, de las tribus que vivían en las vecindades de Popayán, entre ellas los peniquitaes y coconucos, toda vez que todas ellas pertenecían a la gran familia caribe, en la cual se conservaban con extraordinaria persistencia el idioma, las costumbres y, en general, todos los caracteres propios de la raza, a la cual los chibchas eran completamente extraños.

---

(1) Véase González Suárez: *Historia del Ecuador*, tomo I, páginas 111 y 121.

Más bien la población primitiva que ocupaba esas regiones antes de la llegada de los caribes, sí podía tener parentesco, aunque lejano, con los chibchas de Cundinamarca y con los otros pueblos andinos de Colombia.

Los puruhaes de Ambato y las tribus indígenas de Lactacunga, que no pertenecían a la raza caribe, recordaban que sus antepasados habían salido de la región amazónica y que, trasmontando la cordillera, habían ocupado la mesa interandina de Tunguragua; como los chibchas, conservaban la tradición del hombre blanco misterioso que había predicado a sus antecesores, y que al desaparecer había estampado en grandes piedras la huella de su pie (1). Los cañaris, tribu quizás la más culta entre los aborígenes del Ecuador, tampoco eran caribes. Como los chibchas, tenían la tradición de que provenían de una gran culebra que había desaparecido sumergiéndose en la actual laguna de Culebrillas. Los chibchas decían que la Bachue, madre prolífica de la nación, había salido de la laguna de Iguaque, y después de haber poblado la tierra, se había convertido en serpiente y se había sumergido para siempre en sus aguas. De aquí que cañaris y chibchas consideraran las lagu-

(1) González Suárez: *Notas arqueológicas*, páginas 121 y 123.

nas como sitios sagrados y las tuvieran entre sus principales adoratorios.

La creencia de que los primeros hombres habían tenido su origen en las aguas de fuentes o lagunas era muy frecuente entre las tribus o naciones peruanas; los del valle de Jauja se decían descendientes de un hombre y de una mujer que habían salido de la fuente de Guarubalia; los de Andahuaylas que del lago de Socdocota, y algunas tribus del Cuzco que del mismo lago de Titicaca (1).

Pero de estas afinidades no se deduce que los chibchas, viniendo del Norte, como dice el señor González Suárez, ocuparan poco a poco gran parte de Colombia y la costa septentrional del Ecuador (2). No. Ello lo que indica es que chibchas, puruhaes y cañaris son ramas del mismo lejano tronco, cuyas raíces, más o menos directas, deben buscarse en las regiones meridionales y no en el Septentrión.

El señor González Suárez, lo mismo que otros escritores, confunden la emigración de los grupos chibchas con la de los caribes, quienes siguiendo por las hoyas de los grandes ríos, el Magdalena, el Cauca y el Atrato, fueron las que invadieron de Norte a Sur el

---

(1) Fray Pedro Simón: *Noticias historiales*, tomo II, pág. 278.

(2) *Notas arqueológicas*, pág. 110.

territorio colombiano, el cual encontraron ya ocupado por pueblos de otra raza y de diferente cultura, pertenecientes, como los puruahes, cañaris y otros del Ecuador, a la gran familia andina.

Seguramente, pues, los grupos que dieron origen al pueblo chibcha hicieron antes parte, o por lo menos fueron tributarios, del grande imperio que en épocas remotas desarrolló en el lago Titicaca la misteriosa civilización, cuyas grandiosas ruinas son hoy, todavía, motivo de asombro para el viajero que recorre esas melancólicas regiones, en donde antes se levantó orgullosa la ciudad imperial *Huiñaymarca*, nombre que en Aymara quiere decir la Ciudad Eterna, según el profesor Posnansky, de la cual sólo quedan las famosas ruinas conocidas con el nombre de Tihuanacu.

Destruída súbitamente la capital por un cataclismo cósmico, cuya consecuencia fué una inundación del lago, cuya extensión era entonces mucho mayor que la que tiene hoy, o por otra causa cualquiera, y cambiadas de modo desfavorable las condiciones climatéricas del altiplano, el hombre y los animales se retiraron a lugares en donde hallaran más facilidades para la vida. Entonces la mesa andina comenzó a despoblarse y principiaron las

grandes emigraciones en diferentes sentidos. Unos grupos se dirigieron hacia el Norte, llevando consigo su gran cultura a lo largo de la costa del Pacífico; a éstos debió pertenecer el pueblo escultor cuyos vestigios tallados en grandes bloques de piedra se encuentran en San Agustín, y más al Norte, en la cordillera central. Otros, descendiendo hacia el Oriente, se dirigieron hacia los bosques amazónicos, en donde todavía, según el mismo profesor Posnansky, se encuentran huellas de la religión de Tihuanacu (1). Así se explican también las huellas filológicas y las extrañas afinidades de toponimia que entre esas regiones y el territorio chibcha hemos dejado señaladas en el curso del presente estudio.

De ellos, algunos después de larga y penosa peregrinación al través de las pampas orientales, en el curso de la cual perdieron, naturalmente, parte más o menos considerable de su primitiva cultura, volvieron a trasmontar la cordillera por lugares distintos para llegar a las mesas y valles interandinos, en donde fijaron definitivamente su residencia.

Ya hemos visto que los puruahes, nación

---

(1) Sobre la causa de la ruina de Huiñaymarca o Tihuanacu y de la despoblación del altiplano, véase A. Posnansky: *Guía ilustrada de Tihuanacu*, páginas 34 a 45.

que ocupaba las actuales provincias ecuatorianas de Tunguragua y del Chimborazo, conservaban la tradición de que sus antepasados habían salido de la región amazónica, y subiendo por la hoya del Pastaza habían llegado al territorio que ocupaban.

En cuanto a los grupos que vinieron a formar el pueblo chibcha, es probable que uno de ellos hubiera pasado al valle del río Magdalena por las depresiones de la Ceja, para caer a la región de Aipe y de Villavieja, en donde principian a aparecer por el Sur las primeras huellas de los chibchas, en los petroglifos de la piedra pintada de Aipe, cuyos dibujos o jeroglíficos, del mismo estilo y algunos idénticos a los de las piedras de Pandi, de Facatativá, de Suta y de Saboyá, indican ser todos ellos hechos por la mano del mismo pueblo.

Aun después de que las invasiones caribes ocuparon el valle del alto Magdalena, los chibchas celebraban anualmente en Aipe una gran feria, a la cual concurrían en gran número, no obstante los peligros del viaje al través de tribus enemigas y antropófagas; lo cual parece indicar que en época anterior, antes de continuar su marcha hacia el Norte, hicieron allí una estación importante. Más adelante, en toda la ribera oriental del Magdalena, se encuentran huellas de su peregrinación

hasta las piedras pintadas de Pandi, de donde remontando el curso del Sumapaz y de sus afluentes ascendieron a la altiplanicie en busca de climas más suaves, y quizás también empujados por las formidables invasiones caribes.

Otro de los grupos, que quizás hizo larga estación en tierras del Caquetá, palabra compuesta de las voces chibchas *caque*, que significa lucha o combate, y *ta*, tierra, esto es, tierra de combate, debió más tarde fraccionarse, y mientras unos siguieron hacia el Norte, y con el nombre de caquetios ocuparon la parte central de Venezuela, los otros ascendieron la cordillera por San Juan de Los Llanos, para salir por Pasca y Fosca a la región de Cáqueza, primera que ocuparon y a la cual dieron su nombre. Fué este grupo el que trajo a Bogotá el sangriento rito del *Moxa,* el cual, digno es de notarse, era desconocido, o por lo menos no usado, en los dominios del Zaque, no obstante ser la ceremonia más importante del culto chibcha en el reino de Bacatá.

Gran parte de este grupo descendió a la sabana de Bogotá y fundiéndose con el grupo anterior formó el núcleo principal del reino de los Zipas; la otra parte se fijó en las tierras quebradas del Valle de Cáqueza y conservó, principalmente en el idioma, algunos de los caracteres que le eran peculiares y que des-

pués fueron propios del tipo caquesio, el cual debió extenderse por el Norte hasta los valles de Gachetá.

Otro grupo, quizás el más importante, después de larga peregrinación por las regiones orientales, señalada por las estaciones denominadas Monquirá, trasmontó la cordillera y ocupó el valle de Sogamoso, la hoya del Chicamocha y las altiplanicies de Tunja, dando origen al reino de los Zaques. Probablemente en este grupo venía la casta sacerdotal, lo que explica el desarrollo del sentimiento religioso que predominaba en el reino de Tunja; a él pertenecían igualmente las voces sagradas iraca y quirá, las cuales, como reminiscencias lejanas de las afinidades de origen que tenían con los otros grupos, se encuentran también en el sur del Tolima y en toda la cordillera central. Como ya hemos visto, la voz quirá es netamente meridional: ella se encuentra en Miquiquirá, nombre de una de las estrellas que adoraban los antiguos peruanos; en Vizaquirá, nombre del Ayllo o familia que fundó el antiguo Inca Rocca, y en multitud de palabras y de nombres de lugares de Bolivia y del Perú.

De modo que estos grupos, que tenían el mismo origen, pertenecientes a una misma raza y con idéntica base de cultura, pero más o menos modificados y diferenciados por una

separación quizás de varios siglos y por larga y difícil migración, al ocupar las altiplanicies de Tunja y de Bogotá, sojuzgando a los primitivos habitantes que en ellas encontraron, dieron origen al grupo etnográfico conocido con el nombre de pueblo chibcha. Así se explican las anomalías que se observan en su organización social; su disgregación en Estados rivales, que vivían entre sí en guerras constantes; las diferencias que ofrecían en sus ritos y en algunas de sus tradiciones, en su estructura política y hasta en el carácter nacional, por decirlo así. Pero esas diferencias no son tan substanciales que lleguen a alterar las líneas generales que indican que ambos pertenecen a un mismo grupo étnico, aun cuando ni la conquista española, ni la colonia, ni la vida republicana han sido bastantes para hacerlas desaparecer por completo. Hoy todavía, a primera vista se distingue el indígena de Boyacá del de Cundinamarca.

Estos grupos de origen meridional fueron los que aportaron cierta relativa cultura a estas regiones; ellos están representados en el misterioso Bóchica y su influencia se extendió por el Norte hasta donde llegaban las tribus afines de las que encontraron en las altiplanicies de Bogotá y de Tunja, con las cuales, mezclándose y fundiéndose, dieron nacimiento a la nación chibcha, la cual se encontraba

en vía de formación cuando la conquista española vino a sorprenderla y a cortarle su desarrollo de manera tan violenta y definitiva. Ella constituye la base demográfica de los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santander del Sur.

El chibcha, de raza pura, tiende a desaparecer rápidamente, sobre todo en Cundinamarca. Relegado hoy a unos pocos pueblos de la sabana de Bogotá y fundiéndose diariamente con blancos o con mestizos de blanco e indio, no pasarán muchos años sin que haya desaparecido el último representante de esta importante raza americana, la cual al tiempo de la Conquista ofrecía ya cierto grado de cultura y desarrollo.

LOS PÁECES

LOS PÁECES

I

PRELIMINAR

La conquista y colonización de América en el siglo XVI es, sin duda, el acontecimiento más extraordinario y transcendental que registra la historia. Más que a las armas de fuego, al caballo o a los perros de presa, ella se debió a otras manifestaciones de la inmensa superioridad moral e intelectual de los conquistadores, tales como la disciplina y la estrategia en marchas y en combates; la perseverancia y la energía desplegadas en el vencimiento de obstáculos inauditos y de inmensas dificultades; la mezcla de mezquinas pasiones y de anhelos nobilísimos y grandiosos; sed insaciable de oro, al lado de los más puros ideales de la gloria personal y del engrandecimiento de la patria; la fiebre de caba-

llerescas aventuras, embellecidas por el misterio de lo desconocido, y la fervorosa abnegación del caballero y del apóstol que afrontaban toda suerte de peligros por ensanchar el mundo de la Cruz.

Profundamente excitados los más enérgicos sentimientos y las pasiones más poderosas que bullen en el corazón humano, el alud conquistador, diariamente renovado, se hizo irresistible, y las nacionalidades americanas, grupos etnográficos de valor más o menos reducido, fueron sometidas o eliminadas con pasmosa rapidez.

Esto fué lo que sucedió con las tribus que ocupaban el territorio de Colombia: unas, las más aguerridas e indómitas, como los gorrones y los armas, los panches, los pijaos y los colimas, fueron destruídas por completo; otras como los andaquíes o los muzos, se vieron precisadas a abandonar su territorio, buscando refugio en selvas impenetrables, en donde, retrocediendo a la vida salvaje, sus miserables descendientes están próximos a extinguirse; otras, en fin, como los guanes y los chibchas, fueron sometidas de tal modo que los últimos, por ejemplo, con ser tan numerosos y ocupar al tiempo de la Conquista el tercer puesto en la escala de la civilización americana, siglo y medio después de la fundación de Santa Fe, hoy Bogotá, habían ya

olvidado su idioma y su religión, sus tradiciones políticas y su historia, y apenas si en esa época conservaban borroso y fugaz recuerdo de su personalidad como nación.

Fuera de insignificantes tribus que llevan vida errante y miserable en el fondo de las selvas o en las desiertas llanuras orientales, al naufragio general de la raza americana sólo han sobrevivido en Colombia tres grupos de alguna importancia, que aun conservan casi intacto su carácter nacional y ocupan su propio territorio a despecho del primer poderoso empuje de la Conquista y del suave influjo de la colonización que en seguida vino. Hablamos de los goajiros, de los cunas y de los páeces. Los dos primeros, como que viven en la proximidad del mar y están en contacto más frecuente con el mundo exterior, han sido mejor estudiados. Los últimos, protegidos por las ásperas breñas y por los empinados riscos de su territorio, son menos conocidos. De ellos trataremos en las presentes líneas, estudiándolos tales como son en la actualidad.

II

TERRITORIO

Los páeces ocupan en la cordillera central la región comprendida entre las nevadas cumbres del Huila y del Puracé; aun cuando hoy se extienden a uno y otro lado, pero más en la falda oriental, su asiento principal estaba en el territorio limitado al Norte por el Ríonegro de Narváez y al Sur por el río de la Plata, pues parece que fué poco antes de la Conquista cuando algunas de sus parcialidades, trasmontando la cordillera, tomaron posesión del territorio que hoy ocupan en la vertiente oriental, en el valle del Jambaló.

Esta región, una de las más quebradas y fragosas de nuestra cordillera, ha venido conociéndose desde los primeros tiempos de la colonia con el significativo nombre de Tierra Adentro, aludiendo, sin duda, a su suelo áspero y desigual, erizado de breñas y de riscos,

surcado en todas direcciones por torrentes de profundo cauce, cubierto en su mayor parte por densos e impenetrables bosques y habitado por tribus feroces e indomables, terror por muchos años de las vecinas fundaciones españolas.

La cordillera en esta región alcanza consirable altura; la imponente y nevada mole del Huila, con sus 5.500 metros sobre el mar es, después del Tolima, la cumbre más elevada de los Andes colombianos, y el páramo de Moras, que es el paso por donde se trasmonta la cordillera, tiene en una grande extensión un nivel sostenido de 3.700. De sus cimas se desprenden numerosos raudales que forman los ríos Coquiyó, San José y San Vicente, afluentes del Páez en la vertiente oriental, y el Jambaló e Isabelilla, afluentes del Palo en la occidental.

La mayor parte de las poblaciones y las más importantes para los páeces están situadas en la región fría y algunas en pleno páramo: Mosoco, a 2.760 metros; Pitayó, a 2.830, y muy pocas descienden a los valles templados del Páez o del Isabelilla.

En los páramos y en los bosques de Tierra Adentro abundan el venado *(cervus mexicanus)*, el oso *(ursus americanus)* y la danta *(tapirus americanus)*; el tigre y el león *(felix pardalis* y *felix concolor)* recorren con frecuencia esas

ásperas montañas. Estos son los principales representantes de los mamíferos; pero en toda esta región es creencia general que en las altas y paramosas llanadas del Guanacas, del Moras y del Huila existe un animal corpulento, cuyo tamaño extraordinario se puede calcular por las huellas de considerable magnitud y por el voluminoso estiércol que en ocasiones suelen encontrarse. Por nuestra parte nos limitamos a consignar el hecho tal como se nos refería.

Entre las aves sobresalen el buitre *(sarcoramphus)*, de grandes dimensiones y de extraordinaria fuerza; la pava *(penelope)*, la guacharaca *(ortalida)* y la perdiz *(tetrao)*.

El más notable de los reptiles es la víbora pelegato *(bothrops)*, de aspecto repugnante, de hábitos perezosos y nocturnos y sumamente ponzoñosa. La pelegato, serpiente gruesa y relativamente corta, pues las más grandes no pasan de dos metros de longitud, y armada de una fuerte uña en la extremidad de la cola, abunda en las orillas de los ríos entre 1.000 y 1.700 metros sobre el mar.

En los sombríos bosques deTierra Adentro no se ven ni entre las aves ni entre los insectos aquellas formas esbeltas y aquellos colores vivísimos que tan grande encanto dan a las florestas tropicales de otras regiones.

En otro tiempo las selvas fueron riquísimas

en quinas y en cauchos de la mejor calidad; árboles que hoy están casi extinguidos debido al bárbaro sistema que se siguió para explotarlos.

Tierra Adentro es un distrito metalífero sumamente rico en minerales de oro y plata. Dentro de sus términos se encontraba la antigua y afamada mina de San Sebastián de la Plata, y los aluviones auríferos de Tálaga, de San Vicente, del Jambaló y del Isabelilla, de extraordinaria riqueza.

Por todas partes brotan fuentes de sal, de bastantes grados de concentración y caracterizadas por contener una gran cantidad de yodo, y hay abundancia de hulla y de cal, de superior calidad.

III

PREHISTORIA

Lo poco que sabemos de la historia de los páeces se refiere únicamente a la época de la Conquista, reduciéndose a las siempre desgraciadas tentativas que Belalcázar y sus tenientes, o los capitanes que mayor fama habían alcanzado en la guerra con los pijaos, hicieron en repetidas ocasiones para reducir estas tribus indomables de hábiles y esforzados guerreros, contra los cuales siempre se estrellaron el valor y la pericia de los castellanos. Pero lo relativo a tiempos anteriores lo ignoramos por completo: como estas tribus no conocían la escritura, ni aun hacían uso de la pictografía, como otras naciones americanas, no hay huella alguna que permita adelantar con paso certero en su misterioso pasado. Además, las tradiciones que conservan no remontan sino a tiempos relativamente re-

cientes; apenas recuerdan hoy de un modo confuso y vago la destrucción de las ciudades de Caloto y de la Plata, de Segovia y de San Vicente; y el más denso velo ocultará para siempre los sucesos de época anterior.

No cabe la menor duda de que los páeces hacían parte de la gran familia de origen caribe, que, dividida en numerosas nacionalidades, muzos y colimas, panches y pijaos, pantagoros y yalcones o cambís, ocupaban gran parte, si no el todo, del valle del alto Magdalena y de las cordilleras que lo circuyen, con muchas de las cuales mantenían estrecha alianza y frecuentes relaciones; todas naciones antropófagas, guerreras y feroces, de ánimo inquieto y de hábitos de rapiña y de conquista, cuyo territorio se ensanchaba cada día a expensas de pueblos probablemente más antiguos, más civilizados y de costumbres más suaves, pero menos belicosos.

La invasión caribe, de época relativamente reciente, amenazaba ocupar todo el territorio colombiano, destruyendo la civilización, bastante adelantada, de poblaciones anteriores. Los panches y los muzos adquirían diarias ventajas sobre los chibchas, incapaces ya, en la época del descubrimiento para, conservar sus fronteras. Los páeces y los pijaos habían aniquilado las naciones que vivían en la cordillera central, y los pijaos, siguiendo este

movimiento general, destruyeron en la época de la Conquista las florecientes poblaciones de los quimbayas. La civilización precolombiana de los siglos XV y XVI, aunque apenas en germen, estaba, pues, condenada a perecer, aun sin la llegada de los españoles; así como antes de ella habían perecido en tiempos remotos otras civilizaciones desarrolladas por pueblos desconocidos, pero cuyas huellas se encuentran esparcidas en todo el territorio de la República.

Con excepción de los páeces, la Conquista destruyó hasta la extinción las tribus caribes de que venimos hablando. Casi todas ellas eran antropófagas, hasta el extremo de que su único alimento consistía en la carne humana, y para procurársela vivían en constante guerra las unas con las otras, sin que las alianzas ni la consanguinidad de tribu fueran bastantes para retraerlos de esta costumbre, que ya era vicio tan feroz como sanguinario. Basta un ejemplo: en el año de 1540 los páeces, confederados con los yalcones, dieron, a órdenes del cacique Pioanza, varios asaltos a la naciente población de Timaná; en el último de ellos el combate se libró sólo con los escuadrones yalcones, que fueron rechazados con notables pérdidas. Los páeces presenciaron la derrota desde una altura, y una vez que estuvo consumada, no se preocuparon sino de ha-

cer la cacería a sus aliados derrotados; capturaron un gran número y con ellos tuvieron abundante provisión de carne por mucho tiempo. Al pueblo de Carnicerías, en vecindario de los páeces, le dieron los españoles este nombre porque allí encontraron establecidos matadero y mercado públicos de carne humana. Los conquistadores veían con horror y con aversión esta horrible práctica, e hicieron toda clase de esfuerzos hasta conseguir extirparla. Con esto faltó a los caribes su alimento casi exclusivo, y tras del hambre vinieron las epidemias y la destrucción de la raza, de la cual sólo la nación Páez sobrevive en la actualidad.

Parece evidente que los páeces llegaron a Tierra Adentro ascendiendo del valle del Magdalena a la cordillera por la hoya del río cuyo nombre llevan. En el curso del siglo XVI las parcialidades de esta nación continuaban aún su peregrinación de Oriente a Occidente. En el siglo anterior varias tribus, dirigidas por Calambas, cacique de Mosoco, trasmontando la cordillera, invadieron la falda occidental, estableciéndose en Pitayó, primero, y después en Jambaló, en Caldono, en Toribío y en Tacueyó. Hoy todavía el cacique de Pitayó, un Calambas, descendiente de este invasor y también del Calambas que destruyó años después la ciudad de la Plata, ejerce cierta sobe-

ranía sobre los pueblos que fundó su ilustre antecesor. Estas consideraciones y el grado de atraso en que estaban estos pueblos al tiempo de la Conquista, permiten creer que no haría más de tres siglos que los páeces habían ocupado a Tierra Adentro.

Pero nada se sabe acerca de los anteriores ocupantes. En tiempos antiquísimos la región del río Páez estuvo sin duda habitada por un pueblo muy adelantado, cuya civilización debe relacionarse con la del pueblo escultor cuyas huellas se ven en San Agustín; así debe juzgarse por los altos relieves, tallados en piedra, del pueblo de San Andrés, cerca de Inzá, y por las importantes construcciones subterráneas, aún sin explorar, que existen en la vecindad de esta última población. Pueblos misteriosos de cuyos pasos al través de los siglos sólo nos restan vestigios mudos que son la admiración del viajero y que apenas si dan vagas y obscuras respuestas a las insistentes preguntas del arqueólogo.

Al transmontar la cordillera, en la falda occidental, los páeces encontraron al sudoeste de Pitayó y en la dirección de Popayán un pueblo numeroso, de raza enteramente distinta, y que hasta el día ocupa su primitivo territorio sin haber retrocedido un palmo ante los feroces invasores. Estos son los *guambianos* o *silvias,* de evidente origen quichua, que for-

man como un islote extraño en medio de la inundación páez.

Al contrario del páez, el guambiano es rechoncho y mofletudo, de facciones aplanadas y de carácter dulce y alegre. Es previsor, buen agricultor y muy dado al comercio. De costumbres apacibles, odia la guerra. Hombres y mujeres usan el pelo recortado en cerquillo y echado sobre la frente. En ninguna parte como aquí se ve más palpable el contraste entre las dos grandes familias que se disputaban la posesión del continente suramericano antes de la Conquista. Estos dos pueblos se desprecian y se detestan recíprocamente; pero, ¡cosa singular!, jamás se ha provocado entre ellos el menor conflicto a pesar de que, como ya se ha dicho, los páeces forman como un anillo que encierra las poblaciones guambianas. El idioma de unos y otros es tan diferente, que jamás el indio de Guambia ha podido aprender el páez, ni éste el idioma de Silvia.

En el confín norte del territorio que ocuparon los páeces en la vertiente occidental de la cordillera, esto es, en la hoya del río Palo, vivía, probablemente en tiempos muy anteriores a la llegada de éstos, un pueblo de civilización mucho más adelantada y de raza indudablemente distinta; así se puede juzgar por las antiquísimas necrópolis que allí exis-

ten, dispuestas como en anfiteatro en el lomo de las sierras (1), cuyos sepulcros han sido excavados en la misma forma de los que se encuentran más al Norte hasta la antigua provincia de los quimbayas. Es en ellos donde se encuentran numerosos objetos de cerámica muy bien trabajados y de formas elegantes y caprichosas, y objetos de oro que por el estilo se relacionan también con los de las tribus que habitaban en el norte del Cauca y parte de Antioquia. Ni estos sepulcros ni los objetos que contienen pueden en manera alguna referirse a los páeces.

¿Cuál fué este pueblo y por qué abandonó el territorio, o cuándo y cómo fué destruído? Problemas son éstos que, como la mayor parte de los que con frecuencia nos presenta la Arqueología americana, la ciencia no está aún en capacidad de resolver.

---

(1) Véase en *Tierra Adentro*, pág. 88.

IV

LA CONQUISTA

Don Sebastián de Belalcázar, el afortunado e infatigable extremeño a quien cupo en suerte tomar parte en las principales conquistas españolas, pues tan pronto lo vemos en Centro América y en Cartagena, como en el Perú y en Quito y en el Nuevo Reino, recorriendo como primer descubridor la inmensa distancia que hay del reino de los scyris hasta la ciudad fundada por Jiménez de Quesada en la altiplanicie de los chibchas, desempeñando en todas partes muy principal papel, debido a las altas dotes que poseía, fué el primer español que entró a la tierra de los páeces.

Después de haber descubierto y sometido el territorio de Quito, el de Pasto, el Patía y el valle del Alto Cauca, Belalcázar fundó la ciudad de Popayán, y en seguida quiso reco-

rrer las tierras que demoran al noreste de la nueva fundación con el objeto de encontrar el valle del Ríogrande de la Magdalena. En 1527, con una expedición de gente probada en las anteriores extensas conquistas, ascendió a la cordillera por los Guanacas, y al trasmontarla dió con los belicosos páeces, con quienes diariamente tuvo que empeñar combates y escaramuzas, en las que siempre salían mal librados los soldados españoles. Los páeces defendieron tan valerosamente sus tierras, que el célebre conquistador se vió obligado a salirse de ellas; remontando el río Páez y trasmontando la cordillera, probablemente por Santo Domingo, cayó a los nacimientos del río Palo, de donde volvió a Popayán con veintiséis españoles menos y entre ellos algunos capitanes (1).

Desde esa época quedó bien sentada la reputación de los páeces como hábiles guerreros y valerosos soldados, y desde entonces estas tribus sólo pensaron en combatir contra los españoles para conservar su independencia.

Poco después, cuando la Gaitana provocó el levantamiento de los yalcones para ven-

---

(1) Los vestigios del camino de Belalcázar los encontramos nosotros al descender del nevado del Huila al río Palo. Véase *Tierra Adentro*, pág. 83.

gar la injusta y cruelísima muerte de su hijo, los páeces acudieron en el acto y sus guerreros decidieron la batalla de Abirama, en la cual los españoles quedaron destrozados, y su jefe, el capitán don Pedro de Añasco, hecho prisionero y entregado a la Cacica, quien desahogó en el infeliz capitán todo el encono de su venganza haciéndole sufrir los más crueles padecimientos.

Oigamos cómo refiere fray Pedro Simón en sus *Noticias historiales* la muerte del capitán Añasco: "Dejando correr con la furia que quisieron los extremos de su encono y venganza esta vieja, lo primero en que los ejecutó fué, como a otro Mario Romano, en sacarle los ojos, para con esto acrecentarle los deseos de la muerte. Horadóle luego ella por su propia mano por debajo de la lengua, y metiéndole por allí una soga y dándole un grueso nudo, lo llevaba tirando de ella de pueblo en pueblo y de mercado en mercado, haciendo grandes fiestas con el miserable preso desde el muchacho hasta el más anciano, celebrando todos la victoria, hasta que habiéndosele hinchado el rostro con monstruosidad y desencajadas las quijadas con la fuerza de los tirones, viendo se iba acercando a la muerte le comenzaron a cortar con intervalos de tiempo las manos y brazos, pies y piernas por sus coyunturas, hasta que le llegó

la muerte entremedias de tan intolerables angustias, que bien se pueden contar con las miserables que hemos dicho de los mayores conquistadores de estas Indias."

Bien puede ser que la tradición conservada en los pueblos de Tierra Adentro haya confundido con la del capitán Añasco la muerte del cura de Caloto viejo, como lo narramos en la página 17 (tomo I), y que este sacerdote hubiera sido sacrificado sobre la picota, como quiere la segunda versión.

Entonces se siguió una lucha encarnizada de asaltos y emboscadas, sin que los españoles obtuvieran ventaja alguna definitiva, y antes por el contrario, en ellas perdieron lo más florido de su gente. Juan de Ampudia, uno de los más valerosos capitanes de Belalcázar, al saber el desastrado fin de Añasco, su amigo y compañero de armas, sacó de Popayán una lucida expedición para castigar a los páeces por esta muerte, y, además de otras muchas, por la de un su sobrino que acababa de perecer en uno de los últimos encuentros; pero al entrar no más a Tierra Adentro, él mismo perdió la vida de una lanzada que le atravesó el cuello. Sus compañeros, al retirarse, llevaron consigo el cadáver, el que arrojaron al río Magdalena para salvarlo de la voracidad de los indios.

En el año siguiente, en 1540, concurrieron

con los yalcones y con los pijaos al segundo levantamiento que contra los españoles provocó la implacable Gaitana, y asistieron a los dos asaltos dados sobre Timaná; en el último, la noche anterior al último combate, se retiraron a las alturas vecinas, y desde allí, como ya se ha dicho, presenciaron la derrota de sus aliados, en quienes hicieron abundante cacería, procurándose con ellos provisión de carne humana para mucho tiempo.

Poco después de ocurridos estos sucesos, el capitán Francisco García Tobar, uno de los más valerosos y afamados soldados de su época, hizo, con gran acopio de gente y arcabuces, una nueva entrada a la tierra de los páeces; pero después de muchos sangrientos encuentros en que quedaron sus fuerzas desbaratadas, tuvo que retirarse con poca honra para las armas españolas.

Cuando Belalcázar regresó de la Corte de España con el título de Adelantado y nombrado gobernador de Popayán, Guacallo y Neiva, viendo la intranquilidad y la constante alarma en que los páeces tenían a las provincias de Timaná y de Popayán, y también para vengar la muerte de los muchos españoles que en sus guerras habían perecido, principalmente las de sus amigos los capitanes Añasco y Ampudia, determinó reducir estas feroces tribus, y al efecto preparó una grande expedición de más

de 200 hombres, de los cuales 100 eran de a caballo; en ella iba lo más granado de los conquistadores: don Martín Nieto, don Baltasar Maldonado, don Diego Paredes Calderón y muchos otros afamados capitanes. En 1543 el Adelantado en persona marchó a la cabeza de sus fuerzas y pronto llegó al territorio de los páeces, quienes, lejos de ahuyentarse, le salieron al encuentro, fortificándose en los pasos estrechos y difíciles, cubriendo el terreno con emboscadas y galgas y aprovechando todas las ventajas que les presentaba la aspereza del suelo. Después de sangrientos y diarios combates, con grandes pérdidas de gente, entre ellas la del capitán Francisco García Tobar, cuyo cadáver, como los de los otros muertos, sirvió de alimento a los feroces páeces, Belalcázar resolvió retirarse, lo que a duras penas logró conseguir, saliendo por entre ásperas montañas a Cali, adonde llegó con su fuerza hambrienta y destrozada.

Puede decirse que el mal éxito de esta tentativa aseguró para siempre la independencia de los páeces, pues aunque después se hicieron algunas otras, ninguna tuvo la importancia de ésta, dirigida quizás por el primer militar y por el más gallardo de los conquistadores de Sur-América.

Generalmente se fija en esa época la fundación de la ciudad de Caloto, hecha por Belal-

cázar o por su teniente don Juan Moreno, en tierras de Turibios, de los páeces, cuya duración fué de corto tiempo, pues a los pocos años los páeces cayeron sobre ella y la arrasaron por completo (1).

En 1562 el capitán don Domingo Lozano, vecino de Ibagué y envejecido en las guerras de los pijaos, pidió al gobernador de Popayán la conquista de los páeces, incitado por el aliciente de las ricas minas de oro y de plata que hay en su territorio. Concedida que le fué la licencia, armó una expedición lo más respetable que pudo, con la que hizo una entrada a Tierra Adentro o Abirama, que con ambos nombres era conocida ya esta provincia; pero los páeces le hicieron tal resistencia, que no le daban sosiego ni de día ni de noche, y se vió obligado por entonces a abandonar la conquista.

En el año siguiente, habiendo reunido mayor número de soldados y de elementos, hizo por el mes de Abril una nueva entrada. En esta ocasión los indios lo recibieron de paz, y pudo penetrar hasta Huila, en donde fundó en Mayo la ciudad que llamó San Vicente de Páez, e inmediatamente procedió a trabajar las ricas minas de oro que encontró en sus vecindades. Al cabo de dos meses, en Julio de ese

(1) Véase en la página 16 (tomo I) *Ruinas de Caloto.*

año, los páeces, que hasta el día anterior se habían mostrado como amigos, se reunieron y atacaron el real de minas, situado en el punto llamado Tobaima; mataron a casi toda la guarnición: de 32 soldados sólo cinco escaparon; entre los muertos estaba el mismo capitán Lozano. Después de cegar las minas, los páeces cayeron sobre la ciudad y la redujeron a pavesas; pero los pobladores habían tenido tiempo de retirarse a una fortaleza que por medida de precaución habían levantado; y allí estuvieron sitiados y reducidos al mayor extremo por espacio de cuarenta y siete días.

Al saberse en Popayán este desastre, el gobernador envió inmediatamente un auxilio a los sitiados; pero los astutos páeces, valiéndose de hábiles estratagemas, capturaron a los que llegaban y los mataron a todos. Los cuerpos de estos infelices, como los de todos los que caían en sus manos, los devoraron en las comilonas con que celebraron la victoria. De Popayán se envió después nuevo socorro a órdenes del capitán Diego de Santa Cruz, quien llegó oportunamente para salvar a los sitiados y conducirlos a Popayán, con lo cual quedó para siempre despoblada la ciudad de San Vicente.

Esta fué la última tentativa que en el siglo XVI se hizo para reducir a los indomables páeces, quienes no por esto dejaron de inquie-

tar a las poblaciones vecinas, principalmente a las ciudades de Caloto, Timaná y La Plata. A esta última la destruyeron totalmente en 1571 (1); mataron a casi todos sus pobladores y taparon para siempre las ricas minas de plata, a cuya riqueza debió la población su rápido desarrollo.

Muchos autores juzgan que no fueron los páeces, sino los andaquíes, los que destruyeron la ciudad de San Sebastián de la Plata, y se apoyan en que las pesadas lanzas que llevaban los asaltantes no las usaban sino los andaquíes; pero dado el carácter feroz y guerrero de los páeces y su proximidad a la ciudad, cuyo asiento estaba en sus tierras, lo más probable es creer que fueron ellos quienes la atacaron y destruyeron. Además de que los páeces también usaban lanzas hasta de 40 palmos de longitud, como puede verse en el siguiente fragmento, que por su importancia reproducimos íntegro, de la relación hecha en el año de 1631 por el capitán don Diego Ruiz de Campos y publicada por primera vez en la *Colección de Documentos ineditos*, recopilados por el señor general Antonio B. Cuervo durante su permánencia en España, como ministro de la República.

Dice así el capitán Ruiz de Campos:

---

(1) Véase página 38 (tomo I).

"Diez leguas de Popayán hay una provincia que se dice Apirama, que es donde mataron los capitanes que arriba decimos (Añasco y Ampudia). Estos señores desta provincia, visto que yo no hice más que resistirles el alcance y entrada en Popayán, y con los demás que se había entrado, no había podido entrar a su tierra a los castigos; salen con mucho ánimo y entran por los repartimientos de Popayán hasta cinco leguas de la ciudad, quemando la tierra y matando los que hallaban, de que tuve necesidad de enviar sobre ellos y entrar en su tierra; y con ir 150 hombres y los 60 de caballo, aguardaron en un llano, hecho un escuadrón cerrado, tan bien ordenado como se podrá hacer en toda Italia, que sería de más de 12.000 picas, de más de 40 palmos arriba, y debajo de las picas que tenían caladas, entre dos picas había uno de montante, que allá se dice macana, los cuales salían de entre el escuadrón de las picas a pelear, y se tornaban a retraer debajo de las picas, y los de a caballo jamás pudieron romper por ninguna parte ni dar lanzada, hasta que los arcabuceros abrieron por un llano, y antes que pudiesen cerrar, fueron por allí rompidos con los de a caballo, recibiendo daño antes que se pudieran poner en tierra áspera. Después desto no osaron más bajarse en el llano y en lo alto hacían un ardiz de guerra con que he-

rían y se aprovechaban de los caballos hasta venir a entrar en el Real; y en escaramuzas que hubo me tomaron tres soldados a manos vivas. Estos señores traían gente a sueldos de otra provincia que con ellos confina que se dicen los Tijajos (Pijaos), que es gente que gana sueldo a todas partes que les llaman. Esta provincia está al Leste desde Popayán hacia Pocota (Bogotá).“

En esta noticia, que es la última que tenemos de entrada a Tierra Adentro, llama la atención la organización militar y el número de guerreros de los páeces, no menos que el hecho de tener como mercenarios a los renombrados pijaos.

Hoy los páeces usan la lanza de hierro y las armas de fuego; y su número no puede estimarse en más de 15.000 personas.

V

EL PÁEZ

Poco o nada han cambiado los páeces del tiempo de la Conquista para acá. Fuertes y vigorosos, de complexión recia y elástica, son de estatura bien proporcionada y de facciones regulares. La frente alta y estrecha, la nariz fuertemente aguileña y la barba puntiaguda, dan a la fisonomía cierta expresión de energía poco común en las razas americanas; los ojos son negros, pequeños y medio entornados, los pómulos salientes, la boca ancha y de gruesos labios, y las mejillas enjutas y desprovistas de barba. La cabeza, con el cráneo de forma mesaticéfala, está cubierta por abundante pelo negro y muy lacio, que encanece con dificultad. Los pies y las manos son relativamente pequeños, y los dientes de una blancura admirable. El color de la piel es más pálido que el de otras tribus indígenas, y

en los individuos de las familias principales es notablemente claro. La fisonomía del páez expresa constantemente la más profunda indiferencia y el más absoluto desdén por cuanto le rodea; sólo se anima cuando está bajo la influencia del alcohol o del odio, y entonces sus ojos despiden fulgores sombríos.

Como sucede en todos los pueblos que no han salido del estado primitivo, todos los individuos son muy bien conformados, y jamás se ve entre ellos un contrahecho o deforme de nacimiento. No es raro ver entre los hombres algunos que pudieran ser tipo de hermosura viril y hasta cierto punto salvaje, sobre todo entre los ancianos de categoría, a quienes el hábito del mando y el profundo respeto que se les dispensa han comunicado cierta majestuosa impasibilidad, que se revela en todo su porte.

La mujer, por el contrario, no tiene ninguno de los atractivos propios de su sexo; casi no tiene juventud, y aun en este florido período de la vida femenina, su mirada adusta y salvaje, sus contornos secos y descarnados y el exagerado desgreño de su persona le dan la apariencia de muchacho vestido con el traje de mujer. A medida que avanza en años, su aspecto es más desagradable y repulsivo; la apergaminada y obscura piel se contrae, formando arrugas numerosas y pro-

fundas; los ojos se enrojecen por el uso frecuente del alcohol y por la acción acre del humo del fogón; y la coca, que constantemente mastica mezclada con cal viva, hincha y agrieta los labios, deformando la boca y las mejillas. Agréguese a esto el más profundo y repugnante desaseo, y se tendrá una ligera idea de lo que es la mujer entre los páeces.

Dotados de una grande agilidad y de una extraordinaria resistencia para soportar las fatigas, son excelentes caminadores, y al través de riscos y de precipicios se trasladan de un lugar a otro con increíble rapidez. Por regla general, nunca viajan sino de noche y en pequeñas partidas, buscando siempre los senderos más ásperos y menos frecuentados, por los cuales, uno tras de otro desfilan en silencio, sin que su paso produzca el más ligero ruido ni deje la menor huella.

Profundamente desconfiados y rencorosos, son crueles y sanguinarios cuando la ocasión se les presenta, y en su pecho no se alberga la piedad; para ejercer sus venganzas, no les importa que su enemigo esté desprevenido o se encuentre desarmado; antes prefieren atacarlo a mansalva o con alevosía. Vivo se conserva en las ciudades de Caloto y de Papayán el recuerdo de los desmanes y atrocidades de los indios de Tierra Adentro cada vez que malintencionados cabecillas los han sacado de sus

breñas para hacerlos tomar parte en nuestras guerras civiles, pues son muy valerosos y excelentes tiradores.

Sobrios, cuando la necesidad los obliga, trabajan en las más duras labores, teniendo como único alimento la hoja de la coca *(erytroxilon coca)*, que mascan mezclada con polvo de cal viva *(mamby)*, que siempre usan en un pequeño calabazo. En cambio, cuando vienen las cosechas, consumen en pocos días las provisiones de todo el año, sin que teman las escaseces a que su loca improvidencia los condena.

VI

VESTIDO

Fuera de sus hábitos guerreros y de la invencible resistencia que presentaron a los conquistadores, poco o nada nos dicen los cronistas acerca de las costumbres de los páeces; sin embargo, si hemos de juzgar por analogía, debemos creer que el vestido que usaban antes de la Conquista sería muy semejante al de los andaquíes y demás tribus vecinas; esto es, una manta cuadrada que, cubriendo las espaldas, pasaban por debajo del brazo y sujetaban a la cintura. Hoy el traje ha cambiado, aunque ligeramente, pero no es menos sencillo. Los hombres, mientras permanecen en sus casas o están en su labranza, o en la montaña, sólo usan una ruana de color claro, o de lana sin teñir, que, doblada sobre los hombros, deja en libertad los brazos desnudos, y que sujetan a la cintura por medio

de una faja; las extremidades caen por delante y por detrás, cubriendo la parte posterior y el bajo vientre. Cuando están de viaje o salen a poblado, usan sombrero ordinario, que tejen con la hoja de la palma *(oreodoxa frigida)*, llevan ancho calzoncillo de lienzo, que se procuran en los mercados vecinos, y, por encima de la ruana blanca, usan otra más grande y negra que los cubre casi por completo y que para ellos es una especie de traje de ceremonia. ¡Cosa singular!: dicen que al ponerse la ruana negra visten de luto por la muerte de Atahualpa; pero ni el idioma, ni las costumbres, ni los caracteres etnográficos o fisiológicos, revelan que tuvieran la menor analogía ni la más ligera relación con los incas.

Cuando viajan, para preservarse de las lluvias, usan una capa de paja, la cual hacen entretejiendo en una malla de cabuya las hojas de una especie de paspalum (*macrophyllum?*), gramínea que cubre las faldas de los cerros en esa región. Esa prenda de vestido es idéntica a la que usan los campesinos japoneses en la época de invierno.

El traje de las mujeres no es menos sencillo: consta de una tela ordinaria de lana, *anaco*, que es el mismo *chircati* de los chibchas, que, arrollada a la cintura, les cubre hasta abajo de la rodilla; el pecho y la espalda se los cubren con otros dos trozos de la misma

tela, también sujetados a la cintura con una gran faja, *chumbe,* y prendidos por sobre los hombros con alfileres, *topes,* que en las indias pobres son espinas de árboles, y en las más acomodadas son de cobre o de plata. El pelo lo usan echado hacia atrás y tejido en apretada y fina trenza con una faja delgada, *liquira*, que no sueltan sino muy rara vez. Las mujeres acomodadas usan en ocasiones collares de cuentas de vidrio, de cobre o de plata, y en las orejas llevan grandes zarcillos *(candongas)* de plata, sujetados por detrás del cuello con varias cintas de vivos colores. Los hombres no acostumbran usar joyas ni adornos de especie alguna.

En las mujeres, como en los hombres, el traje de etiqueta es negro; en la casa usan siempre telas de lana blanca.

La ruana o poncho de los hombres y los nombres de las prendas, y quizás estas mismas, del vestido de las mujeres, han sido tomados de los quichuas en época posterior a la Conquista, y probablemente impuestos por los misioneros que desde el siglo XVII se han tratado de establecer entre ellos en diferentes ocasiones, aunque con muy poco resultado.

VII

HABITACIONES Y POBLACIONES

Las casas de los páeces se reducen, en lo general, a una sola pieza pajiza, cuyas paredes están formadas por *estantillos* clavados en la tierra y apretados en hilera. Son cuadradas, y apenas tienen una sola puerta que sirve de entrada y de única ventilación. Son extraordinariamente sucias y desaseadas, y como la misma habitación les sirve de dormitorio y de cocina, cuyo fogón jamás se apaga, el humo de la leña ha impregnado todo de un olor acre y picante. Con frecuencia dentro de la misma pieza existe un pequeño y primitivo trapiche de madera, que se mueve a mano, en el cual muelen la caña para procurarse el guarapo y la chicha. El menaje de la casa no puede ser más sencillo: dos o tres cueros de res o de oso les sirven de cama; en los obscuros rincones hay varias grandes ollas

de barro, en donde depositan el guarapo; unos pocos platos de madera, y ollas pequeñas también de barro, para la preparación de los alimentos, y dos o tres grandes piedras para moler el maíz. Casi nunca falta un tosco telar, en donde las mujeres fabrican las burdas telas que consume la familia.

Retirado de la casa como unos cien metros, y escondido entre el matorral, siempre hay un rancho diminuto destinado al alumbramiento de la mujer. La infeliz, al sentir los dolores precursores del parto, se traslada allí, y en ese albergue, que más parece el abrigo de un cerdo, da a luz y no vuelve a entrar a la casa hasta después de que han desaparecido los loquios, pues en este estado se la considera como ser impuro, cuyo contacto o sola presencia mancharía el hogar.

Invariablemente los páeces construyen sus habitaciones en el estrecho lomo de las cuchillas que desprende la serranía, eligiendo siempre un sitio de difícil acceso y que domine el terreno, como si quisieran ponerse a cubierto de cualquier sorpresa. Esta costumbre, que está de acuerdo con los hábitos guerreros de esta belicosa nación, data de tiempo inmemorial; en las más fragosas montañas de este territorio los vestigios de habitaciones prehistóricas que se encuentran están en las mismas condiciones.

Las casas jamás se hallan reunidas, sino siempre separadas por grandes distancias; en una sola cuchilla, por extensa que sea, nunca hay más de tres o cuatro habitaciones escalonadas a lo largo, y eso pertenecen a familias emparentadas.

El padre Velasco, en su *Historia del reino de Quito*, hablando de los páeces del tiempo de la Conquista, dice lo siguiente: "Nunca acostumbraron vivir en pueblos ni en rancherías que constasen de algún número de personas, sino distribuídos en sus casas particulares, a proporcionada distancia. Esparcidos por las cumbres de las montañas y sus contornos, fabricaban sus casas en las peñas más fragosas e inaccesibles, para que estuviesen naturalmente defendidas de sus enemigos." Por estas palabras, que textualmente pueden referirse también a los páeces de hoy, se ve cuán poco han variado las costumbres de estas tribus en los cuatro siglos que han corrido desde la época de la Conquista.

De carácter taciturno y amantes de la soledad, los páeces no se han agrupado en poblaciones. Con excepción de Vitoncó y de alguna otra, que tienen mediano caserío, las demás que figuran como tales apenas constan de una pequeña y desmantelada capilla y de dos o tres casas, por lo general desamparadas. Los vecinos viven en sus chozas, en los bos-

ques o en la cima de las empinadas serranías. Pero cuando hay algún asunto que los interese directamente, se lo comunican unos a otros, siempre en el curso de la noche, con pasmosa rapidez, y al amanecer están todos los de la Parcialidad reunidos para discutirlo y comentarlo. Una vez que han tomado una resolución, se vuelven a sus casas y el territorio queda nuevamente como desierto.

VIII

FAMILIA

La familia entre los páeces está sólidamente constituída. La autoridad paterna es reverentemente acatada y sus mandatos son obedecidos sin dilación. La mujer disfruta de algunas consideraciones y su opinión es de peso, no solamente en los asuntos privados, sino, en ocasiones, también en los públicos, y su influencia aumenta con los años. Dado el carácter sombrío y reservado, propio de la raza, las mujeres y los niños ni reciben caricias ni son el objeto de tiernas demostraciones, las que, por otra parte, no serían comprendidas ni estimadas por naturalezas adustas y salvajes muy poco favorecidas en el desarrollo de los sentimientos más delicados. En cambio, no se les da el trato brutal que con tanta frecuencia tienen que sufrir las de otras tribus americanas.

Generalmente los páeces se casan muy jóvenes, y el matrimonio se arregla y se lleva a cabo por ante los padres de los novios y en presencia de alguno de los dignatarios de la Parcialidad, celebrándolo con bebezones de chicha y grandes comilonas a las que asisten numerosos invitados. Por espacio de un año los desposados hacen vida común; pero esto no es sino un ensayo del matrimonio, conocido con el nombre de *amaño;* durante este tiempo cada uno de los consortes experimenta no sólo el carácter, sino también las habilidades del otro; las del hombre, en el trabajo, y las de la mujer, en la preparación de los alimentos, en la hilandería y en los tejidos; si de tal experimento quedan satisfechos, se arregla el matrimonio definitivo, que se celebra con nuevas borracheras y comilonas; en caso contrario, los nóvios se separan; la mujer vuelve a la casa paterna, y ambos quedan en libertad de contraer nuevo matrimonio, sin que ni el uno ni el otro sufran la más ligera pérdida en su reputación ni en la estimación de las gentes. Pero, preciso es decirlo en honor de ambos, y sobre todo de la mujer, el matrimonio provisional muy rara vez se rompe y generalmente queda ratificado. Desde ese momento la mujer pertenece exclusivamente a su marido, y la infidelidad conyugal es caso verdaderamente extraordinario.

Desde el momento en que el hombre piensa en casarse, principia a construir su casa y a preparar una pequeña labranza, casi siempre en las vecindades de la casa paterna, de cuya autoridad nunca queda del todo desprendido.

Los jóvenes respetan profundamente no sólo a sus padres, sino en general a todos los ancianos, quienes llevan la voz en las deliberaciones.

La tranquilidad de la familia no se turba sino cuando, por consecuencia de alguna fiesta, la bebida ha trastornado el juicio de hombres y de mujeres; entonces se producen reyertas horribles que algunas veces terminan con escenas sangrientas.

IX

GOBIERNO

La nación Páez consta de varias tribus o parcialidades, estrechamente unidas por el origen, por el idioma, por las tradiciones, por las costumbres y, en fin, por todos los vínculos de raza; pero, propiamente hablando, no constituyen un organismo político compacto y nacional. Cada una de esas tribus tiene un gobierno propio e independiente que administra sus intereses prescindiendo en absoluto de las otras.

Este Cuerpo administrativo o Cabildo, que rige los destinos de la Parcialidad, está compuesto de los siguientes funcionarios: un capitán, dos alcaldes, dos fiscales, un gobernador y cuatro alguaciles. El capitán es la primera autoridad de la Parcialidad y es quien preside el Cabildo y quien lleva la voz; para este puesto se designa siempre a un individuo

por cuyas venas corra sangre de cacique; de suerte que el empleo es casi hereditario o, por lo menos, está vinculado en una familia.

A los fiscales corresponde defender los intereses de la Parcialidad contra las intrusiones de los blancos o de los forasteros, y denunciar las irregularidades que se noten en los individuos que componen la tribu.

Toca a los alcaldes mantener el orden de la Parcialidad, administrar justicia en ciertos casos y hacer cumplir las resoluciones del Cabildo.

Las funciones del gobernador son casi exclusivamente religiosas, y se reducen a organizar las pequeñas fiestas de iglesia, distribuir el costo que causen y atender al pago de los diezmos, etc.

Estos funcionarios, que también pertenecen siempre a las familias notables, tienen a su disposición los cuatro alguaciles para transmitir sus órdenes y hacer cumplir sus mandatos.

El Cabildo, en el cual el gobernador tiene voz, pero no voto, distribuye entre la Parcialidad el trabajo en las obras de carácter público; resuelve las solicitudes de los extraños que piden licencias para establecerse en la tribu, o las de arrendamiento de terrenos o de áreas para edificar, y todo asunto de carácter grave o transcendental. Las discusiones son, con frecuencia, largas y acaloradas, pues

casi siempre hay partidos opuestos que trabajosamente logran ponerse de acuerdo; pero las resoluciones que se dictan son siempre acatadas y obedecidas por toda la Parcialidad.

Para la administración interna de los intereses de la tribu, por encima de la autoridad del Cabildo, está la del cacique, cuando éste existe. El cacique puede ejercer su dominio sobre una sola Parcialidad o sobre varias. El cacique de Pitayó, por ejemplo, cuyos antecesores dirigieron la ocupación del territorio de la falda occidental de la cordillera, probablemente en el último tercio del siglo xv, ejerce aún su autoridad sobre cuatro de las Parcialidades allí establecidas; pero este título tiende a desaparecer en todo Tierra Adentro; y hay muchas Parcialidades que pudiéramos llamar libres, como las de Toribío, Tacueyó, Huila, etc., que hoy no reconocen cacique alguno.

Como se ha dicho ya, las diferentes tribus son independientes unas de las otras; sólo en casos extraordinarios se han confederado, ora para atacar a una tribu de distinta nacionalidad, ora para resistir a los españoles en la época de la Conquista; y al efecto elegían de entre sus caciques un jefe supremo, de carácter transitorio, para dirigir las operaciones militares. Una vez terminadas éstas, las tribus se separaban, sin que la momentánea

unión estrechara las escasas relaciones que antes entre ellas existían.

Como se ve, la base de la organización política de los páeces está basada en el sistema municipal, y su nación era una especie de federación muy imperfecta, en la cual los diversos elementos sólo se unían para la guerra, en los casos en que estaba de por medio el interés común; y aun así, sucedía con frecuencia que algunas tribus, lejos de seguir el movimiento general, permanecían neutrales o llegaban hasta aliarse con el enemigo, como aconteció en las últimas guerras de la Conquista, en las cuales una Parcialidad vecina de la ciudad de La Plata hizo causa común con los conquistadores.

El tiempo por una parte, y por otra el frecuente trato con las gentes civilizadas, si no han dulcificado el carácter de los páeces, sí les han hecho perder los instintos belicosos que antes los hacían tan temibles. Día por día han venido debilitándose como nación, y hace mucho tiempo que desapareció entre ellos el hábito de confederarse para empresas guerreras.

X

ARTES, INDUSTRIAS, CULTIVOS, ETC.

Las artes y la industria jamás han florecido entre los páeces; los primeros conquistadores los encontraron a este respecto, según refieren los cronistas, tan deplorablemente atrasados como están hoy; su industria principal, por no decir única, consiste en ligeras obras de mano que no requieren mayor trabajo y que no les impiden los hábitos de vagabundería, que en ellos están tan arraigados. Hombres y mujeres siempre andan por los campos, pero haciendo alguna tosca labor: los hombres tejiendo trenza de hoja de palma, para hacer sombreros, y las mujeres hilando; estos artefactos no constituyen artículos de comercio, sino que están destinados al uso de cada cual.

Aun la cerámica, industria tan desarrollada en todas las naciones americanas, y sobre

todo en los pueblos inmediatos a los páeces, es entre ellos casi desconocida, y las vasijas de barro que usan, con frecuencia tienen que procurárselas en lugares distantes. En algunas partes, como en Tacueyó, Toribío, etc., las obtienen principalmente de las guacas o sepulcros antiquísimos que existen en esa región. ¡Cosa singular!: las vasijas que tienen este origen son de un barro finísimo, de forma elegante, adornadas con caprichosos dibujos, y son tenidas en la más alta estima. Como los páeces jamás han tenido esta industria, se deduce que ese territorio estuvo poblado, antes de que ellos lo ocuparan, por otra tribu de civilización más adelantada y, probablemente, de raza distinta.

Otro tanto puede decirse de la orfebrería, industria que también fué desconocida de los páeces, pero no de la tribu que les precedió, pues en las mismas guacas que contienen en número extraordinario las vasijas de barro, se encuentran pequeñas figuras de oro y de tumbaga, que representan ranas, discos, narigueras, etc. Unas y otras presentan una grande analogía con los objetos de origen quimbaya, y lo mismo las sepulturas que abundan principalmente en la hoya del río Palo.

La agricultura es muy rudimentaria y se reduce principalmente al cultivo del maíz, del ñame, de la calabaza, de la caña de azúcar y

de la coca, todos muy descuidados y en escala muy pequeña. Para hacer las siembras o recoger las cosechas se ayudan mutuamente, y el dueño de la labranza no tiene otra obligación que la de mantener a los compañeros mientras dura el trabajo, y después prestar el mismo servicio a cada uno de ellos. Como trabajan poco y beben mucho, resulta que durante este tiempo viven en eterna fiesta, en la cual cada uno consume el producto problemático de la cosecha que siembra. De aquí la constante miseria y las frecuentes hambres que afligen a estas tribus.

Es de notarse que los páeces son altamente improvidentes y holgazanes, y que no tienen ningún hábito comercial; en esto hacen singular contraste con los guambianos, tribu completamente distinta en idioma, en costumbres y en carácter, y que, rodeada completamente por poblaciones páeces, se conserva pura y sin mezclárse con ellas.

XI

RELIGIÓN

Los conquistadores no encontraron entre los páeces sino las más imperfectas y rudimentarias ideas religiosas. Muchos de los cronistas aseguran que estas feroces tribus no tenían religión alguna. El padre Velasco, en su *Historia del reino de Quito*, después de ponderar lo áspero y fragoso del terreno ocupado por los páeces, y la barbarie y rudeza de éstos, se expresa del siguiente modo: "Fueron rarísimos los ídolos que se les hallaron, siendo los más de ellos incapaces de dar adoración a cosa alguna. Temían y respetaban a sus hechiceros, los cuales eran en cierto modo sus dioses." Así debía ser, porque los páeces, lo mismo que todos los pueblos que están en ese mismo rebajado nivel de salvajez y de embrutecimiento, no alcanzan a tener la menor idea de la Divinidad, y apenas si llegan a

concebir la existencia de un principio maligno que, produciendo la tempestad o el terremoto, o la avenida de los ríos o el temporal del páramo, o transformándose en la fiera o impulsando la roca que se derrumba, los hiere, los arruina o los sacrifica, según su capricho. Pueblos que están en tal estado de atraso no alcanzan a columbrar el principio de equidad y de armonía supremas, la bondad infinita, la omnipotencia y la sabiduría, que son atributos del Todopoderoso. Por eso, su religión, si acaso la tienen y merece este nombre, se reduce a calmar la cólera y las pasiones del ser perverso y maléfico, origen de todas sus calamidades.

Lo cierto es que el idioma de los páeces no tiene ninguna palabra propia para expresar ni ideas ni acto alguno de carácter religioso. Por tanto, debemos atenernos al dicho de los cronistas y considerar a los páeces en la época de la Conquista como desprovistos, o poco menos, de toda religión medianamente organizada.

En 1630, después de la completa destrucción de los pijaos, los Padres Jesuítas trataron de establecer misiones entre las ya debilitadas tribus de los páeces; pero poco o ningún provecho obtuvieron en los veinticinco años que en ellas trabajaron, y en 1654 las abandonaron definitivamente.

Desde fines del siglo pasado para acá, las poblaciones de Tierra Adentro se han distribuído en dos o tres curatos, servidos por el clero secular. Desgraciadamente, estos curas, desprovistos, por lo general, de todo espíritu evangélico, ocultan en las breñas de Tierra Adentro una vida relajada, y, atendiendo únicamente a pequeños intereses personales y mundanos, han mirado con la mayor indiferencia la suerte de estos infelices pueblos encomendados a su cuidado.

Así es que hoy los páeces están en el mismo grado de atraso social y religioso en que se encontraban hace cuatrocientos años. Hoy, los más instruídos en religión, que son relativamente pocos, sólo saben que tienen que pagar diezmos y primicias, y sus conocimientos religiosos se reducen a recitar uno o dos trozos de oraciones incompletas; en cuanto a ceremonias, ni las practican ni las comprenden, y apenas tienen una idea confusa y tosca de la existencia de un Ser superior al hombre, que la mayor parte se representan todavía como habitando en las soledades de los páramos o en el fondo de las selvas y presidiendo las tempestades y las borrascas.

Por la siguiente práctica que existe en algunas poblaciones, se puede colegir que tengan alguna noción, aunque grosera, de la existencia de una vida futura:

En la noche del Día de Difuntos se congregan en la capilla del pueblo; cada familia lleva una provisión de víveres (maíz, yuca, ñame, plátanos, etc.), que depositan en el pavimento en montones separados, a cuyo rededor hombres y mujeres pasan la noche lamentando a sus parientes y amigos ya muertos, ponderando a grandes voces sus méritos y virtudes y balbuceando a veces trozos incoherentes de alguna mutilada oración; de rato en rato repiten el ofrecimiento de los víveres que les han llevado; diz que con el objeto de que no sufran ni hambre ni escaseces en el lugar en donde están. Al amanecer del día siguiente cada cual vuelve a su casa, dejando en la iglesia las provisiones que para el sustento de los difuntos había llevado la noche anterior. Por supuesto que esos víveres pasan en el acto a llenar un poco las exhaustas despensas del cura.

Esta singular práctica, de carácter netamente pagano, tiene la apariencia de antigua costumbre nacional, modificada ligeramente por los primeros misioneros; sin embargo, como no en todas las Parcialidades existe, puede ser que su origen sea más reciente. Imposible nos fué obtener dato alguno sobre él.

XII

APARICIÓN DEL DIABLO EN SUIN

PARA que se vea cuán pocas raíces han echado entre los páeces la enseñanza religiosa y las prácticas civilizadas, vamos a narrar los desórdenes ocurridos hace apenas medio siglo en las Parcialidades de Suin y de Chinas, y a los cuales, según parece, no fueron extraños los indios de otras poblaciones.

Cuando, meses después, se restableció el orden en Tierra Adentro, los indios explicaban su conducta diciendo que habían obedecido los mandatos de un ser extraordinario y sobrenatural. Según ellos, las cosas pasaron del modo siguiente:

En el mes de Mayo de 1833, estando solo en su labranza un indio anciano, de los principales de la Parcialidad de Suin, sintió en el aire un gran ruido semejante al del huracán y vió un ser extraordinario, como cubierto de

pieles negras, que se le acercó y le dijo en lengua páez que era un ángel que venía a instruir a la tribu en las buenas doctrinas, y que, para tal efecto, le prevenía que convocara a toda la Parcialidad para que se reuniera frente a la capilla del pueblo, quince días después, y que entonces principiaría su enseñanza. El indio cumplió la orden, y el día fijado estaban todos reunidos, hombres y mujeres, ancianos y niños, en la plaza de Suin. Al mediodía todos sintieron el mismo ruido en la atmósfera, y cerniéndose en el aire, sobre la espantada muchedumbre, apareció el mismo ser que había visto el indio quince días antes. Los más valerosos le exigieron que se descubriera para mirarle el rostro; pero él les respondió que ni podía hacerlo ni les convenía. En seguida, como inmenso vampiro, describió en los aires rápidas curvas y ordenó a los atónitos espectadores que destruyeran la cruz de madera que existía en el centro de la plaza; orden que fué inmediatamente obedecida. Después les mandó que sacaran las estatuas de madera que había en la iglesia, y en el acto la muchedumbre, rompiendo las puertas, entró a la capilla; mientras los hombres sacaban a la mitad de la plaza y depedazaban las imágenes que encontraron, las indias se apoderaban de los ornamentos y de la ropa de los altares y con ellos improvi-

saban vestidos grotescos y ridículos. El cáliz y los vasos sagrados les sirvieron para beber el guarapo con que celebraron tamaños escándalos.

Ese mismo día reemplazaron a su modo las imágenes de los santos que habían sacado de la iglesia y destrozado; en el nicho de la Virgen colocaron una india de quince años de edad y la mejor parecida que encontraron, y en los de San Antonio y San Miguel, que estaban a uno y otro lado, pusieron dos indios de la misma edad. Allí fueron adorados por todos. Por las noches los colocaban en andas, adornados con luces y con flores de los montes, y, en concurrida procesión, los paseaban por los campos.

Sólo una familia no tomaba parte en estos acontecimientos, y era la de una india llamada Micaela, natural de Suin, pero que desde muy niña se había criado en Popayán, en casa de los señores Arboledas. Cuando se casó volvió a Suin, en donde vivía con su marido y con sus siete hijos. Cuando Micaela supo lo que pasaba se afligió profundamente y trató de oponerse a estas idolatrías; pero los ancianos de la Parcialidad la amenazaron diciéndole que si no se les reunía a obedecer los mandatos del ángel la quemarían viva. La infeliz, comprendiendo que serían muy capaces de cumplir la amenaza, se retiró a su casa

con su esposo y sus hijos; pero los indios cerraron las puertas por fuera y prendieron fuego a la casa por todos cuatro costados: todos los de adentro perecieron en las llamas. Estos desórdenes duraron cerca de dos meses.

El cura de Suin, que también lo era de Vitoncó, no supo catequizar a los indios rebeldes; antes por el contrario, permitió que los miembros de su familia entraran a estos pueblos como a tierra conquistada, robando cuanto encontraban, hasta los anacos de las mujeres, pues los indígenas se habían ocultado entre los montes. El ilustrísimo señor Padilla, obispo de Popayán, envió al padre Salamanca, quien, después de un mes de trabajos, logró al fin reducirlos por medio de la dulzura.

Las autoridades de La Plata, cabecera entonces del cantón, también intervinieron en este asunto, y enviaron una escolta de cincuenta hombres para restablecer el orden y capturar a los cabecillas principales; pero sólo a tres lograron coger; uno de ellos se fugó, otro murió repentinamente en el camino, y el tercero fué sentenciado a muerte y fusilado al año siguiente en la plaza de la ciudad de La Plata.

XIII

IDIOMA

Los páeces, que, como ya se ha dicho, en número de cerca de 15.000, viven en las ásperas breñas de Tierra Adentro, conservan su idioma en toda su pureza, y apenas si en sus frecuentes relaciones con los blancos y con los quichuas del sur de Popayán, se han apropiado uno que otro vocablo del español o del quichua, transformándolo según su fonética especial; fácilmente se reconocen unos y otros, a pesar de esta transformación, por ser tan distinta la índole de esta lengua.

El páez es el único idioma sobreviviente de los de la gran familia caribe que ocupaba el valle del alto Magdalena. Todos los demás perecieron con la Conquista, sin dejar otra huella que uno que otro nombre geográfico más o menos modificado. Indudablemente to-

das las tribus del sur del Tolima, pijaos, yalcones o cambis, timanaes, páeces, etc., hablaban una misma lengua, o mejor dicho, dialectos de un mismo idioma, estrechamente relacionados entre sí. Hoy mismo, en el Páez se cuentan varios dialectos mal definidos, notándose sobre todo el de la falda occidental de la cordillera, o sea el de Pitayó, y el de los otros pueblos sobre los cuales éste tiene la hegemonía, y el de la vertiente oriental, Mosoco, Vitoncó, Lame, Calderas, etc., que es considerado como el dialecto puro, o sea la lengua madre. Las diferencias, sin embargo, son tan pequeñas, que, propiamente hablando, no pueden estimarse suficientes para la clasificación en dialectos definidos.

Como todas las lenguas americanas, el páez pertenece a ese nuevo grupo de lenguas *polisintéticas*, creado por los lingüistas exprofesamente para ellas, una vez que no cabían dentro de ninguno de los tres grandes grupos de la antigua clasificación, aunque es con las lenguas aglutinantes con las que tienen mayores analogías. Bueno es tener presente que la clasificación lingüística es un tanto artificial, si bien es cierto que ella es exacta para las formas extremas: los dialectos chinos netamente monosilábicos y los idiomas indoeuropeos de flexión definida, la mayor parte de las lenguas de pueblos inferiores, no pueden

exclusivamente referirse a ninguno de los grupos admitidos.

A nuestro juicio, el páez es hoy una lengua completamente aislada, que no aparenta tener analogía ni con el quichua, ni con el chibcha, ni con el goajiro, ni con ninguna de las que conocemos de los pueblos suramericanos, y desde este punto de vista su estudio no carece de interés, por ser el único representante de una rama etnográfica totalmente destruída desde hace cerca de tres siglos.

El páez es una lengua pobre, en la cual abundan las aspiraciones y las consonantes fuertes, lo mismo que los sonidos guturales, silbantes y nasales. Como sucede en otras lenguas americanas, su alfabeto carece también de la *r*, cuyo sonido son incapaces de pronunciar los páeces. La mímica de la cabeza y de la fisonomía entran por mucho en el discurso; sin embargo, posee cierta dulzura, al mismo tiempo que es vigorosa y enérgica, como propia del indomable pueblo que con tanto valor rechazó la conquista de Belalcázar y de sus mejores capitanes.

No es nuestro ánimo, ni está en la índole de este trabajo, presentar por hoy un vocabulario, ni mucho menos una gramática de este idioma; pero no podemos menos de dar algunas muestras de él, tanto para poner de manifiesto su estructura general, como porque

de ellas podemos deducir algunos datos de importancia relativos al pueblo que lo conserva como idioma nacional.

NUMERACIÓN

1	Teech.	16	Czemba-teeski.
2	Eens.	17	Czemba-siete, etc.
3	Tec.	20	Eens-czemba.
4	Pans.	21	Eens-czemba teech.
5	Tats.	22	Eens czemba eens.
6	Teeski.	23	Eens-czemba tec.
7	como en español.	30	Tec czemba.
8		40	Pans czemba.
9		50	Tats czemba.
10	Czemba.	60	Teeski czemba.
11	Czemba-teech.	70	Siete czemba.
12	Czemba-eens.	80	Uchu czemba.
13	Czemba-tec.	90	Neve czemba.
14	Czemba-pans.	91	Neve czemba teech.
15	Czemba-tats.	100	Diez czemba.

Como se ve, no poseen sino las seis primeras unidades. De 7 a 9 inclusive se han apropiado los nombres españoles. Esto hace sospechar que el sistema de numeración propio no era decimal, sino docenal, modificado después por las necesidades de sus relaciones con las vecinas poblaciones civilizadas.

En la formación de los números compuestos, hasta 19, se antepone a la unidad el número de la decena, *czemba*. Las decenas, hasta 90, se forman anteponiendo a *czemba* los numerales *Teech*, *Eeen*, *Tec*, etc.

La centena se forma hoy diciendo *Diez-czemba*, o sea diez veces diez.

Claramente se ve la primitiva imperfección del sistema numeral, aumentado después de la Conquista con términos españoles.

Los páeces nunca tuvieron una cronología propia. Después de la Conquista adoptaron la división del tiempo de los españoles. Los nombres de los días de la semana son los castellanos, con excepción de los signientes:

Viernes.....	*Kjiaen.*	Domingo.....	*Kiczen.*

PARTES DEL CUERPO HUMANO

Cabeza.....	*Dyikité.*	Mano.....	*Gussa.*
Pelo.....	*Dyicas.*	Dedo de la mano.....	*Gussembits*
Ojos.....	*Yafin.*	Barriga.....	*Tuuch.*
Frente.....	*Yafincuet.*	Ombligo....	*Cham.*
Oreja.....	*Tjumué.*	Pierna.....	*Jimb.*
Nariz.....	*Ints.*	Pantorrilla..	*Ñucuet dyites.*
Boca.....	*Yuugüe.*	Rodilla.....	*Nucuet.*
Diente.....	*Quit.*	Pie.....	*Shinda.*
Barba.....	*Yuugüecas*	Dedo del pie.	*Shindembits.*
Espalda.....	*Metacu.*	Cara.....	*Yip.*
Pecho (en la mujer)....	*Chuuch.*		
Brazo.....	*Cuuta.*		

De estos nombres, muchos son compuestos. Por ejemplo: Pelo—*Dyicas*, está formado de *cas*, vello, y de *Dyi*, raíz de Dyikité, cabeza. *Dyis* es bola o cosa redonda. Esta raíz se encuentra en huevo—Dyits; en el nombre del

huila *Cuendyit*, que se descompone así: *Cuet*, altura, y *Dyit*, redonda, etc. Barba—*Yuugüecas*, formado también de *cas*, vello, y de *Yuugüe*, boca. El nombre de la frente—*Yafincuet*, expresa la posición de esta parte respecto de los ojos. Literalmente quiere decir encima de los ojos.

Dedo de la mano—Gussembits—compuesto de *bist*, punta o extremidad, y de *Gussem*, modificación de *gusa*, mano; pues en las aglutinaciones, la terminación *a* de las palabras que anteceden a *b* o a *p* se cambia en *e*. La *m* es una especie de guión para facilitar la aglutinación de dos palabras, como en *Yiombesh*—Deme agua: *Yio* es agua y *besh* la forma imperativa del verbo dar. *Quité m meñiquia*—Traiga la flor.

Dedo del pie—*Shinde m bits*, se forma de idéntica manera; lo mismo que manco—*Gusse m uch*—compuesto de *gusa*, mano, y de *uch*, falta o ausencia; si el defecto proviene del brazo, se dice *Cuutemuch*, de *Cuuta*, brazo. La misma construcción se sigue para decir cojo; si es del pie se dice *Shindemuch*, y si de la pierna *Jimbemuch*.

DEL HOMBRE

Hombre.....	*Pits.*	Mujer... ...	*Uuy.*
Muchacho...	*Güe.*	Muchacha...	*Güesa.*
Viejo.....	*Insh.*	Vieja.....	*Pensh.*

Padre.....	*Tata.*	Madre.....	*Mama.*
Hermano...	*Yactá.*	Hermana...	*Pech.*
Hijo.....	*Aikiluch.*	Tío.....	*Cajca.*
Esposo.....	*Ucuenmya.*	Esposa.....	*Uuyas.*
Gente, cuando se habla de indios..	*Nasa.*	Cuando se habla de blancos...	*Guacash.*

PRONOMBRES

Yo.....	*Aiki.*	Nosotros....	*Qüecuesht.*
Tú.....	*Ingui.*	Vosotros....	*Iqüesht.*
El.....	*Kiangui.*	Ellos.....	Kiangüesht.

Estos se emplean indistintamente como personales y como posesivos, con excepción del de la primera persona, cuyo posesivo es: *Enki.* Por ejemplo:

Mi padre.....	*Enki tata.*
Yo voy a lavarme la cara.	*Aiki ujuest yippshinshia.*
Tú estás enfermo.....	*Ingui atsat nu junca.*
Tu hermana viene... ...	*Ingui pensh yuga.*
El está enfermo.....	*Kiangui atsat nu sá.*
Su tío (de él) duerme....	*Kiangui cajca dejiatsá.*
Nosotros vamos a dormir.	*Qüecuesht myu dejia ujuek.*
Nuestro hermano está en Popayán.....	*Qüecuesht yactá Popayán usniá.*
Ustedes están con frío....	*Iqüesht etse iucument.*
Su siembra (de ustedes) de maíz está buena....	*Iqüesht cucjié egua.*
Ellos tienen hambre.....	*Kiangüesht güe menga.*
Su perro de ellos.....	*Kiangüesht alco.*

LOS COLORES

Rojo.....	*Beg.*	Amarillo....	*Lem.*
Verde y azul.	*Seiñ.*	Blanco.....	*Chijmé.*
		Negro.....	*Cuch.*

Llama la atención la escasez de nombres para designar los diversos colores; y, sobre todo, que con un mismo nombre designen al verde y al azul. ¿Será acaso que por falta de suficiente desarrollo en los órganos de la visión, estos dos colores, tan inmediatos en el espectro, los perciben de idéntica manera, siendo para ellos, por consiguiente, uno mismo? Y los que no denominan ¿será porque tampoco los perciben?

El padre Fabo ha observado que los guahivos y tunevos, de las llanuras de Casanare, confunden también el azul y el verde (1).

En este caso tendría razón el doctor Magnus cuando expuso su teoría de que la percepción de los colores del iris, conforme es hoy en las razas civilizadas, no ha sido siempre la misma; que el hombre primitivo no podía distinguir sino apenas dos o tres colores, los más intensos del espectro, que es lo que se reproduce hoy en la primera infancia de los niños de los pueblos más adelantados, quie-

---

(1) Véase *Idiomas y Etnografía de la región oriental de Colombia*, pág. 57.

nes en el curso del tiempo, y a medida que se va pecfeccionando el organismo, van percibiendo los colores restantes.

Según esta teoría, el hombre del porvenir podrá apreciar los colores que permanecen invisibles y cuya existencia sólo conocemos por sus manifestaciones químicas por medio del electroscopio.

El cielo está azul.....	*Cielo* SEIÑ *chaunsá.*
Las hojas son verdes.....	*Puitú ets* SEIÑ *ta.*
La leña está verde.....	*Equits* SEIÑ *a.*
Traiga la flor azul.....	*Quitem* SEIÑ *meñikia.*

Llama la atención la denominación que dan a la leña verde; sin duda es uno mismo el caso de asociación de ideas entre el color de las ramas y de las hojas del árbol acabado de cortar y la condición de ser en este estado poco o nada combustible. Todo, pues, induce a creer que, por un defecto de los órganos visuales, las vibraciones de los dos colores verde y azul afectan de un modo idéntico la retina del páez.

Sol.....	*Sek.*	Luna.....	*Atta.*
Aire.....	*Eeso.*	Fuego.....	*Puesaya.*
Tierra.....	*Kigüe.*	Agua.....	*Yio.*
Lluvia.....	*Nus.*	Tempestad,	
Candela.....	*Iquin.*	trueno....	*Pish.*
Frío.....	*Etse.*	Humo.....	*Aag.*

La negación se forma añadiendo a la frase afirmativa la partícula negativa *met.*

Hace el sol o alumbra el sol.....	*Sek cut sa.*
No hace sol.....	*Sek cutsa met.*
Está saliendo la luna.....	*Atta cajatsa.*
No está saliendo la luna..	*Atta cajatsa met.*
Va a llover.....	*Nus pajan.*
Está lloviendo.....	*Nus pajatsá.*
No está lloviendo.....	*Nus pajatsa met.*
Bueno.....	*Egua.*
Malo.....	*Egu met.*

Como se ve por los anteriores ejemplos, la acción presente del verbo se expresa con la terminación *sa* o *tsá*, según el caso.

La interrogación se forma con la terminación *nga.* Por ejemplo:

¿Eres casado?.....	*¿Iyunga?*
¿Quieres huevos?.....	*¿Dyits gueñinga?*
¿Cómo estás?.....	*¿Mauchanga?*

La forma ordinaria del saludo es simplemente *Maucha;* el interpelado responde invariablemente *Eucha*, o sea: bien.

Para responder afirmativamente se agrega a la frase la terminación *it.* Por ejemplo:

Sí soy casado.....	*Iyu it.*
Sí quiero huevos.....	*Güeñ it, o sea:* Sí quiero.
¿Tienes hambre?.....	*¿Güe menga?*
Sí tengo.....	*Güe it.*

¿Quieres coca?.....	*¿Esh gueñinga?*
Sí quiero.....	*Güeñ it.*
¿Quieres tabaco?.....	*¿Mueig güeñinga?*
No quiero.....	*Güe met.*

o simplemente *Ji met*, que es la frase consagrada para la negación rotunda:

Hambre.....	*Menga.*	Sed.....	*Nuñ.*
Plata.....	*Biú.*	Peso (moneda).....	*Taun.*
Ruana.....	*Ach.*	Sombrero...	*Chagüe.*

¿Cuánto vale este sombrero?.....	*¿Ná chagüe mans pacan?*
Quién sabe	*Pek miquin.*
¿Quieres cuatro pesos por esta ruana?.....	*¿Pans taun güeñinga na ach?*
¿Cuánto quieres?.....	*¿Mans güeninga?*
Este, ese..... *Na.*	Cuánto ..... *Mans.*
Hasta luego.....	*Anch pcach.*
Hasta mañana.....	*Cuscaip cach.*

NÚMERO

El páez no tiene una terminación especial para formar el plural.

Este se expresa agregando al substantivo la palabra *cuta*, o sea muchos.

Indio.....	*Nasa.*	Indios....	*Nasa cuta.*
Hombre...	*Pits.*	Hombres..	*Pits cuta.*

CONJUGACIÓN

No se puede decir que el verbo del páez tenga, propiamente hablando, una conjuga-

ción. Los tiempos y los escasos modos que posee no obedecen en su formación a reglas generales, como se ha podido ver por los ejemplos que anteceden. Como se ha dicho atrás, la entonación de la voz y los movimientos hacen variar el sentido de las frases y de las palabras.

ALGUNAS PALABRAS TOMADAS DE OTROS IDIOMAS

DEL QUICHUA		DEL ESPAÑOL	
Oveja....	*Pisha.*	Aguardiente..	*Gualènda.*
Perro	*Alco.*	Botella ...	*Llimata.*
Perra	*Alcuchca.*	Sábado...	*Sapato.*
Gato	*Mishma.*	Azúcar....	*Zucal.*
Gallina...	*Atall.*	Real (moneda)...	*Timin*, de tomín.

NOMBRES DE OTROS ANIMALES

Cerdo....	*Cuch.*	(También quiere decir negro, sucio.)
Oso	*Eshúi.*	Tigre..... *Tchicli.*
Danta.....	*Jimba cuch.*	Literalmente: pierna de cerdo.
Caballo...	*Jimba.*	De *Jimb*, pierna; aludiendo, sin duda, a la cualidad de la rapidez en la marcha, la que más los debió impresionar cuando lo conocieron.

CAPITULO IV

LOS QUILLAS O QUILLACINGAS

Cuando los afortunados conquistadores del Perú y del reino de Quito, guiados por el espíritu aventurero y por la insaciable sed de oro que los caracterizaba, dirigieron hacia el Norte sus empresas de descubrimiento y de conquista, al pasar el río Chota encontraron toda la región, hasta las altiplanicies de Tuquerres y de Pasto, densamente pobladas por tribus de la nación Quillacinga, las cuales, sin cohesión, débiles y atrasadas, fueron entonces, como lo habían sido antes, cuando las conquistas de los incas, incapaces de presentar resistencia al conquistador, cuyo yugo aceptaron con suma facilidad.

Las tribus principales eran entonces los chotas, tulcanes, tusas, ipiales, funes, yascuales, tuquerres y quillas, las cuales, como sucede en estas agrupaciones primitivas, eran

conocidas con el nombre especial del pueblo en que vivían, o sea el conjunto de chozas más o menos dispersas en las faldas de los montes. Todas hablaban el mismo idioma, el cual, según algunos etnógrafos, era distinto del quichua, o lengua de los incas, y tenían los mismos usos y unas mismas costumbres.

Sin importancia política ni social, careciendo de metales preciosos, y ocupando en lo general tierras fragosas e incultas, no llamaron la atención de los conquistadores, quienes pasaron de prisa al través de ellas, sin detenerse, como si no quisieran perder el tiempo en su afán de continuar la marcha hacia el Norte, en busca de países más ricos, tras el fantástico *Dorado*, objetivo principal que desde Quito atraía con fuerza irresistible a Belalcázar y a sus compañeros.

Los cronistas, a su turno, al tratar de estos descubrimientos, pasan también de prisa por sobre esas tribus atrasadas, empobrecidas y de ánimo apocado, limitándose a mencionar incidentalmente el dilatado territorio que ocupaban, y a decir que "eran ignorantes en todo, incultos, desaseados, que vivían sin orden ni gobierno, y que estaban desprovistos de espíritu guerrero y de ideas religiosas".

Al hablar especialmente de los quillacingas, el padre Velasco dice: "Esta nación constaba de muchas parcialidades, tan numerosas,

que parecían naciones distintas; ocupaban sus moradores vastísimos países, eran feísimos, sucios y de costumbres pésimas; tan bárbaros e incultos, que son los únicos en toda la América meridional de quienes dice Chieca no tenían vestigio alguno de religión (1).

Con ser de tan escaso valor histórico, aun cuando fueran exageradas tales apreciaciones, los quillas no carecen de importancia, desde el punto de vista de la etnografía americana.

En efecto: sus tribus parecen estar estrechamente relacionadas con las más antiguas de la gran familia andina, y en épocas remotas debieron ocupar gran parte de los Andes equinocciales, desde el Perú hasta el sur de Colombia, en lo que hoy es el Departamento de Nariño, y quizá llegaron más al Norte todavía. Más tarde, quizá en tiempos del antiguo imperio de Tiahuanacu, cuando principió la expansión de la raza quichua, sus emigraciones se extendieron hasta el centro del territorio ecuatoriano, y al contacto de una raza superior, los quillas, menos aventajados, fueron desapareciendo; de ellos sólo quedaron, como islotes, en una región sumergida, tribus pequeñas, aisladas y miserables, en muchas de las cuales se conservó a través de los tiem-

(1) *Historia del reino de Quito*, tomo II, pág. 48.

pos la voz *quilla*, raíz del nombre nacional de la raza (1). En el Perú, los quillaguas, cerca del lago de Aullagas, al sur de Tacna; los quillcas, en Guayaquil; quillacos, en Alausí; quillcas, en Ibarra; quillacingas, en Pasto y en Tuquerres; quillas, en Almaguer; todos ellos restos dispersos de una antigua raza, cuyas parcialidades, incapaces de constituir un solo cuerpo de nación, vivían alejadas y sin relaciones las unas con las otras. A ella debió pertenecer el antiguo reino de los quitus, situado en el centro de tan vasto territorio, estado el más importante que fundó esta

(1) Quilla en quichua quiere decir Luna. El señor González Suárez opina que el nombre de Quillacingas se lo dieron los incas a las tribus de esta raza, que encontraron al norte del Chota, «por el adorno que los varones llevaban siempre colgado de la nariz, como quien dice, los que traen una luna en la nariz». *(Notas Arqueológicas*, pág. 98.) No obstante el respeto que nos merece la opinión del ilustrado arzobispo de Quito, no podemos menos de considerar como demasiado aventurada semejante hipótesis, tanto porque la voz quilla, como lo veremos adelante, no era exclusiva del nombre de los quillacingas, puesto que se encontraba en los de otras muchas tribus o naciones distintas y separadas de ella por distancias considerables, como porque el adorno a que se alude, o sea la nariguera, de uso general entre aborígenes americanos, era siempre de metal, de oro más o menos fino, y todos los cronistas están de acuerdo en el relato que hacen de la pobreza y del atraso de esta nación.

raza débil y atrasada, cuya unidad nacional, o más bien racial, fué rota en más de una ocasión por puntos diferentes y por conquistadores pertenecientes a las más diferentes razas.

Estratas primeras de la humana sociedad, estas razas primitivas están condenadas a desaparecer ante pueblos nuevos, más fuertes y activos, los cuales, a su turno, en la constante evolución de la humanidad, tras de un perfeccionamiento cuyo término quizá no le será dado alcanzar, deben perecer para dejar el campo a otros más recientes, de mayores energías, de acción más intensa y de más altos ideales.

Las colonias quichuas que en tiempos lejanos se fijaron entre los quillas del Ecuador, debieron seguir en relaciones con su país de origen; así se explica que cuando los últimos incas hicieron la conquista de Quito, se sorprendieron al encontrar en gran parte de los países conquistados su mismo idioma, aunque modificado, y las mismas costumbres del Cuzco, pero menos refinadas.

Algunos autores afirman que el quichua era el idioma propio de las tribus o naciones que poblaban el territorio del Ecuador, y que era allí en donde se hablaba en su primitiva sencillez, mientras que otros, entre ellos el señor González Suárez, aseguran que fué importado al Ecuador por los incas, e impuesto a los

vencidos como idioma oficial. Quizá unos y otros tengan razón. Seguramente habría tribus o naciones de antigua extracción quichua, en las cuales el idioma, como siempre sucede en estos casos, se habría conservado en su primitiva sencillez, en tanto que a otras pertenecientes a la raza autóctona, que hablaban lengua diferente, les impuso el conquistador su propio idioma.

Lo que sí parece cierto es que el quichua no se hablaba al norte del río Chota; esto es, en el territorio de los quillacingas, quienes sin industria, sin comercio, y viviendo a gran distancia de la cultura peruana, fueron mirados con desdén por los incas, y conservaron, aunque ya ligeramente alterado, su idioma propio, hasta que la conquista española, por medio de los encomenderos, y más todavía de los curas doctrineros, les impuso el castellano, que destrozaron a su antojo, mezclándolo con voces quichuas traídas por yanaconas y mitimaes originarios de pueblos meridionales, y quizá también con otras pertenecientes a la ruda lengua materna. Algunos nombres geográficos de evidente origen quichua, como Huillquipamba, Chaguarbamba, etc., de lugares de la región de Pasto, debieron ser impuestos en tiempo de las conquistas de Hayna Capac, y conservados por los españoles, a quienes era familiar ya el idioma peruano.

Posteriormente a esas antiguas invasiones quichuas, tal vez antes del siglo VIII de nuestra era, comenzaron a llegar a las costas del Pacífico las primeras oleadas de la incontenible invasión caribe, la cual, sin dificultad, arrolló en todas partes a los tímidos quillas.

Por la hoya del Patia subieron los cahuas y patias, que se establecieron en ella, y antes los feroces pachanchicas, matabeles y abades, cuyas hordas llegaron hasta las ásperas breñas que dominan el sitio en donde siglos más tarde fundó Belalcázar la ciudad de Madrigal, la cual, poco después, se vió obligado a abandonar, debido a las tenaces acometidas de tan formidables vecinos.

Más al Sur, otros caribes se establecieron en las costas de Esmeraldas, y después de sucesivas emigraciones llegaron a las tierras altas de los quitus, en donde, según algunos historiadores, fundaron el Estado de los caras. Por todos los ríos, en toda la extensión de la costa, hasta Guayaquil, los invasores caribes se internaron en el país, fraccionando más todavía la ya rota continuidad del pueblo quilla, cuyo carácter tímido y pusilánime hacía contraste con el de los invasores, quienes conservaban intactos los rasgos esenciales de la raza: belicosos, aguerridos y sanguinarios. Todos eran antropófagos y acostumbraban a deformar la cabeza de los niños para dar a

sus guerreros aspecto terrible y espantoso. Como los de las costas de Cartagena, como los de Chocó y como los de Corrones, del valle del Cauca, llenaban de paja y ceniza los pellejos de los prisioneros que habían sacrificado para sus festines, y los conservaban en sus adoratorios o en el interior de sus propias habitaciones.

Cabe aquí hacer algunas reflexiones sobre la invasión de los caribes a Quito. El señor González Suárez, en su folleto *Notas Arqueológicas*, y el señor Jijón Caamaño, en su obra *Aborígenes de Imbabura*, consideran que no tiene fundamento alguno histórico la relación que de los caras y del reino de los scyris hace el padre Velasco en su *Historia del reino de Quito*. A nuestro juicio, bien puede ser que no hayan existido los scyris, y que todo lo que de ellos dice el mencionado historiador no pase de ser una fábula; pero lo que no puede ponerse en duda es el hecho de que invasiones caribes llegaron al Ecuador, lo mismo que al sur de Colombia; unas, por mar, a las costas del Pacífico, y otras, por el Oriente, subiendo los grandes ríos de la región amazónica. Los que llegaron a la costa de Esmeraldas, y se fijaron en la bahía de Caraquez, voz derivada de la raíz *cara*, que era el nombre nacional de la raza, bien pudieron designarse ellos y ser designados por los abo-

rígenes con ese mismo nombre genérico. Esos mismos caribes o caras, de Caranques, al invadir las altas mesas de la actual provincia de Ríobamba, fundaron varios Estados, entre ellos el de los caranquis, cuya sangre caribe, además de la raíz del nombre de la tribu, se reconoce en el valor y en la energía con que resistieron la conquista de los incas. Unidos a los restos del ejército de los quitus, combatieron valerosamente y con el mayor denuedo en las márgenes del Yahuacocha, y exasperado Huayna Capac con tan porfiada resistencia, hizo pasar a cuchillo a los vencidos y arrojar los cadáveres al lago, el cual, desde entonces, recibió el nombre que tiene actualmente, que, traducido del quichua, quiere decir Lago de Sangre. El cráneo de uno de esos desgraciados, encontrado hace poco tiempo y estudiado por el señor Jijón Caamaño, presenta la deformación tan usada por los caribes, lo cual corrobora lo que dejamos dicho respecto a los caranquis. El mismo autor, en su ya citada obra, publica el grabado de siete cráneos más, también deformados, encontrados en las *Tolas* de la región de Urcuqui, en la provincia de Imbabura (1). Sabido es que la extraña costumbre de deformar el cráneo de

(1) *Aborígenes de Imbabura*, páginas 221-240 y siguientes.

los recién nacidos, aunque usada por algunas tribus peruanas de la costa, es también característica de los pueblos de raza caribe.

Sea, pues, cual fuese la verdad en lo relativo al reino de los Scyris, queda por lo menos establecido que tribus caribes o caras llegaron a las costas del Ecuador, de donde más tarde se extendieron por las tierras altas. Fueron esas tribus, por cuyas venas corría una buena dosis de sangre de esa raza altiva y valerosa, las que opusieron tenaz resistencia a la conquista de los incas.

Hemos entrado en estas digresiones porque, tanto en lo antiguo como en lo moderno, la historia de las provincias del norte de la República del Ecuador está íntimamente unida a la del sur de Colombia, de tal modo que no se puede tratar la una separadamente de la otra.

Siglos después de estas invasiones caribes, los incas del último período, primero, Tupac Yupanqui, y en seguida Huayna Capac, el gran conquistador, sojuzgaron a los quillacingas, llevando sus armas victoriosas, según algunos historiadores, hasta el Angas Mayu; sólo hasta Pasto, según otros. Probablemente estas tribus quillas, apocadas y tímidas de por sí, a la sola presencia del inca, a quien, como hijo del Sol, consideraban de naturaleza divina, se le sometieron de buena gana y le

juraron obediencia, con lo cual modificaron su nombre primitivo, agregándole la palabra Inca, como para decir que eran quillas del inca o que pertenecían al inca. Desde entonces en la corte de Quito, primero al servicio de Huayna Capac, y después al de Atahualpa, siempre hubo yanaconas o sirvientes de la tribu de los Pastos, que era la menos inculta de la nación quillacinga. Fué en esa época, como ya lo observamos, que se dió nombre quichua a muchos lugares de la provincia de Pasto.

De las antiguas tribus quillas, puede decirse que sólo los quillacingas han sobrevivido al naufragio de la raza. Sus descendientes ocupan las tierras altas de la provincia del Caechi, en el Ecuador, y del Departamento de Nariño, en Colombia. Aislados en un territorio fragoso, desprovistos de vías de comunicación fáciles y expeditas, y defendidos por riscos casi inaccesibles, fueron incapaces de recibir la cultura incásica, como han sido refractarios a la española que trajeron los conquistadores, la cual, estacionaria por las mismas condiciones especiales de la región, poco ha seguido la evolución de los tiempos y es casi la misma de esa época lejana. De ella han aprendido algunas labores agrícolas y pequeñas industrias manuales; en cambio, perdieron su idioma, para reemplazarlo con una mezcla bárbara de castellano arcaico o dege-

nerado y de quichua imperfecto. De la santa religión de Cristo sólo entienden que deben obedecer ciega y pasivamente a sus párrocos y asistir a las ceremonias del culto externo, las cuales en sus rudimentarias imaginaciones relacionan con las vagas creencias y con las supersticiones heredadas de sus mayores. Con persistencia tenaz conservan los caracteres desgraciados que los antiguos cronistas han asignado a la raza: abyectos e incultos, desaseados y perezosos.

Hablando de los antiguos quillacos, de Guasuntos y de Alausí, el cronista de los incas dice que eran tan menguados y tan miserables, que vivían siempre temerosos de que les faltara la tierra, el agua y hasta el aire; y tan sucios y perezosos, que el inca, para obligarlos al trabajo, les impuso el tributo de entregar cada cierto tiempo cañutillos de pluma llenos de los parásitos que se criaban en sus cuerpos desaseados" (1).

Y cuando Huayna Capac con su sola presencia redujo a los quillacingas de Pasto, les impuso el mismo tributo, y por la misma causa, que su padre había impuesto años atrás a los abyectos quillacos (2).

---

(1) GONZÁLEZ SUÁREZ: *Historia general del Ecuador*, tomo I, pág. 48.

(2) PIEDRAHITA: *Conquista del Nuevo Reino*, pág. 83.

Coincidencia que por sí sola sería suficiente para poner en evidencia los estrechos vínculos de raza, que a pesar de la gran distancia que los separaba, unía a los quillas de Pasto y de Alausí, y que viene a confirmar cuanto hemos dicho respecto a la extensión que en épocas remotas tuvo esta nación.

Hoy todavía, después de cerca de cuatro siglos de estar en contacto inmediato con la civilización europea, las poblaciones quillas se encuentran sumidas en la mayor abyección y en la más completa ignorancia: no solamente conservan los defectos inherentes a la raza, sino que de ellos se han contaminado en forma repugnante las gentes mestizas y aun de raza blanca que entre ellos viven. Recuérdese, si no, lo que refiere don José María Cordovez en sus "Reminiscencias", en *Un viaje de recreo*, de cómo él y uno de sus amigos se desilusionaron en Tuquerres de una linda *ñapanga* (1) al verla coger y llevarse a la boca los parásitos que se criaban en la enmarañada cabellera de una india que tenía recostada en el regazo; lo cual, entre las gentes del pueblo de esa región, se mira como cosa natural, por considerarse como artículo de comercio el

(1) Joven blanca o mestiza de la clase del pueblo.

alquilar la cabeza a quienes quieren darse el gusto que se daba la ñapanga a que se refiere el señor Cordovez.

No menos deplorable es el grado de abyección y de miseria a que se halla reducida la población indígena de estas comarcas. Ni los beneficios de la instrucción, aun la más elemental, ni los dones que dimanan de los principios de libertad y democracia proclamados por la República, han llegado hasta esos infelices, quienes, recargados de toda clase de obligaciones y de tributos en la hacienda a que pertenecen, ganando jornales irrisorios, si es que los ganan, quedan, en virtud de préstamos usurarios y no pocas veces ficticios, arraigados a la tierra ellos y sus descendientes, y convertidos en verdaderos rebaños humanos, a merced de amos ávidos y despiadados, a quienes tienen por seres sobrehumanos y tributan honores casi divinos. Su condición es más desgraciada y abyecta que la de los antiguos esclavos. Cuando el amo se presenta, aun cuando pase de lejos al trote de su caballo, los grupos de indios suspenden sus quehaceres y ancianos, mujeres y niños caen de rodillas, y con las manos puestas rezan humildes el bendito; el que tal no hiciere, tendría que arrepentirse muy pronto de tamaña rebeldía; las cargas se le aumentarían hasta hacerse insoportables, y lloverían

sobre él, su mujer y sus hijos los más duros tratamientos.

Deber ineludible de humanidad y de civismo es para la República tratar de mejorar y de levantar el nivel moral y social de esta raza infeliz y desgraciada.

Al lado de estos quillas tímidos y apocados, han vivido en las cercanías de Pasto otros indios de carácter agresivo y huraño, valerosos llegado el caso, y que tienen en poco la vida humana. Son éstos los descendientes de los matabeles, de los pachanchicas y de los abades, caribes feroces y temibles que subiendo por el Patía, siglos antes, ocuparon esa región. Fueron ellos los que formaron el núcleo de las célebres guerrillas que a órdenes de Boves, de Merchancano y de Agualongo guerrearon en defensa del Rey con salvaje tenacidad. Ellos, los que en 1813 cerraron a Nariño en las puertas de Pasto el camino glorioso que lo conducía a la victoria definitiva. Ellos, los que acosaron a los mejores ejércitos de la República, en una guerra sin cuartel; los que sorprendían a los rezagados y llevándolos por vías extraviadas adelante de la vanguardia, los colgaban de los árboles de la orilla del camino, para que al continuar la marcha los republicanos, encontraran meciéndose en el aire los cadáveres de sus compañeros. Ellos, los que en 1823 pusieron en

jaque al mismo Sucre, y los que en el callejón de Santiago, armados de palos y de cuchillos, derrotaron a Flórez y a Obando; y, por último, los que convertidos en instrumento ciego de políticos ambiciosos y de algunos frailes ecuatorianos, sostuvieron en 1840, a órdenes del feroz Noguera, de Estanislao España y de otros jefes de la laya, guerra tenaz por más de tres años, durante los cuales sangre granadina inundó las breñas de esa región semisalvaje. Fué preciso que desaparecieran tres generaciones sucesivas de tan formidables guerrilleros para que volviera la calma a esos apartados lugares, en los cuales puede decirse que de la raza indígena sólo quedan hoy los descendientes de los pacíficos quillas.

Castellamare, Mayo de 1919.

LOS TAYRONAS

El viajero que en una limpia mañana de verano cruza el mar de las Antillas frente a las costas colombianas, no puede menos de contemplar con admiración el grandioso espectáculo que a lo lejos ofrece imponente mole sobre cuyas bases azuladas, cubiertas por exuberante floresta tropical, se levantan en gigantescos escalones abruptos y escarpados cantiles, cuyos picos, coronados por argentina nieve que refleja los colores del iris, se destacan sobre el azul del cielo a más de 5.300 metros sobre el nivel del mar.

Esta es la Sierra Nevada de Santa Marta, majestuoso macizo de formación granítica, independiente de la cordillera de los Andes, de la cual está separado por ancho surco que en épocas anteriores debió ser el cauce por donde el caudaloso Magdalena arrojaba sus aguas al mar Caribe.

Si por el lado del mar la Sierra es tan escar-

pada, hacia el Sur y hacia el Oriente las cimas decrecen en suaves ondulaciones que dan origen a valles fértiles y risueños, profusamente regados por las aguas que se desprenden de las nevadas cumbres; en tanto que en los rocallosos flancos existen ricos minerales de oro y «abundantes canteras o minas de pórfidos y mármoles jaspeados, cuarzos de color, cornarinas, piedras de sangre y de riñón y otras muchas que los primitivos pobladores labran con extraordinario arte y curiosidad para el arreo de sus mujeres» (1).

En la época de la Conquista la Sierra estaba densamente poblada por una nación rica, valerosa y aguerrida: los indomables *tayronas*, que tan heroica resistencia opusieron a la invasión española. No obstante las señaladas victorias que obtuvieron sobre el invasor, al fin, después de cincuenta años de guerra implacable a sangre y fuego, la tenacidad ibera, sin cesar renovada con nuevos arribos de gente, pudo vencerlos; pero, donde antes existían poblaciones numerosas y florecientes, el conquistador sólo encontró campos desiertos y ruinas humeantes de ciudades incendiadas.

La lucha sólo terminó cuando el último de los tayronas hubo disparado el último dardo

(1) PIEDRAHITA: *Historia del Nuevo Reino*, pág. 47.

de su tangal. Así desapareció en el curso de medio siglo esta raza altiva, enérgica y laboriosa; de ella sólo queda el recuerdo de sus riquezas y la memoria de sus hazañas. Por el mucho oro que poseían, los antiguos cronistas los ponían al nivel de los opulentos zenues o de los ricos quimbayas, y por el valor y el denuedo con que defendieron su independencia los igualaron a los temidos pijaos del Nuevo Reino y a los célebres araucanos, cantados por Ercilla.

De las relaciones de los antiguos cronistas se desprende que los tayronas eran una tribu o parcialidad de la agrupación caribe que ocupaba la Sierra Nevada y gran parte de las tierras bajas de los contornos. Sabido es que las naciones pertenecientes a esta raza están formadas por tribus o parcialidades que, aun cuando gozan de completa autonomía en todo lo relativo a su política interna, se unen y confederan para resolver los asuntos de carácter nacional, en la paz o en la guerra, bajo la dirección del jefe de más prestigio, bien sea por su astucia y su valor, por la antigüedad y nobleza de la familia a que pertenece o por la riqueza y poderío de la tribu o parcialidad que gobierna. De ello, la historia de la Conquista ofrece ejemplos numerosos, y hoy todavía puede observarse ese sistema de confederación en algunas de las pocas tribus de

raza caribe que subsisten, como, por ejemplo, en los páeces de Tierra Adentro (1).

Como la tribu de los tayronas era la más rica y adelantada de esa región, ejercía una especie de dominio, no solamente sobre las demás de la Sierra, sino también sobre las de las tierras bajas vecinas, llegando algunos cronistas a decir que su poder—lo que no es creíble—se extendía hasta el mismo golfo de Urabá, cuyas tribus, pertenecientes también a la raza caribe, estaban bajo la protección de los poderosos tayronas y sometidos a sus armás afortunadas (2).

Algunas afinidades filológicas que son algo más que simples coincidencias, permiten suponer que entre tayronas y guaraníes había ciertos vínculos de parentesco, o más bien comunidad de origen.

En efecto: la raíz del nombre tayrona parece venir del guaraní o tupi, en cuyo idioma *tayra* significa hijo (3), y en la índole de estos pueblos está dar a sus tribus nombres de ascendencia o descendencia.

El mismo autor, ya citado, dice lo siguiente:

«Estimo, lógicamente hablando, que este nombre *tupi* es el nombre nacional; unos se

(1) Véase el estudio sobre los páeces.

(2) PIEDRAHITA: op. cit., pág. 47.

(3) Véase RUIZ MONTOYA: *Arte de la lengua guaraní*, página 1.

decían *tupinambas* o varoniles, otros se llamaban *tamayos* o abuelos, y otros, sus descendientes, *temininos* o nietos (1).

Siendo esto así, no tendría nada de extraño que una tribu tupi, como a sí misma se llama la raza en cuyo idioma tayra quiere decir hijo, tomara esta palabra para adornar con ella su nombre genérico. Debe recordarse que en las vecindades de la Sierra Nevada y cerca de los tayronas vivía una tribu importante, conocida con el nombre de *tupes*, la cual fué por muchos años el terror de las fundaciones españolas del Valle Dupar. Dos caciques de la Sierra Nevada, de los que mayor resistencia presentaron a los españoles, llamados Tupiparaboa y Tupiparaguana, tienen en los nombres la raíz del nombre nacional de los guaraníes.

Además, una de las tribus de la nación tayrona tenía la singular costumbre de deformarse el lóbulo de las orejas, agrandándolo hasta dejarlo «del tamaño de un platillo», como dice el padre Simón, costumbre idéntica a la de la tribu del río Putumayo, perteneciente a la nación guaraní, conocida, como la del Valle Dupar, con el nombre de *orejones*, que por esa circunstancia les dieron los españoles a la una y a la otra.

---

(1) Introducción al Vocabulario, pág. 7.

El nombre nacional de estos indios orejones de la Sierra Nevada es el de *tomocos*, palabra que tiene un pronunciado sabor guaraní. Digno también de llamar la atención es el hecho de que den el nombre de *tupe* al templo o caney grande «en que se juntan para rendir adoración y pedir vaticinios a un gran ídolo de figura humana que en sus fiestas adornaban con flores y hojas aromáticas, y al cual ponían en la cabeza un turbante de vistosas plumas, y en la mano el arco y la flecha tradicionales» (1).

Los tayronas tenían las mismas cualidades y adolecían de los mismos defectos que caracterizaban a los pueblos de raza caribe: el mismo valor y la misma fiereza para defender su independencia; los mismos ardides de guerra y la misma táctica en los combates, presentándose en cerrados escuadrones, «como los tudescos», según decían los conquistadores que habían estado en las guerras de Flandes; y eran maestros en el arte de preparar los sutiles venenos con que emponzoñaban las flechas, cuya herida causaba la muerte en medio de los más grandes sufrimientos.

---

(1) Nicolás de la Rosa: *Floresta de Santa Marta*, página 206.

Fray Pedro de Aguado, cronista contemporáneo, dice a este respecto: «Solamente que la flecha hiciese un pequeño rasguño en la carne de que tocase o saliese sangre, era irremediable el mal y herida, porque cundiendo la ponzoña por la sangre adelante, les llegaba dentro de veinticuatro horas al corazón, donde, reinando con más fuerza la ponzoña de la hierba, causaba en los hombres unos temblores y alborotamiento del cuerpo y privación del juicio que les hacía decir cosas temerarias y espantosas, y de fe dudosa para hombres que se estaban muriendo, y al fin morían con una manera de desesperación que incitaba a los vivos a darse ellos propios la muerte que esperarla de aquella suerte.»

Como todos los caribes, los tayronas tenían hábitos canibalescos. Sus trompetas de guerra las hacían con las canillas de los enemigos muertos en los combates. A los heridos y prisioneros los sacrificaban sin piedad; y como los caribes de Cartagena, del Darién, del Valle del Cauca y de Guayaqui, con las pieles, henchidas de paja o de ceniza, hacían trofeos que colocaban en los cercados de sus habitaciones y a la entrada de los pueblos. Esta fué la suerte que corrieron los infelices compañeros de García de Lerma que cayeron en poder del cacique de Pocigueyca, la populosa capital de los tayronas.

Dueños los tayronas de las ricas minas de oro de Buritaca y de las que después se llamaron de Córdoba y de Sevilla, eran orfebres y joyeros habilísimos. Sus talleres de fundición eran afamados en las vecinas comarcas, especialmente los de la ciudad de Bondigua, rica población adonde las tribus de los contornos acudían a llevar el oro para fabricar sus ídolos y amuletos o para convertirlo en joyas o en otros adornos de uso personal. En ellos fueron fabricadas las diademas, orejeras, narigueras y los petos y brazaletes que poseían las tribus, con cuyos despojos García de Lerma, Badillo y el feroz Alfinger amontonaron tesoros apenas creíbles.

Baste para ello saber que en rápida campaña de treinta días, don Pedro de Lerma, sobrino del gobernador de Santa Marta, pudo recoger más de 60.000 castellanos de oro fino, contándose entre ellos una pieza que por sí sola pesó más de 600, esto sin contar con las muchas joyas que ocultaron los soldados. Días después, el capitán Alonso Martín recogió en una sola entrada más de 90.000 pesos, y Pedro de Soria, en pocos días, algo más de 30.000. La riqueza de la tierra era tal, que, al decir del historiador Castellanos, los caciques de la Ramada pagaban su tributo llenando una caja grande con joyas de oro fino, y los intersticios que quedaban los tapaban con oro menudo.

Las grandes narigueras, hechas con hilo de oro fino, trenzado en elegantes dibujos que se han encontrado cerca del pueblo de Heredia, sobre el río Magdalena, lo mismo que otras piezas artísticamente trabajadas, demuestran que, por lo menos, hasta allí llegó la influencia del arte tayrona.

Como todos los pueblos primitivos, así del antiguo como del nuevo mundo, enterraban a sus muertos con todo lo que pudieran necesitar en el largo y misterioso viaje que iban a emprender, y antes de darles la última despedida, con mano piadosa depositaban en la cámara mortuoria, junto con algunos alimentos, las armas que le habrían de servir para la caza o para defenderse de posibles enemigos y las joyas y adornos que poseía, de modo que pudiera presentarse decorosamente en las tierras desconocidas hacia donde la muerte lo conducía.

De aquí que, en la época de la Conquista, en Santa Marta, lo mismo que en las llanuras del Sinú, excavar las sepulturas de los pueblos de la Sierra para despojar a los muertos de las joyas que tenían, se hubiera convertido en industria tan lucrativa como la de arrasar las poblaciones y arrebatar los tesoros de los vivos.

El gobernador García de Lerma, en informe que rindió al rey de España en Marzo

de 1519, dice que de las sepulturas antiguas que vaciaron los canteros que llevó para construir la casa de la Gobernación se extrajeron más de 12.000 pesos en alhajas de oro fino; y uno de los cargos que a este conquistador hicieron sus tenientes fué el de no permitir a los soldados que excavaran sepulturas sin que le dieran la mitad de los tesoros que se encontraran. También se quejaban de que de manera oculta hacía excavar en sólo su provecho aquellas que tenían apariencia de contener mayores riquezas.

Los buscadores de esta clase de tesoros fundían inmediatamente las alhajas de oro que encontraban y los demás objetos, que miraban con el menosprecio propio de la época, pues que no existía el interés científico que hoy despiertan, los destruían o abandonaban, perdiéndose para siempre de esta manera elementos de la más grande importancia para el estudio de la etnografía precolombina y para la reconstrucción de la cultura de esta raza singular, cuya influencia se extendió hasta el Valle Dupar y a las comarcas vecinas ribereñas del bajo Magdalena.

Los tayronas no solamente eran expertos joyeros y fundidores, sino también muy hábiles en el arte de trabajar las piedras finas,

en que abundaba su territorio: jaspes, cornalinas y otras variedades de cuarzos que tallaban en forma de cuentas para hacer las gargantillas, los brazaletes y las ajorcas con que se adornaban sus mujeres.

En tumbas recientemente cavadas en la Sierra, no lejos de Santa Marta, se han encontrado botones de diversos tamaños muy bien hechos y pulimentados, con la apreciada tuma de los guajiros, cuarzo rodado teñido de rojo que en algunos tiene la pureza y la transparencia de la cornalina. Estos botones son iguales en la forma a los que hoy la industria moderna fabrica de concha, de hueso o de marfil vegetal. Como éstos, son de tamaños y de formas variadas; pero en lo general sólo tienen dos agujeros para pasar el hilo que los sujeta a la tela. Unos son pequeños discos de un centímetro de diámetro. En la cara inferior las dos perforaciones son separadas y son convergentes hacia una pequeña cavidad que las recibe en la cara superior; otros, más pequeños, son semiesféricos, pero la disposición de los agujeros es la misma de los otros. Uno de los que poseemos, de esta forma, está sin acabar de hacer; las dos perforaciones están bien marcadas en la cara inferior; pero no alcanzan a pasar a la superior, en la cual se ve que se había principiado el trabajo que debía completar la perforación.

Estos botones, lo mismo que los que hoy se usan, no podían servir a los tayronas sino para asegurar ciertas prendas del vestido, lo cual da lugar a interesantes deducciones y suposiciones respecto de las costumbres y de la cultura de esta tribu. No es menos sorprendente que gentes que no conocían el acero y que carecían de maquinaria, pudieran trabajar la cornalina y el cuarzo de manera tan perfecta. Apenas puede calcularse la suma de paciencia y de labor que implica la fabricación de estos botones en condiciones semejantes, los cuales, por tanto, debían ser apreciados como joyas que sólo podían estar al alcance de los ricos y poderosos.

Según refiere el R. Padre Real de Gandía, perteneciente a las Misiones de la Nevada y la Guajira, en antiguas sepulturas de la Sierra se han encontrado columnas de jaspe, "tan primorosamente labradas como no las haría más perfectas un consumado artífice". Estas obras pertenecen a la antigua civilización tayrona, pues los miserables arhuacos que hoy habitan esa región son incapaces de labrar la piedra y ni siquiera tienen la más remota idea del pueblo al cual pertenecen esas sepulturas.

Desde este punto de vista, los pueblos que habitaban la Sierra Nevada al tiempo de la Conquista española, tenían una cultura muy

superior a la de los chibchas, nación que es considerada como la más culta de las que poblaban en esa época el territorio del virreinato, pues según puede juzgarse por los escasos vestigios que nos han quedado de los tayronas, esta raza labraba la piedra con rara perfección y levantaba construcciones de mampostería.

Veamos algunos de esos vestigios. En el año de 1886 decretó el Gobierno la fundación de una colonia agrícola en las faldas de la Sierra Nevada, en sitio de clima sano y fresco, en donde los habitantes de Santa Marta pudieran pasar la época de los grandes calores, y al efecto se despachó para elegir el lugar más conveniente una Comisión de la cual hacia parte, como ingeniero, el doctor Leoncio B. Atuesta, quien, en medio de los bosques seculares que hoy cubren las vegas del río Gaira, encontró a ocho leguas de Santa Marta, adelante de la hacienda de Minca, vestigios de una antigua población indígena, abandonada desde muchos siglos antes, y cerca de allí descubrió "una mesa de piedra de rara belleza artística—son sus palabras—, la cual pesa, según sus cálculos, cerca de media tonelada". La mesa, según el dibujo que tomó el doctor Atuesta, es semiovalada y se

apoya sobre cuatro pies labrados y bien dibujados.

Este hermoso objeto de piedra indica una cultura muy avanzada. Seguramente exploraciones arqueológicas serias y llevadas a cabo con los elementos necesarios, darían por resultado hallazgos de otros objetos de gran valor científico para la arqueología y la prehistoria americana, pues debe suponerse que el pueblo que fué capaz de hacer una obra de esta naturaleza haría otras muchas, también de piedra, las cuales deben encontrarse no lejos de ese sitio, cubiertas por la selva tropical que se desarrolló sobre las ruinas de la destruída población, como sucedió en la importante estación arqueológica de San Agustín o en las ruinas misteriosas de las ciudades prehistóricas de Centro-América y del Perú.

Vestigios de la antigua raza tayrona son los que se encuentran en la pequeña serranía, hoy cubierta de espinos y de maleza casi impenetrable, situada detrás de la población de Heredia, y que forma la especie de cinta de tierra que separa el río Magdalena de la ciénaga de Sampuyán. En toda la extensión de la pequeña serranía, que apenas tiene de 150 a 200 metros de altura, se encuentran gruesas capas formadas por pedazos de loza de barro cocido y numerosas piedras de moler de tamaños

diversos. Tanto el lomo como las faldas de la colina, están tallados en planos horizontales superpuestos, hechos así para el asiento de las habitaciones, costumbre igual a la de los páeces y a la de los antiguos pobladores de la Cordillera Central. Allí se encuentran numerosos despojos de conchas de caracol y de espinas de pescado, el cual con el maíz era la base de alimentación de esas gentes. Numerosas depresiones, de forma rectangular, indican el sitio de las sepulturas en donde depositaban los muertos. De ellas, las que están situadas en los flancos arcillosos de la colina, y que han sido lavadas por los aguaceros torrenciales propios de esas regiones, provienen los objetos de oro, de labor muy delicada, que con frecuencia se encuentran al pie de la colina.

En la cima de la eminencia más alta (200 metros de altura), llamada cerro de *Gaira*, nombre idéntico al de una importante tribu de las vecindades de Santa Marta, se levantaba el templo adoratorio de esta población, del cual apenas quedan los cimientos y pequeña parte de los muros. Medía 23 metros de largo por 14 de ancho; las paredes estaban hechas con grandes piedras sobrepuestas. En el centro del cuadrilátero está colocada una gran piedra en la forma de las comunes de moler; quizás servía para recibir las ofrendas o para

hacer los sacrificios, y en uno de los ángulos, con la cara vuelta hacia la piedra, había un ídolo de forma singular.

Es un bloque cónico de asperón durísimo, en cuya extremidad está tallada una cara impasible, de ojos pequeños y severa mirada, de nariz recta, cabeza puntiaguda y ancha base maxilar; está formada por una entalladura o corte de tan perfecta ejecución, que sorprende cómo pudo hacerla el artífice en roca de tanta dureza, que cuando tratamos de sacarle de la base un pedazo con un martillo de acero, saltaron partículas de éste, sin lograr partir la piedra. ¿Con qué herramienta o por qué procedimiento se pudo tallar esta durísima roca como si fuera blanda pasta?

El ídolo mide 1 metro y 20 centímetros de alto y pesa 250 kilos. La forma cilíndrica que tiene, terminada por la cabeza cónica y con la gran entalladura que pone de relieve la cara, le da la apariencia de un *phallo* gigantesco. El estilo de la escultura es enteramente diferente del de las estatuas de San Agustín y de Tihuanacu, lo mismo que del de las de Centro-América y Yucatán.

El estudio de estas ruinas es del más alto interés para la arqueología colombiana, por ser las únicas de construcción de piedra de época precolombina que actualmente existen en nuestro territorio, fuera de las de origen

incásico que hay en el Departamento de Nariño, pues las que el mariscal Robledo encontró en lo más intrincado de las montañas de Antioquia desaparecieron probablemente poco después de la Conquista, toda vez que en época posterior no se ha vuelto a hacer mención de ellas.

Dada la índole general del sistema religioso de los pueblos primitivos, y especialmente de los americanos, esta construcción debía servir al mismo tiempo de templo y de observatorio. Efectivamente: situado en la cima culminante de la pequeña serranía y dominando el ilimitado y espléndido horizonte de las sabanas que surcan el Magdalena, podía desde allí el sacerdote astrónomo observar atentamente la marcha inmutable de los astros, por la cual se regulaba la vida civil y religiosa de ese pueblo.

De los hechos anotados se deduce que en este lugar existió una población rica, industriosa y comercial cuyos artífices trabajaban con habilidad el oro y el cobre; que sabían labrar la piedra, aun la más dura roca; que levantaban edificios de mampostería; que tenían un sistema religioso con templos para sus dioses y con sacerdotes para el culto; todo lo cual revela un estado social regularmente avanzado.

Estas circunstancias, unidas a la coinciden-

cia del nombre de *Gaira* y a los vestigios del culto phallico, inducen a creer que esta población hacía parte de la confederación tayrona, cuyo núcleo principal estaba en la Sierra Nevada, pues en tumbas recientemente excavadas en la Sierra, no lejos de Santa Marta, se han encontrado con frecuencia phallos de barro cocido, de tamaño natural, alguno de los cuales conservamos en nuestra colección.

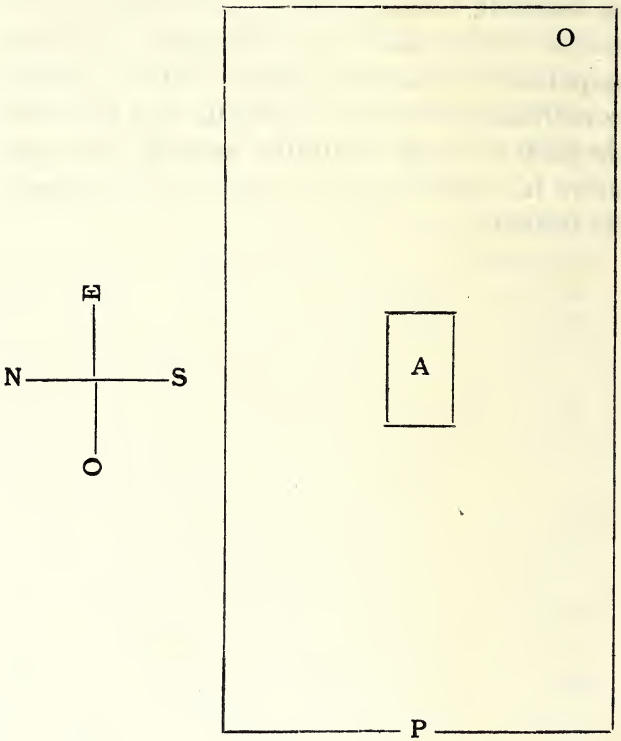
Probablemente al practicarse en estos sitios exploraciones más detenidas, se encontraron otros objetos, quizás nuevos ídolos, que harían interesantes revelaciones sobre el culto a que estaba dedicado el templo, y traerían a luz nuevos elementos para reconstruir la vida de tan ignorada e interesante población, de la cual apenas quedan ligeras huellas.

La ola de la Conquista pasó sobre la tierra de Santa Marta como tromba de hierro y de fuego, dejando por dondequiera la destrucción y el desierto; tanto fué así, que sesenta años después de fundada la ciudad, los cronistas no podían fijar con precisión el sitio que ocupaban las principales ciudades de los tayronas, ni los lugares a que se referían las relaciones de los capitanes que habían concurrido a la Conquista.

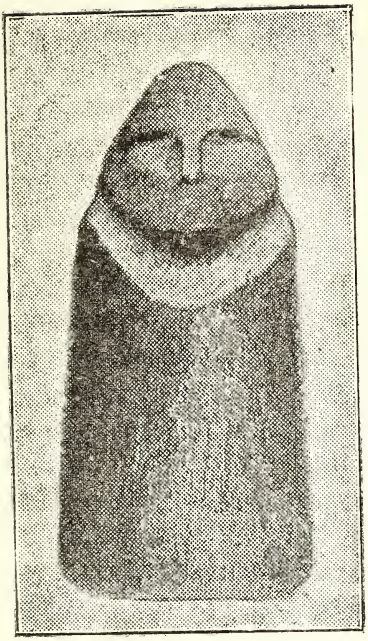
Tan completa fué la devastación llevada a cabo en la Sierra, que hoy todavía su territo-

rio está por explorar, y en gran parte es considerado como tierra desconocida; la selva secular ha crecido en los campos antes dedicados a extensos cultivos, y el diomate y el guayacán, el cedro corpulento y el majestuoso caracolí, levantan ahora sus troncos gigantescos en los sitios que ocupaban ciudades populosas, unidas entre sí por anchas calzadas construídas, como las del Perú, con baldosas de piedra, cuyos vestigios asoman hoy por entre la hojarasca y las raíces de los colosos de la selva.

PLANO DEL TEMPLO TAYRONA DE HEREDIA



O. Sitio en donde estaba el ídolo.—*A*. Piedra de ofrendas o de sacrificios.—*P*. Puerta de entrada.



Idolo de piedra del templo tayrona de Heredia.
Alto, 1 metro 20 centímetros. Pesa 250 kilos.

LA PERCEPCION DE LOS COLORES ENTRE ALGUNAS TRIBUS INDÍGENAS DE COLOMBIA

Durante una exploración que hace ya algunos años hice al nevado del Huila, tuve ocasión de estudiar de cerca la importante tribu de los páeces, que viven en la región de la Cordillera Central conocida con el nombre de Tierra Adentro.

Los páeces pertenecen a la gran familia caribe. Altivos, vigorosos y de valor indomable, opusieron tenaz resistencia a la conquista española; el mismo Belalcázar, compañero de Pizarro en el Perú, conquistador que fué del reino de Quito, y en seguida uno de los descubridores de Popayán y del Nuevo Reino de Granada, hoy República de Colombia, fué impotente para reducirlos, y tanto él como sus mejores capitanes tuvieron que batirse en retirada cada vez que trataron de entrar a su

territorio, defendido además por altas escarpas y por quiebras profundas.

En número hoy de más de 15.000 y aislados en sus ásperas breñas, han conservado hasta el presente sus costumbres, su organización social y su idioma en toda su pureza, y apenas si en sus escasas relaciones con los blancos o con los quichuas del sur de Popayán se han apropiado uno que otro vocablo de este idioma o del español, pero transformándolos según su fonética especial. En el páez abundan las aspiraciones y las consonantes fuertes, lo mismo que los sonidos guturales y nasales. Como en otras lenguas americanas, su alfabeto carece de la letra *r*, cuyo sonido son incapaces de pronunciar. Es un idioma pobre, y con frecuencia una misma palabra tiene diferentes significados, de tal manera que para dar a la frase la claridad necesaria se hace preciso recurrir al gesto y a la mímica.

Cuando estuve aprendiendo este idioma me llamó la atención el hecho de que tiene muy pocos nombres para designar los diversos colores:

Rojo.....	*Beg.*	Amarillo.....	*Lem.*
Verde y azul.....	*Seiñ.*	Blanco.....	*Chijme.*
Negro.....	*Cuch.*		

Como se ve, con un mismo nombre designan el verde y el azul; así es que dicen:

El cielo está azul.....	*Cielo* SEIÑ *chausá.*
Las hojas son verdes.....	*Puitú ets* SEIÑ *tá.*
Traiga la flor azul.....	*Quitem* SEIÑ *meñiquia.*
La leña está verde.....	*Equits* SEIÑ *a.*

Digno también de notarse es la denominación que dan a la leña verde, o sea a aquella que aun cuando no tiene este color, carece, por estar fresca, de las condiciones necesarias para arder fácilmente. Sin duda hay en este caso la misma asociación de ideas del castellano, al referir el color de las ramas y de las hojas de la planta recién cortada a la circunstancia de ser en este estado poco o nada combustible.

El designar con el mismo nombre el verde y el azul indica claramente que, por falta de suficiente desarrollo en los órganos de la visión, el páez los percibe de idéntica manera; esto es, que para él verde y azul es un mismo color (1).

Pero esta anomalía, o mejor dicho, esta curiosa deficiencia visual no es exclusiva de los páeces, puesto que se observa en otras tribus indígenas de Colombia, como se deduce de los respectivos vocabularios y de personales observaciones.

En efecto: el padre Fabo, agustino recoleto

---

(1) Véase CUERVO MÁRQUEZ: *Prehistoria y viajes.— Los páeces.*

que por algunos años estuvo sirviendo las misiones de Casanare, en su intesante libro *Idiomas y etnografía de la región oriental de Colombia*, dice:

"Tengo averiguado de más a más que los guahivos y tunebos tienen unas facultades perceptivas menos desarrolladas que nosotros. Un día, acabando de rodar por sobre nuestras cabezas un formidable chubasco de esos que anegan las tierras en poco rato, apareció hermoso y muy bien determinado el arco iris; yo lo miraba con un numeroso grupo de salvajes... ¡Cosa rara!: el color azul y el verde del iris los confundían, no veían en el arco los colores que yo, y algunos individuos aseguraban que no distinguían sino cinco" (1).

Los guahivos de que habla el padre Fabo son los restos miserables de una numerosa tribu de hábitos nómades que vivía en las llanuras de Casanare, en las riberas del caudaloso Meta y de sus afluentes. Como los padres Manuel Fernández y Marcos Bartolomé, en su *Gramática hispano-goahiva*, dan nombre diferente para el verde y para el azul, debe suponerse que los salvajes que con el padre Fabo veían el arco iris eran sólo tunebos, o que si había algunos goahivos que no alcanzaban a percibir todos los colores que veía el misio-

(1) Op. cit., pág. 57.

nero, provenía de que esa tribu se halla en vía de desarrollo y que unos individuos tienen el órgano visual más perfecto que otros.

En cuanto a los tunebos, viven en los contrafuertes orientales de la Sierra Nevada del Cocuy, y algunas de sus personalidades descienden hasta el mismo llano. Sus tribus parecen relacionarse a la población autóctona que ocupaba las mesas de Cundinamarca y Boyacá antes de la invasión del elemento relativamente culto que llegó allí a modelar el pueblo chibcha. Son incultos, perezosos y desaseados hasta el más repugnante extremo. Como los quillacingas de Pasto, tienen por golosina regalada los inmundos parásitos que se crían en abundancia en sus cabezas de enmarañados cabellos.

Los sálibas, otra nación importante de los llanos de Casanare, son, al contrario de los tunebos, laboriosos, aficionados a la agricultura, de carácter dócil y alegre y muy aseados en sus personas y en sus habitaciones. Su idioma parece que no tiene analogía ni con el guahivo ni con el chibcha, y, sin embargo, como los tunebos, como los páeces y como los chibchas, confunden el verde y el azul, colores que designan con la misma palabra: *nonchi*.

A su turno, los chibchas que ocupaban las altas y fértiles mesas de Cundinamarca y de Boyacá, en una extensión de 45 leguas de

largo por 12 a 15 de ancho, con una población de 1.200.000 habitantes, y que a pesar de carecer de escritura, de no saber labrar la piedra y de no constituir en lo político un solo cuerpo de nación, eran los más cultos entre los aborígenes que ocupaban el territorio de Colombia al tiempo de la Conquista, sólo tenían también en su vocabulario una sola palabra para designar tanto el color verde como el azul: ambos colores los llamaban *chisquyco* y también *achisquyn mague*, lo cual demuestra que los percibían de idéntica manera, y que, por consiguiente, eran para ellos de un mismo color (1).

Probablemente otros pueblos americanos adolecen de iguales defectos en el órgano de la visión.

Seguramente también, no perciben los colores, para los cuales no tienen un nombre especial, tales como el violeta y el naranjado para los páeces; y lo mismo puede decirse de los que faltan en los vocabularios de los tunebos y de los chibchas, por ejemplo.

El doctor Hugo Magnus, reputado profesor de Oftalmología de la Universidad de Breslau, apoyándose sobre todo en datos filológi-

---

(1) *Vocabulario de la lengua chibcha*, por el padre Lugo.—*Gramática de la lengua chibcha*, por E. Uricoechea.

cos, sostiene que en los primeros tiempos de la Historia el hombre no distinguía la mayor parte de los colores. Según él, los autores de los *Rig Vedas* parece que sólo conocían el claro y el obscuro; pero comenzaban a distinguir el rojo, el cual con frecuencia confundían con el blanco. En la época de Homero el número de colores conocido era muy pequeño; el idioma de esa época, que tenía abundancia de epítetos para designar el brillo de los objetos, era muy pobre para expresar la coloración. Según el doctor Magnus, se puede seguir en los autores griegos anteriores a Jesucristo el progreso gradual de la adquisición de los colores, lo cual se efectuó del más luminoso, o sea el rojo, al menos luminoso, que es el violeta.

La teoría del doctor Magnus ha sido fuertemente combatida y se la ha hecho el cargo de no haberla verificado en los salvajes y en los niños.

Respecto del primer punto, vienen a apoyarla las observaciones que dejamos anotadas, y en cuanto a los niños, según observaciones personales del doctor Gustavo Le Bon, al principio confunden la mayor parte de los colores, y sólo distinguen bien el rojo; es más tarde cuando comienzan a percibir los otros (1).

---

(1) G. Le Bon: *L'Homme et les Sociétés*, vol. II, páginas 49 y 50.

Nuevas observaciones podrán confirmar la teoría del doctor Magnus, según la cual el hombre del porvenir podrá ver los colores invisibles hoy del espectro, como el ultravioleta y el ultrarrojo, que sólo conocemos por los efectos de sus propiedades físicas y químicas.

INDICE

Páginas.

Capítulo I.—Las grandes razas suramericanas.. 9
— II.—Los caribes..... 27
Caracteres generales..... 27
Sus aptitudes de progreso..... 32
El nombre caribe..... 37
Origen de los caribes y medio en que se formó la raza..... 41
Semejanza de idioma de los caribes de las Antillas y del Continente. 46
Antigüedad de las emigraciones... 50
Paralelo entre normandos y caribes..... 54
— III.—Las invasiones caribes en Colombia. 62
La invasión oriental..... 69
La invasión central..... 76
La invasión occidental..... 90

ORIGENES DEL PUEBLO CHIBCHA

El pueblo chibcha..... 97
Diferencias entre tunjas y bogotaes..... 104
Diferencias en el idioma..... 112

Páginas.

Diferencias etnográficas..... 115
Nobles y siervos..... 117
Origen de la raza noble..... 121
Afinidades con el antiguo Perú.... 123
Rumbo de las migraciones.... ... 133

LOS PAECES

I.—Preliminar..... 143
II.—Territorio..... 146
III.—Prehistoria..... 150
IV.—La Conquista..... 157
V.—El Páez..... 168
VI.—Vestido..... 172
VII.—Habitaciones..... 175
VIII.—Familia..... 179
IX.—Gobierno..... 182
X.—Artes, industria, etc..... .. 186
XI.—Religión..... 189
XII.—Aparición del diablo en Suin..... 193
XIII.—Idioma..... 197
Capítulo IV.—Los quillas o quillacingas..... 209
Su distribución geográfica..... 209
Antiguas invasiones quichuas..... 213
Los caras y los scyris del padre Velasco..... 216
Caracteres comunes a la raza..... 217
Ignorancia y abyección en que se halla..... 221
Los caribes y las guerrillas de Pasto..... 223

LOS TAYRONAS

Territorio en que vivían..... 225
Su carácter..... 229

Páginas.

Su origen y raíz de su nombre.... 228
Sus costumbres y riqueza..... 230
Su progreso industrial. 234
Ruinas de un templo tayrona..... 239
Un ídolo tayrona..... 245

La percepción de los colores entre algunas tribus indígenas de Colombia..... 246

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—(**Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.**)

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clio.*

Precio: 3,50 pesetas.

VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*

Precio: 3,50 pesetas.

VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire.* (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)

Precio: 4,50 pesetas.

VIII.—E. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires.*

Precio: 3 pesetas.

IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas.*

Precio 2,50 pesetas.

X.—EMILIO CASTELAR: *Vida de Lord Byron.*

Precio: 3 pesetas.

XI.—R. Cansinos-Assens: *Poetas y prosistas del novecientos.* (España y América.)

Precio: 4 pesetas.

XII.—R. Blanco-Fombona: *Pequeña Opera lírica.—Trovadores y Trovas.*

Precio: 3,50 pesetas.

XIII.—Rafael Lasso de la Vega: *El corazón iluminado y Otros poemas.*

Precio: 3,50 pesetas.

XIV.—José Sánchez Rojas: *Paisajes y cosas de Castilla.*

Precio: 3,50 pesetas.

XV.—Emilio Castelar: *Recuerdos de Italia.*

Precio: 4 pesetas.

XVI.—Pedro de Répide: *La lámpara de la fama.*

Precio: 3,50 pesetas.

XVII.—R. Cansinos-Assens: *Salomé en la literatura.*

Precio: 4 pesetas.

XVIII.—José Camino Nessi: *Hogueras en la noche.*

BIBLIOTECA DE HISTORIA COLONIAL DE AMERICA

Maestre Juan de Ocampo: *La Gran Florida* (descubrimiento).

F. Salcedo y Ordóñez: *Los chiapas* (Ríos de la Plata Paraguay).

Diego Albéniz de la Cerrada: *Los desiertos de Ackaguas* (Llanos de Venezuela).

Maestre Juan de Ocampo: *Los caciques heroicos Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy.*

Fray Nemesio de la Concepción Zapata: *Los caciques heroicos: Nicaroguán.*

Maestre Juan de Ocampo: *Nueva Umbria: Conquista y Colonización de este reino en 1518.*

Mateo Montalvo de Jarama: *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas (1656).*

3,50 cada vol.

91.085 90

BIBLIOTECA AYACUCHO

(CICLO BOLIVIANO)

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

Tomos publicados últimamente:

XXIV.—BIOGRAFÍA DEL GENERAL JOSÉ FÉLIX RIBAS, PRIMER TENIENTE DE BOLÍVAR EN 1813 Y 1814 (ÉPOCA DE LA GUERRA A MUERTE), por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV.—EL LIBERTADOR BOLÍVAR Y EL DEÁN FUNES. REVISIÓN DE LA HISTORIA ARGENTINA, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII.—MEMORIAS DEL GENERAL MILLER. Dos volúmenes á 8,50 pesetas cada uno.

XXVIII-XXIX XXX.—VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR, por Felipe Larrazábal.—Edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona.—8,50 pesetas tomo.

XXXI-XXXII—NOTICIAS SECRETAS DE AMÉRICA (Siglo XVIII), por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas tomo.

XXXIII.—HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA DE MÉXICO, por Mariano Torrente.—8,50 pesetas.

XXXIV.—LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y LAS REPÚBLICAS HISPANO-AMERICANAS DE 1810 A 1830. (Páginas de Historia diplomática), por Francisco José Urrutia.—8,50 pesetas.

XXXV.—FORMACIÓN HISTÓRICA DE LA NACIONALIDAD BRASILEÑA, por M. de Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pereyra.—6,50 pesetas.

XXXVI-XXXVII.—CARTAS DE SUCRE AL LIBERTADOR, coleccionadas por D. F. O'Leary.—8,50 pesetas tomo.

XXXVIII.--VIDA Y MEMORIAS DE AGUSTÍN DE ITURBIDE, por Carlos Navarro y Rodrigo.—8 pesetas.

XXXIX.— SU CORRESPONDENCIA (1823-1850), por San Martín.—8 ptas.

XL.—LA EMANCIPACIÓN DEL PERÚ.—Según la correspondencia del general Héres con el Libertador. (1821-1830), por Daniel Florencio O'Leary.—8,50.

XLI-XLII.—BOLÍVAR EN EL PERÚ, por Gonzalo Búlnes.—8,50 ptas. tomo.

XLIII-XLIV.—HISTORIA DEL PERÚ INDEPENDIENTE, por Mariano Felipe Paz Soldán.—8,50 pesetas tomo

XLV.—LA EVOLUCIÓN REPUBLICANA DURANTE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA, por Adolfo Saldías.—8,50 pesetas.

XLVI.—MEMORIAS DE GERVASIO ANTONIO POSADAS. *(Director supremo de las provincias del Río de la Plata en 1814).*—MEMORIAS DE UN ABANDERADO, por José María Espinosa.--8,50 pesetas.

XLVII.—LA EVOLUCIÓN DEL PRINCIPIO DE ARBITRAJE EN AMÉRICA.—LA SOCIEDAD DE NACIONES, por Francisco José Urrutia.—7 ptas.

XLVIII-XLIX.—PAPELES DE BOLÍVAR, publicados por Vicente Lecuna.—7,50 pesetas tomo.

L.—CORRESPONDENCIA DE EXTRANJEROS NOTABLES CON EL LIBERTADOR, por Daniel F. O'Leary.